

ANTES DE QUE LLEGUE EL OLVIDO

Ana Rodríguez Fischer

Siruela Nuevos Tiempos



Ana Rodríguez Fischer

ANTES DE QUE LLEGUE
EL OLVIDO

iruela

Nuevos Tiempos

Esta edición ha contado con el patrocinio de



Ayuntamiento
de Gijón

En cubierta: Natalia Gonchárova, *Invierno*, 1908,
Museo Estatal Ruso, San Petersburgo
© Peter Barritt / Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ana Rodríguez Fischer, 2024
© Ediciones Siruela, S. A., 2024

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-57-9

Conversión a formato digital: María Belloso

Acta del Jurado del Premio Café Gijón 2023

Reunido el jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón, compuesto por Mercedes Monmany, Marcos Giralt Torrente, Pilar Adón, Antonio Colinas y José María Guelbenzu, en calidad de presidente, y actuando como secretaria Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones acuerdan por mayoría conceder el Premio Café Gijón 2023 a la novela *Antes de que llegue el olvido* de la escritora Ana Rodríguez Fischer.

La novela es una larga carta que Anna Ajmátova escribe a Marina Tsvietáieva, tras conocer el suicidio de esta, y que nos sitúa en una etapa crucial de la historia de Rusia y de Europa, cuando la despiadada represión estalinista truncó los destinos de ambas escritoras y de otros muchos personajes relevantes de la cultura rusa de aquel tiempo.

El jurado quiere hacer notar que se trata de una apuesta apasionada e intimista que nos acerca a dos mujeres excepcionales.

Café Gijón, Madrid, 11 de septiembre de 2023

MERCEDES MONMANY
ANTONIO COLINAS
MARCOS GIRALT TORRENTE
JOSÉ MARÍA GUEL BENZU
PILAR ADÓN

Para Choni

Y para María José Sánchez-Cascado,
in memoriam

*Oigo en los caminos del aire
dos voces que dialogan.*

ANNA AJMÁTOVA,
«Bocetos de Komarovo» (1961)

*Y el alma —¡se va hacia arriba!
Déjame cantar mi pena.*

MARINA TSVIETÁIEVA,
«Poema de la montaña» (1926)

¿Sabes qué hice cuando supe...?

Marchar de allí, Marina. Huir de Chístopol.

Era una tarde de otoño de 1941, a orillas del Kama.

Poco antes, a finales de septiembre, fui evacuada de Leningrado. Había empezado el cerco, y en todas partes reinaban la destrucción y la muerte. Yo estaba muy débil. Partí en avión rumbo a Moscú y, una vez allí, supe que la Unión de Escritores planeaba trasladarnos a una república tártara. Desde la capital, nos llevaron en tren hasta Kazán. Era un tren destartado, de vagones húmedos y estrechos, y en los compartimientos con bancos de madera flotaba un hedor sofocante. Se oían protestas y cundía el nerviosismo por hacernos viajar en esas condiciones, hacinados y sin higiene alguna, aunque a mí me daba igual. Yo iba con Pasternak, y en compañía de Borís tú sabes bien que una se olvida de todo. Después de algún tiempo sin vernos, poco importaban la incomodidad y el malestar, ni que todo se desmoronase a nuestro alrededor. Sin embargo, en contra de su carácter habitual, él se mostraba taciturno, cosa que achacué a sus problemas familiares, dada la tensión que por entonces mantenía con Zinaida, a causa del divorcio. Decidí respetar su silencio y distraerme en la medida de lo posible. Al asomarme a la ventana, miraba indiferente la humareda que cubría los bosques calcinados y el resplandor del fuego en las casas que aún seguían ardiendo, los puentes rotos semihundidos en el agua, los postes y pilones caídos a tierra, por donde se arremolinaban cables y señales y carteles... Cuando llegamos a Kazán, nos llevaron al muelle para embarcarnos. Navegamos por el Volga y después remontamos el río Kama hasta llegar a la gélida y desolada Chístopol.

Algunos amigos no podían imaginarme en aquellos páramos casi deshabitados y temían que no lograra sobrevivir. Una vez allí, fui en busca de Lidia Chukóvskaia, que por entonces era una de mis más fieles amigas, y me cuidaba siempre que podía. Después de la asfixia del tren y de la zozobra del barco, yo ansiaba el aire libre y la tierra firme, y a toda costa quería ir a dar un paseo, aunque ella opinaba que me convenía descansar. Al fin logré convencerla, y salimos a caminar por las orillas del Kama. Yo estaba impaciente por tener noticias de mis amigos y también de algunos otros escritores y conocidos, así que tenía preparada una buena retahíla de preguntas que le iba soltando a bocajarro. Las lanzaba una detrás de otra, precipitadas, caóticas, sin apenas dejar tiempo a las respuestas, si bien después de lo ocurrido poco antes, al menos ya tenía buen cuidado de mirarla a los ojos cuando le hablaba, y de observar su rostro, en el que de pronto noté una gran perturbación.

El lamentable percance había sucedido a finales de diciembre de 1939. Solo de recordarlo, todavía me queman la rabia y la vergüenza que entonces sentí por mi torpeza. Según solía hacer en aquellos días desquiciados, la llamé con urgencia, exigiendo que viniera cuanto antes. Y ella acudió sin apenas perder tiempo. La recibí alborozada y le di las gracias, pero no di la menor importancia al hecho de que mi amiga apenas pronunciaba palabra. Pensé que era una manera de mostrar su enfado o desaprobación por el extraño aspecto que ofrecía mi cuarto, con los cristales de las ventanas tapados con hojas de periódicos, y el desorden y el abandono reinando por doquier. Ya en varias ocasiones habíamos discutido sobre este y otros asuntos, sin ponernos nunca de acuerdo, así que de su silencio deduje que ella tiraba la toalla y decidía cejar en su empeño de corregirme. A fin de cuentas, ese caos no dejaba de ser un signo de los tiempos. Además, mi desidia era una minucia en comparación con los asuntos que yo necesitaba tratar con

Lidia, y que eran de muy otra naturaleza. Todo eso se lo fui diciendo mientras simulaba enderezar el desastroso estado de mi cuarto, sin apenas mirarla mientras me movía de un lado a otro. Al sentarme a su lado en el diván para confiarle el asunto por el que la había mandado llamar, enseguida advertí que no me escuchaba, que Lidia estaba completamente bloqueada, incapaz de seguir o mantener una conversación. Era evidente que algo iba mal. Cuando le pregunté qué le sucedía, me contó que el día 19 habían fusilado a su marido. ¡Dios mío!, exclamé, recordando que Matvéi Bronstein había sido condenado a diez años de internamiento por el simple hecho de apellidarse igual que León Trotski. Al conocer los detalles, me quedé horrorizada. Aquellos días yo misma volvía a temer por la vida de mi hijo Lev: habían revisado su anterior sentencia a trabajos forzados y ahora lo acusaban de actividades terroristas, y quizás le aguardaba «la medida suprema». Al ver el esfuerzo con el que nuestra amiga intentaba ocultar su dolor para no afligirme aún más, casi me avergoncé como una niña a la que hubieran sorprendido robando algo justo en el momento de ir a esconderlo. Era admirable la paciencia de Lidia, y su tacto y su delicadeza, a diferencia de mi atolondramiento y de mis exigencias, que podrían parecer egoísmo aunque no lo fueran.

Creo que tú también eres así, Marina: impulsiva, arrebatada.

Por eso aquella tarde de otoño a orillas del Kama, me alarmó ver a Lidia, de repente, muy perturbada.

«¡Qué raro...!», exclamaba. «¡Todo esto es rarísimo!», repetía, sin apenas aliento. Su voz sonaba extraña, como si hablara desde un lugar muy lejano. Acababa de preguntarle si tenía noticias recientes de ti porque confiaba en que tal vez podríamos volver a vernos y renovar nuestro maravilloso encuentro de Moscú, el único que mantuvimos en toda nuestra vida, pues, aunque nos conocíamos desde el principio, cuando casi al mismo tiempo las dos empezamos a publicar poemas, y aunque siempre nos buscamos una a otra, en San Petersburgo o en Moscú, solo logramos vernos y estar juntas aquellas dos tardes de junio de 1941.

«Dime, ¿qué sabes de Marina?», le había preguntado. Y mis palabras siguieron vibrando en el aire en busca de respuesta. Luego me tomó de la mano para adelantarse unos pasos en dirección al agua, antes de contestar, en un tono de voz muy alterado: «Justo aquí, aquí, sobre estos mismos tablones, cuando íbamos a sortear el charco, Marina también me preguntó por ti. ¿Tiene noticias de Anna Ajmátova? ¿Sabe dónde se encuentra?, dijo. Y ahora tú, precisamente en este sitio...».

Entonces, Lidia rompió a llorar desconsoladamente.

Todavía entre sollozos, balbuceó unas palabras que no comprendí. Su rostro, sin embargo, lo expresaba todo. Quise abrazarla. No sé si para prestarle algún consuelo o para que ella me lo proporcionase a mí. Luego, una violenta crispación se apoderó de nuestra amiga. Rígida, amarga, cuando al fin despegó los labios, Lidia parecía escupir o morder: «Marina Tsvietáieva se ahorcó el pasado 31 de agosto».

Enmudecí. No daba crédito a la noticia que acababa de oír, pero tampoco podía gritar, ahogada en el espanto y la congoja.

De golpe, las sombras parecían cubrirlo todo y las aguas del Kama se iban volviendo más grises y espesas. Como la hiedra que se aferra al muro, así permanecía yo allí: clavada a aquel

tablón atravesado sobre un charco sucio. Y pensé que, al igual que sucede con los ríos, la época implacable que nos tocó vivir había desviado nuestro curso cambiándonos el rumbo, que discurría ya por otros cauces, lejos de las orillas. Eso fue lo primero que sentí.

Después recordé el cuento de una niña que se hundía en las aguas del Oka. Se hunde y se hunde irremisiblemente, pero no tiene miedo porque está acostumbrada a mirarse al espejo y medir la profundidad. Y cuando deja de hundirse porque ya ha tocado fondo y todo parece indicar que ha muerto, surgen unos brazos que la agarran y de una fuerte sacudida la arrancan del fango. Casi desnuda, apenas cubierta por los jirones de su vestido azul, colgada al cuello de su misterioso salvador y pegada al cuerpo, la niña vuela bajo un cielo sin nubes, muy elevada ya sobre la corriente turbulenta, mientras allá abajo los ahogados no cesan de aullarles.

Recordé el cuento de esa niña y anhelé ser el ángel o el diablo que la rescata de la muerte y la hace regresar a la vida. Deseé con toda mi alma que *aquello* no hubiera sucedido aún: ir hacia atrás e impedirte partir.

¿Pero dónde buscar a Marina, ya sin sombra y sin eco?, me preguntaba.

En ningún lugar, Anna. En parte alguna.

¡Murió! ¡Murió! ¡Murió!

Lidia no se cansaba de repetirlo, terca y duramente. Para romper mi estupor y arrancarme de allí.

Pasternak me había dicho que a principios de agosto él mismo había ido a despedirte a la estación cuando marchabas con tu hijo Mur para unirme al grupo de los escritores evacuados que residían en Chístopol y, al llegar allí, yo albergaba la esperanza de poder reanudar nuestro encuentro de junio en Moscú. Borís no me había contado nada más, y era difícil creer que aún no lo supiera. Durante un tiempo solo hubo rumores confusos que corrían de boca en boca y se tardó en conocer los detalles, me explicó Lidia cuando manifesté mi sorpresa. «Además, caso de estar enterado, sospecho que no te dijo nada para no agravar aún más tu precario estado de salud», insistió nuestra amiga al ver que yo seguía allí inmóvil, clavada a aquel tablón, incrédula.

Caía la noche cuando emprendimos el camino de regreso a casa, y poco a poco Lidia me lo fue contando todo. Ahora me consuela saber que al menos ella estuvo a tu lado esos últimos días, que no te dio la espalda en momentos tan difíciles, aunque hasta entonces apenas os conocierais. Lidia adoraba tus poemas, Marina, los pocos que había podido leer. Por eso no se despegó de ti desde que el 21 de agosto llegaste a Elábuga, un sitio algo más retirado que Chístopol y que reservaban para los escritores de menor prestigio, me contó nuestra amiga en un tono de voz que bailaba entre la amargura y el sarcasmo. Siguió contándome que alquilaste una habitación para ti y para tu hijo Mur en la isba de una pareja de ancianos, los Bredélschikov. Llevabas contigo provisiones de arroz, sémola y algún que otro alimento no perecedero, además de unas cuantas cucharas de plata que confiabas poder vender, pues apenas tenías dinero y dudabas de que fueras a conseguir un trabajo. «Por eso vino a Chístopol a los pocos días y solicitó un permiso de residencia, que le fue denegado —concluyó Lidia—. El poeta Nikolái Aséyev y el dramaturgo Konstantín Treniov fueron quienes más firmemente se opusieron a que Marina viviera entre nosotros».

Al oír sus nombres, solté una feroz carcajada. Precisamente esos dos, bramé: el autor de una obra mediocre que se representaba en todos los rincones y teatros a lo largo y ancho de la Unión Soviética durante los últimos veinte años: *Liubova Yarovaia* o la historia de una maestra

convertida al bolchevismo que traiciona a su marido, un teniente socialrevolucionario que combate en las filas del Ejército Blanco. Y en cuanto a Aséyev...

«¡Calla! —me interrumpió Lidia—. Nadie podía suponer algo así, ni siquiera Pasternak. Cuando lo supo, creyó enloquecer y de nuevo cayó enfermo, porque él nunca quiso que Marina abandonase Moscú. Hasta el último momento le advirtió de su tremendo error al obrar así, y una y otra vez le avisó de los riesgos que corría. Luego dejó de insistir, resignado, y prefirió ir a la estación a despedirla, creyendo que quizás sus temores eran infundados, que al menos Nikolái Aséyev, e incluso Treniov, la ayudarían. Ya ves, hasta Borís se equivocó. En sus informes y alegatos, ambos objetaron que el esposo y la hija de Marina habían sido arrestados y condenados como enemigos del pueblo, y que en tiempos de guerra se debía estar muy alerta y ser especialmente receloso y suspicaz. A mí me indignaba oírlos hablar así y contemplar tan grosero espectáculo —prosiguió Lidia, sin ocultar su rabia—: los escritores poniendo a sus colegas en el punto de mira y comportándose igual que miembros de la policía secreta; los escritores y artistas oficiando de lacayos del NKVD, como llamaba Pasternak a los conformistas y sumisos que acataban las órdenes del dictador y sus secuaces. Entonces acudí a pedirle ayuda a un viejo amigo de mi padre, el poeta judío Leyb Kvitko, que era miembro del Partido Comunista y además había ganado el Premio Stalin. Le rogué que intercediera ante Aséyev en favor de Marina, cuyo aspecto me asustaba cada vez más porque nuestra querida amiga ya era solo ceniza, con el cabello completamente gris y el rostro demacrado. En cuanto a su estado anímico —continuó Lidia—, pasaba del llanto a la maldición, por las humillaciones que tenía que sufrir cuando buscaba un cuarto o, caso de encontrar un hueco inmundo donde cobijarse, porque entonces debía rogar a los conocidos que le guardasen sus escasas pertenencias. Estremecía oírla hablar solo de muerte, presa ya por completo de un humor suicida. Me ahorcaré, me arrojaré al Kama si me niegan el permiso de residencia en Chístopol aunque me espantan las aguas sumergidas, aseguró el día que la acompañé a comparecer ante el comité que debía decidir su suerte. Fue un interrogatorio durísimo. A ratos, insoportable, pues ya sabes el esfuerzo que le suponía a Marina presentarse ante el público, con su asco por los espectáculos y la vida social. No sé qué dolía más, Anna, si verla allí tragando las injurias y las ofensas, o saber que ese esfuerzo titánico lo hacía para salvar a otros: a su marido y a su hija, detenidos o quizás deportados, y para asegurar el futuro de Mur, pues a la pregunta sobre las razones que la movían a pretender vivir en Chístopol, respondió que la principal de ellas obedecía al propósito de matricular a su hijo en la Escuela de Comercio. En la última votación, Treniov salió derrotado. Por consiguiente, su petición, contraria a la solicitud de nuestra amiga, fue rechazada. Ese día, Aséyev fingió encontrarse enfermo, pero envió su voto por escrito, que era favorable a Marina, lo que significaba que la intervención del amigo de mi padre, Leyb Kvitko, había dado fruto. Al fin, el comité ordenó que a Marina Tsvietáieva se le expidiese el correspondiente permiso de residencia».

Lidia se detuvo unos instantes y dejó escapar un profundo suspiro. Pensé que así habría reaccionado entonces, al conocer el dictamen, pero en realidad el gesto anunciaba lo que iba a revelarme a continuación.

«Apenas le quedaba ya dinero —me dijo— y el trabajo seguía siendo su otra gran preocupación. La Unión de Escritores estaba construyendo un comedor social para sus miembros y, al enterarse, Marina escribió al Sóviet del Litfond rogando que la emplearan allí, aunque solo fuera para fregar platos. Aquello me dejó consternada. Todos los trabajos son dignos, bien lo sabe Dios, y ojalá se lo diesen, pero no dejaba de ser una ignominia. ¿Nadie se avergonzaría de

estar plácidamente allí, tomándose un caldo o un puré de zanahoria, sabiendo que después iba a ser la mismísima Marina Tsvietáieva quien fregara los platos y los cubiertos? A mí se me cortaría la digestión. Claro que, bien pensado, todo es susceptible de mejora y perfeccionamiento, porque, ya puestos, les dije, podrían contratar también a Ajmátova para que barriera el suelo y a Pasternak para servir las mesas, caso de que estuviesen aquí. Eso añadiría un plus de refinamiento. Y de ese modo, además, podría decirse con razón que el comedor es en verdad un auténtico comedor de escritores. Créeme que se lo dije así tal cual, Anna —me aseguró Lidia, con esas palabras cargadas de rabia y de asco—. Aunque en realidad no era necesaria tanta arenga, pues nada más conocerse nuestras pretensiones, que contrataran a Marina para trabajar en el futuro comedor social, nos replicaron que ya había muchos otros candidatos para el puesto, y que ellos tenían prioridad.

»Marina se quedó hundida y, para animarla un poco, la llevé a casa de unos amigos, el escritor Mijaíl Schneider y su esposa Tatiana, grandes admiradores de su poesía. Eran una pareja muy simpática que había sabido arreglárselas para disponer de un alojamiento confortable. Le rogaron que se quedase a cenar y a pasar allí la noche con ellos, bajo la promesa de que al día siguiente Tatiana la acompañaría a buscar un cuarto en Chístopol, una vez obtenido el permiso de residencia. En medio de tanta admiración y agasajos, nuestra amiga pareció revivir y rejuvenecer, transformándose completamente —afirmó Lidia, y yo sonreí tímidamente por vez primera—: recuperó el color del semblante y la vivacidad expresiva en la mirada. Su voz, al recitar, desplegaba un asombroso abanico de tonos y modulaciones que nos tenía hechizados. Era una verdadera maravilla escucharla y celebramos vivamente oírla hablar de la cantidad de poemas y prosas que había escrito en los últimos años. Deseábamos que aquella velada no tuviera fin, pero no logramos convencerla de quedarse a dormir en casa de los Schneider. Aquella noche dijo que no podía dejar solo a Mur, y regresó a Elábuga. Ya no volvimos a verla con vida».

Lidia se detuvo. Pensé que sin duda debía hacer un gran esfuerzo para llegar hasta el final, y la abracé, al tiempo que deslizaba en sus oídos unas palabras cariñosas que le infundieran ánimo. Pero enseguida se desprendió de mí, para seguir contándose.

«No es el recuerdo lo que me duele y ahoga, porque aún no ha pasado un solo día sin que pueda olvidar lo sucedido, y sigo dándole vueltas y vueltas en busca de algún indicio o presagio que anunciase lo que se avecinaba. ¿Cómo es posible no haberme dado cuenta, no haberla defendido de la muerte? —dijo Lidia, y suspiró, entre la rabia y la pena—. Se lo conté por carta a unos cuantos amigos. Y a otros, cuando la ocasión se presentó, se lo dije de viva voz, como lo hago ahora contigo, Anna. Y también lo he ido anotando en mis cuadernos, cada vez que recordaba un detalle revelador, o recababa nuevos datos. Pero todavía quedan lagunas y puntos negros que me perturban y desvelan. Cuando repaso lo sucedido, llego incluso a dudar de lo que vi o percibí durante esas últimas horas, pues no logro entender lo que ocurrió a continuación. Lo único cierto es que Marina nunca volvió a casa de los Schneider, aunque les prometió que iría a visitarlos cualquier otro día y que entonces sí se quedaría a dormir con ellos. Aquella noche, sus caseros, los viejecitos Bredélschikov, aseguran haberla visto llegar muy abatida. Después también dijeron haber oído con frecuencia violentas discusiones entre madre e hijo, aunque no entendían los motivos de sus disputas porque los dos hablaban en francés. Últimamente corre el rumor de que poco antes la había visitado el jefe local del NKVD, quien, para curarse en salud y afianzar su situación personal en el Partido, le ordenó a Marina escribir un informe sobre otros escritores evacuados. Para algunos, eso habría sido el verdadero detonante que aceleró el trágico

final, pues no es fácil burlar ese tipo de órdenes. Menos aún si consideramos que tienen a tu hija de rehén. Sabes bien de lo que hablo, Anna. Mas si tal rumor es cierto... —Lidia hizo una pausa, aliviada por saber que estaba acercándose a una conclusión—, quizás estamos ante el motivo más probable de su muerte, que nunca lograremos comprender de una manera cabal, por muchas que sean las historias y las conjeturas que vayamos desgranando».

Al cabo de unos segundos, sin ánimo para disimular el rictus de amargura que tensaba el ángulo inferior de sus labios en una mueca que casi le desfiguraba el rostro, Lidia prosiguió:

«Lo único cierto e innegable es que el domingo siguiente, 31 de agosto, era una jornada de trabajo voluntario, como llaman eufemísticamente a las labores forzosas que obligan al menos a uno de los miembros de cada casa a colaborar en un proyecto comunal, y que en Elábuga ese día se dedicaba a la construcción de un aeropuerto cercano. Acudieron Anastasia Bredélschikova y Mur. El viejo Mijaíl Bredélschikov aprovechó para ir de pesca con su nieto, así que Marina se quedó sola en casa. Cuando Anastasia regresó por la tarde, la encontró colgada de un gancho en el zaguán de la isba. Había dejado tres breves cartas de despedida. Una iba dirigida a los “queridos camaradas”, y en ella les pedía que no abandonasen a Mur, suplicando que alguno, “el que pueda”, escribiera, lo llevase a Chístopol con Nikolái Aséyev, cuya dirección estaba en el sobre. Lo más triste eran ciertos detalles de esa carta en que rogaba que no lo enviasen solo, “los barcos son terribles”, precisaba, y que lo ayudasen también con el equipaje, a prepararlo y transportarlo todo. ¡Pobre Marina! ¡Cuánto sufrió con aquel chico! No menos que con su hija Ariadna, por entonces detenida o deportada en un campo. Pero lo más demoledor era el final de esa nota, Anna —añadió Lidia, y dejó escapar un profundo suspiro antes de reanudar el relato—: “¡No me entierren viva!”, pedía. “Compruébenlo bien”. Porque ese aullido proclamaba su terror a la muerte.

»Otra carta iba dirigida a Nikolái Aséyev y a la Siniakova; es decir, a la esposa del poeta, que así se apellidaba de soltera, y a sus hermanas, que residían con el matrimonio. Les rogaba que le permitieran a Mur vivir con ellos en Chístopol: “Simplemente adóptenlo como a un hijo y que estudie”, subrayaba. Tenía ciento cincuenta rublos que ofrecerles, y añadía que en el baúl había algunos cuadernos con poemas escritos a mano y un paquete con varios textos en prosa. Pero no debía de importarle tanto su legado, porque apenas dejó instrucciones al respecto. Solo insistía en que se hiciesen cargo de su adorado Mur. “Es de salud muy frágil. Ámenlo como a un hijo; *se lo merece*. Y a mí perdonenme; *no pude más*”. Pese a la claridad y a la firmeza y contundencia de estas frases, por lo visto no bastaron para tranquilizarla, y sin duda Marina siguió sumida en un estado de angustia porque, a renglón seguido, en la posdata, añadía: “No lo dejen *nunca*. Sería locamente feliz si él viviese con ustedes. Si se van, llévenselo. *No lo abandonen*”, rogaba. Creo que Marina sabía muy bien por qué era necesario insistir tanto. Pero más vale dejarlo estar, que eso es harina de otro costal —comentó Lidia con un deje tan áspero como irónico—. Por último, le escribió a su *Murlyga* pidiéndole perdón por lo que iba a hacer, pero al mismo tiempo le explicaba que estaba convencida de que en adelante todo sería mucho peor. “Estoy gravemente enferma —aseguraba—, esta ya no soy yo. Te amo enloquecidamente. Entiende que no podía seguir viviendo. A papá y a Alia diles, si los ves, que los amé hasta el último minuto y explícales que *caí en un callejón sin salida*”. Días después el propio Mur corroboró estas líneas de su madre, diciendo que con frecuencia la oía hablar del suicidio, de que necesitaba ser liberada, de que aquello no era vida sino solo un simulacro y que ya no podía arrastrar la existencia.

»Y poco más sabemos —remató Lidia—. Su hijo no asistió al funeral, ni tampoco lo hicieron los Bredélschikov. La prensa no informó de la muerte de Marina Tsvietáieva, que no tuvo el

funeral que había soñado en un poema de *Verstas*, donde invitaba a un paseante desconocido, que llevaba un ramo de altramuces y amapolas silvestres en la mano, a hacer una breve pausa ante su lápida y leer el epitafio. No, no fue así su despedida, porque no hay tumba donde ir a llorarla. Marina fue enterrada en una fosa común del cementerio de Elábuga».

Aquella noche apenas pude pegar ojo. Daba vueltas y más vueltas en la cama, presa de las imágenes que fueron brotando mientras Lidia desgranaba su relato, y que después, en la oscuridad y el silencio de la alcoba, me asaltaron en alocado vértigo. ¿Bajarías apresurada las viejas escaleras de la isba o las descenderías lenta y solemne? ¿Irías directa hasta el rincón, sin detenerte? ¿Cuántos nudos hiciste en la soga? ¿Tenías frío? ¿Temblabas? ¿Cuál fue la imagen última? Luego veía tus pies balancearse en el aire, ya sin rumbo ni sentido. Y tus manos amoratadas, casi negruzcas. ¿Dónde está y quién es ahora?, gritaba en mis adentros.

Retornaba un lejano recuerdo. A los diecisiete años, tras la muerte de mi hermana Inna, que falleció de tuberculosis después de haber permanecido ingresada en un sanatorio durante largo tiempo, sufrí tal depresión que intenté ahorcarme. No lo conseguí porque el gancho se desprendió de la pared y todo acabó en una escena cómica. Nada que ver con la muerte heroica que tú implorabas precisamente a esa misma edad, cuando la vida aún era igual que un libro y le pedías a Dios, en «Una plegaria», que te diese la muerte *¡a los diecisiete!*, pues me diste una infancia —*más bella que un cuento*.

Sí, una infancia más bella que un cuento la nuestra: dos niñas que adoraban a Pushkin. Eso fuimos tú y yo, Marina. A veces, muy felices; otras, profundamente desgraciadas. Tuvimos libertad y soledad, pero también sufrimos órdenes y prohibiciones. Vivimos envueltas en las sombras que apagaban nuestras casas y teñían de tristeza y de dolor las alegrías y los juegos. Aun así, pudimos reír y soñar.

No me gusta hablar de la infancia porque es demasiado fácil hacerlo. Mas, a la vez, reconozco que puede resultar muy difícil describir esos años. Es fácil porque la infancia es estática: es el lugar donde todo se quedó *así* y *ahí*. Cuando adquirimos conciencia, vemos que nos rodea un mundo acabado e inmóvil, y lo más natural es creer que antes de nosotros todo era igual. De esa ingenua creencia nacen los relatos felices, que a menudo resultan empalagosos. Y, sin embargo, también puede ocurrir que desconfiemos de toda esa felicidad porque en parte nos aburre. En tales ocasiones, es natural darse a imaginar que ese mundo había sido distinto, que antes *no* era así. Es entonces cuando algunos aprovechan para urdir relatos oscuros, llenos de desdichas y tormentos, que tampoco nos convencen. Por eso yo imaginaba otros mundos: para conjurar el porvenir. ¿Y tú? Una vez dijiste que lo que aprendemos de niñas lo aprendemos para toda la vida. ¿Sigues creyéndolo?

No puedes calcular la cascada de preguntas que se han precipitado estos años, cuán a menudo me dirigía a ti buscando el cruce de nuestras voces, imaginando todos los encuentros que estuvieron a punto de suceder y que luego se truncaron. Últimamente me entretengo esbozando algunos recuerdos y apuntes autobiográficos. Y entonces, al recorrer mi vida, el anhelo o la nostalgia de mantener un coloquio contigo se vuelven más agudos y apremiantes. Por eso he empezado a redactar estas líneas.

Tsárskoye Seló era la vida cotidiana y el invierno. Allí se ambientan muchos de mis sueños, en una casa de madera de color verde que pertenecía a una viuda llamada Shujárdina. Quedaba a la entrada de la ciudad, en la esquina de la calle Shirókaia y el callejón Bezymianni. Decían que, tiempo atrás, antes de llegar el ferrocarril, había sido una fonda, o tal vez una casa de postas. Yo más bien me inclino por lo primero, porque cuando arranqué capa a capa el papel pintado que cubría las paredes de mi habitación, la última de todas era de un burdeos muy intenso, el color que tenían las posadas hace cien años. En mi cuarto había una cama de hierro, una estantería con libros, una mesita para hacer los deberes, un candelabro de latón y un icono en la esquina. La ventana daba al callejón Bezymianni, que en invierno se cubría de una espesa capa de nieve y en primavera se transformaba en una alfombra de hierba y azucenas y amapolas somnolientas. En otoño, el olor acre de los robles se mezclaba con los gritos de las cornejas posadas en las cruces de la catedral. Por el camino que serpeaba junto a una oscura fila de tilos desnudos, llegaban los campesinos con sus carros cargados de patatas y cebollas y coles los días de mercado, cuando la plaza de Tsárskoye Seló se llenaba de gente que desfilaba por los estrechos pasillos que se formaban entre los puestos montados sobre caballetes y tablones de madera, en los que se apilaban cacerolas y cacharros y otros utensilios domésticos, junto a rollos de telas, cintas y encajes, salamis y pernil, mantequilla, cuajadas, requesón y quesos.

También me gustaba pasear y correr por los parques y jardines que rodeaban los palacios del zar. Mis primeros recuerdos de Tsárskoye Seló son el verdor y la maravillosa humedad de los parques, la fría sombra azul del estanque, el hipódromo donde los potros jóvenes trotaban en círculo, la antigua estación de ferrocarril y el rumor de los saltos del agua en las escalinatas de las majestuosas fuentes, las aguas vivas de Tsárskoye Seló que resuenan cada vez que recuerdo o releo los versos de Pushkin: el poeta del amor y de sus penas, y también el que cantó a la libertad en un siglo de hierro y reclamó piedad para los caídos. Aquel joven moreno y triste que siempre paseaba acompañado de un viejo tomito de poesías de Parny seguía estando allí, omnipresente. *Un siglo ha transcurrido y aún oímos el rumor de sus pasos* en senderos que bordean el agua, al amanecer, cuando en los campos resuena el son triste y sencillo de la zampoña, o en la yerma oscuridad de los bosques que aún conservan la huella de su llanto y donde él duerme su último sueño. Nuestra memoria guarda desde la infancia un nombre que llena muchos días de nuestra vida, un nombre luminoso, porque no hay un solo niño en toda la inmensa Rusia que no sepa quién fue «el tío Pushkin», o el gato científico, o la tejedora y la cocinera. Me contaste que a los diez años habías copiado el poema «El mar» en un librito que confeccionaste y consiste con tus propias manos. No te conformabas con leer a Pushkin en la voluminosa antología que incluía a muchos otros poetas ya olvidados. Tú querías tenerlo siempre cerca, llevarlo a todas partes guardado en un bolsillo, y pasear con él. Y creías que «El mar» era más tuyo por haberlo copiado verso a verso.

Nací la noche mágica de San Juan, en la casita de campo que mi familia tenía en Sarakina, cerca de Odesa. Estaba situada en un terreno empinado y angosto que descendía hacia el borde de los acantilados, por donde circulaba un viejo tren de vapor. Nunca más volvimos allí. El resto de los veranos, hasta los trece años, los pasé en la dacha de Tur, a orillas de la bahía de Streléts, en Crimea. Allí me hice amiga del mar. Allí gocé una infancia pagana y me tildaron de salvaje por ir descalza y sin sombrero, por lanzarme al agua desde un bote en alta mar, por bañarme en mitad

de una tormenta o tomar el sol hasta despellejarme. La conducta de aquella niña de cara mofletuda y pelo corto —pues ese era mi aspecto entonces, Marina, tan parecido al tuyo—, escandalizaba a las señoritas provincianas del cercano Sebastopol. Me recuerdo recogiendo conchas y metralla de las guerras, en un paisaje de olas, gaviotas y veleros. Sí, *alabada sea la espuma, la espuma de alegría, la elevada espuma del mar*. Allí imaginé a un joven de ojos grises perdidamente enamorado de mí y del que me burlaba sin piedad cuando me traía un ramo de rosas. Una vez una gitana me auguró la llegada de un príncipe, pero el único que llegó hasta mí fue el capitán de un velero ahogado tras volcar su embarcación.

Dos soñadoras a orillas del mar, dos niñas solitarias, aunque crecieran rodeadas de hermanos y hermanastros. Mi padre tenía dos hijos de su anterior matrimonio, Andréi e Inna. Inna era muy especial, dura y severa, tal como la gente me ha imaginado siempre a mí, equivocándose. Después vine yo, y me siguieron Irina, Ilya y Víktor. Irina, a la que llamábamos Rika, murió a los cuatro años, en el verano de 1896, y desde entonces la muerte ennegreció mi infancia. Por eso busqué refugio en los cuadernos y empecé a escribir mi vida cuando apenas había empezado a vivirla. En un vulgar libro de cuentas con hojas de gruesas rayas rojas verticales donde mi madre anotaba los gastos domésticos, a los once años empecé a apuntar mis recuerdos. Y cuando les enseñaba aquellas páginas a los mayores, decían que era imposible que recordase cosas de cuando tenía poco más de dos años, como el cachorro Ralph o el parque de Pávlovsk. Pero era así. Jamás olvidaré aquellos olores: el olor a humo de una locomotora antiquísima que nos llevaba hasta Tiarlevo o al parque y al *salon de musique*; el olor a madera encerada de los suelos de parqué y otros que llegaban de una barbería cercana; el aroma de las fresas que vendían en una tienda próxima; el perfume fresco y húmedo de los ramilletes de jazmines y resedas que lucían los caballeros en el ojal de las solapas... También recuerdo el olor a cigarros y el tufo de la comida grasienta que servían en la cantina de la estación.

A veces pienso que podría alquilar un coche y viajar a Pávlovsk y asistir a algún concierto en la sala que acaban de inaugurar, pasear por los parques de la villa y embriagarme con sus fragancias, o visitar los parajes por los que deambula una sombra sin consuelo. Pero enseguida me doy cuenta de que sería un viaje inútil: no hay que irrumpir en los palacios de la memoria porque no lograríamos ver nada. Y, de hacerlo, tan solo serviría para difuminar lo que ahora emerge con tanta nitidez.

En el invierno de 1900 enfermé de viruela y entonces escribí mi primer poema, en un cuaderno azul. En esa época, para mí la poesía no empezaba con Pushkin ni con Lérmontov sino con Derzhavin y Nekrásov, cuyos versos mi madre recitaba de memoria en voz alta. Empecé a escribir como una autómatas, sin parar, un poema tras otro. «La canción del último encuentro» es el doscientos. Lo recuerdo porque entonces tenía la costumbre de numerarlos. Pero no le gustaban a nadie: ni a mi padre ni a Inna. En ella no tuve la complicidad que tú hallaste en vuestra hermanastra mayor, Valeria, cuando ibas a escondidas a su cuarto y ella te dejaba leer *Eugenio Oneguín, Mazeppa, Ondina* o *Los gitanos*, sin someterte a los duros interrogatorios con que tu madre revisaba vuestras lecturas.

En la habitación de Valeria descubriste que allí vivía el amor, que el amor estaba en aquella joven de diecisiete años que había heredado toda la capacidad de amar de su hermosa madre Varvara, que en vida no pudo agotar el amor porque murió al dar a luz a su segundo hijo, Andréi. Y allí quedó sepultado el amor, en todos aquellos álbumes, notas, terciopelos, rasos, cintas de

moaré, corales, trenzas, pachulí, flores de papel y perlas que Valeria guardaba en los cajones de su cómoda y con los que te dejaba trastear ¡para disfrazarte de marquesa! ¡Ah, la pequeña Marina! ¡Qué atrevida! ¡Cuántos sueños y fábulas, qué inagotable fantasía! Allí, en aquel cuarto, también encontraste las *Perlas de la poesía rusa*, esa antología que casi todo el mundo conocía.

Todo el mundo, menos yo. Ciertamente que a los siete años aprendí a leer con el abecedario de León Tolstói, igual que los demás niños de Rusia, pero apenas recuerdo otras lecturas de esos años. Solo las que llegaron mucho más tarde. A los trece adoraba la poesía de Alexandr Blok y poco después, en el Liceo, descubrí a los *poètes maudits*... ¡Baudelaire!, ¡Verlaine!..., el poeta de la melancolía y de las sombras en cuya voz hallaba eco mi tristeza, pues en mi casa no era precisamente la alegría lo que reinaba, ni tampoco había allí el ambiente refinado que envolvía la tuya, Marina. Y eso que de una antepasada, tía de mi abuelo materno, se dice que fue la primera poeta rusa: Anna Búnina. Sin embargo, no fue de ella de quien heredé mi nombre sino de mi abuela materna, Anna Egórovna Motovílava, que pertenecía al linaje de Gengis Kan por descender del kan Ajmat, asesinado en su tienda una noche a manos de un mercenario ruso. Según los historiadores, con su muerte terminó el yugo mongol y el dominio tártaro en Rusia. En el siglo XVIII, una de las princesas Ajmátova se casó con un terrateniente noble y rico de Simbirsk, Igor Motovílov, mi bisabuelo, que pertenecía a los Stógov, obligados a trasladarse al distrito de Mozheisk, en la provincia de Moscú, tras participar en la rebelión encabezada por Marfa Borétskaya.

Con el transcurso de los años, los míos fueron perdiendo poder y riquezas. La fortuna familiar forjada por mis antepasados más directos, terratenientes dedicados a la explotación de la remolacha, había mermado considerablemente, pero, aun así, Inna, mi madre, pudo hacer un buen matrimonio y casarse con un hombre rico, apellidado Zmschilla, un hombre mucho mayor que ella que se pegó un tiro poco después de la boda. Él fue quien le regaló a su joven esposa el único libro de poesía que había en mi casa, un tomito de Nikolái Nekrásov con versos que rebosaban compasión por las múltiples desdichas que en nuestra patria padecían los humillados y ofendidos, pues el amor al pueblo fue la única inspiración de sus cantares.

Quizás es la mezcla de todo eso, el recuerdo de un pasado legendario y heroico, sumado a la lectura de versos lacrimosos, lo que explica que mi madre se enamorase luego de Andréi Gorenko, un hombre apuesto que siempre vestía con suma elegancia y se tocaba con un sombrero alto, que lucía ligeramente ladeado. Era un ingeniero naval con rango de capitán, que se vio obligado a abandonar la Academia de San Petersburgo debido a su amistad con el teniente Niketenko. Este, un hombre inquieto y ansioso de que se produjese un cambio, diseñó una bomba que fue a parar a manos de los revolucionarios, quienes la emplearon para asesinar a un miembro menor de la familia imperial, por lo que Niketenko fue ajusticiado en la horca, acusado de alta traición. A mi padre solo le obligaron a dimitir de su cargo. Así que no debió de estar muy implicado en los sucesos, dada la levedad del castigo, y dado que en 1890 incluso le ofrecieron un modesto empleo en el cuerpo de funcionarios del Estado. Entonces fue cuando la familia se mudó. Primero marchamos a Pávlovsk. Y después, a Tsárskoye Seló.

De aquellos primeros años, recuerdo las simpatías de mis padres por la organización secreta enemiga del régimen zarista La Voluntad del Pueblo, y su admiración por el heroísmo de las esposas de los decembristas, mujeres que, tras el fracaso de la sublevación que en diciembre de 1825 estalló contra el zar y su autocracia y el régimen de esclavitud que imperaba en toda Rusia, siguieron a sus maridos hasta Siberia; mujeres cuyo coraje inspiró a tantos de nuestros escritores. Pushkin jamás olvidó a los decembristas, ni a los vivos ni a los muertos, y una y otra vez sus

pensamientos volvían sobre el destino final de todos ellos: *Algunas veces el recuerdo me reconcome en el silencio, y un alejado sufrimiento como una sombra vuelve a mí.* Se conservan borradores y manuscritos de Pushkin con horcas dibujadas donde escribió: *y yo podría ser como un bufón.* Todavía hoy nadie sabe con certeza dónde están las tumbas de los cinco decembristas ejecutados. Quizás en Golodái, el extremo norte de la isla Vasílievski, separado de ella por el riachuelo Smolenka: *una isla triste, con orillas llenas de bayas invernales, toda cubierta por la tundra y por la fría espuma limpia.* Hacia allí, hacia las frías olas del norte iba el poeta en un sueño recurrente. Y también hacia lo hondo de las minas siberianas: *conservad orgullosa la paciencia,* les instaba, *no será en vano vuestro duro esfuerzo ni el alto anhelo de la inteligencia.* Pushkin creía que la amistad y el amor hacia los decembristas condenados y encarcelados les llevaría la esperanza, que a su vez despertaría en ellos la fuerza y la alegría, convencido como estaba de que *caerán a tierra los pesados grillos, la prisión se hundirá y la libertad gozosa ha de aguardaros a la entrada...*

Mis padres fueron felices durante un tiempo, sobre todo en esos años jóvenes, repletos de fervor y exaltación. Hasta que mi madre se percató de que Andréi Gorenko era un gran perseguidor de beldades y un gran derrochador. Nunca pude amarlo. Ni tampoco él a mí. De mi padre yo solo merecí gritos y desprecio. Me llamaba *poetisa* decadente ya antes de escribir los primeros versos. A los doce años me internó en la Sociedad Educacional Imperial para señoritas nobles del Instituto Smolny de San Petersburgo, donde regía una disciplina espartana. Afortunadamente, me expulsaron de allí al cabo de unas pocas semanas, cuando una noche gélida me descubrieron paseando dormida por los corredores de la galería superior. Al parecer, también a ellos les asustó mi sonambulismo, pues esa fue la razón de que mi padre me ingresara allí, tras sorprenderme encaramada al tejado de casa como una funámbula. De los otros centros donde me eduqué apenas conservo algún recuerdo, salvo que no me iba demasiado bien. Luego mejoré como estudiante, pero nunca fui una alumna aplicada. Por lo general, procuraba pasar desapercibida y desaparecer.

Hasta que al fin fue mi madre quien se esfumó de la vida de Gorenko.

Era muy distinta de la tuya, Marina. Fue también una mujer muy bella, eso sí, con unos ojos claros y de un azul tan profundo que al mirarlos evocaban el mar. Tenía una gran gentileza, que en parte yo heredé, pero adolecía del más mínimo sentido práctico, rasgo en el que también me reconozco. Fue cariñosa y dulce, pero débil. Y eso, aunque pueda parecerte envidiable, no me sirvió de ayuda. Porque si bien tú hubiste de soportar tantos agravios por parte de la férrea Maria Mein, es mucho peor estar a merced de una mujer pusilánime y carente de voluntad, que se deja llevar por lo que le dictan personas completamente ajenas a su vida.

Tras el divorcio, mi madre nos llevó a vivir al sur, a Yevpatoria.

Dejaba atrás un San Petersburgo moribundo. Recuerdo los cortejos fúnebres que de vez en cuando recorrían con gran pompa la calle Shirókaia: coros de niños de voces angelicales cantaban precediendo al ataúd, que apenas se veía bajo el espeso ramaje de las coronas de flores muertas de frío. Los sacerdotes esparcían incienso y los caballos desfilaban solemnes, guarnecidos con gualdrapas negras bordadas en oro y plata. Las gentes avanzaban lentamente: mujeres que sostenían en sus manos candelas y farolillos, oficiales de la guardia enfundados en sus casacas de dragones y señores con chistera y afiladas patillas y aliento tabacoso. En las carrozas, ancianas damas acompañadas de sus doncellas parecían guardar turno a la espera de su

propia ceremonia. Todo se parecía al entierro de la condesa descrito por Pushkin en *La dama de picas*, una narración cabalística de compulsiones, decepciones, traiciones y campañas napoleónicas; un universo dantesco, purgatorial e infernal, donde el lector debe elegir el camino de la parábola: o una escalera que asciende estrecha y tortuosa, o la locura del descenso en picado en una noche de invierno. *Conocerás el sabor de la sal en el pan de otro, y cuán triste es subir y bajar sus escaleras.*

Siempre que recuerdo esos espectáculos, se me antoja que representaban el gigantesco entierro de todo el siglo XIX, que empezó a arder en 1905 aunque no se abrasó hasta mucho después, cuando ya Europa entera era un incendio que lo arrasaba todo.

Hasta la aislada Yevpatoria los ecos de la revolución de 1905 llegaban apagados y confusos. Después me trasladé a Kiev, donde proseguí mis estudios y me gradué en el Liceo con buenas notas en el otoño de 1907. Luego ingresé en la universidad para estudiar Derecho, pero enseguida comprobé que no me interesaban nada las materias jurídicas; solo asistía entusiasmada a las clases de Historia y de Latín, esa lengua solemne y noble que me embelesó. Allí descubrí el teatro. Y ahondé en las lecturas de Baudelaire, *constant jusqu'à la mort*, y de Verlaine. Todavía hoy sigo pensando que la lengua francesa, a veces casi imperceptible como un aroma lejano, mas otras veces dura como el metal, resuena en sus versos a modo de sortilegio. Esa poesía me cautivaba no solo por la melodía y su sentido nebuloso, tan similar a las brumas de otoño, sino también porque evocaba la imagen de París: los tejados de pizarra, los bulevares, la lluvia, las luces, la noche rosada sobre el Sena... Así surgía la ciudad en mi imaginación ingenua.

En Kiev, los inviernos eran grises y suaves. Y en primavera, el deshielo del Dniéper formaba un mar azulado que se veía nada más salir de la ciudad, desde el monte Vladímirsky. Un amplio cinturón verde se extendía sobre las escarpadas riberas de arcilla roja: los parques Mariinski y Dvortzovi, y los jardines Tzarski y Kupécheski. En la avenida Bibilovsky despuntaban los brotes de los álamos. Los castaños echaban las primeras hojas, casi transparentes y cubiertas de una pelusa rojiza. El frescor húmedo del césped recién brotado y los aromas de las flores inundaban las calles de la ciudad. En los bordillos de las aceras llameaba el amarillo de los dientes de león, y la pelusa pegajosa de los álamos rodaba por las calles como espuma del mar. En el parque Mariinski, los elegantes macizos de lilas blancas y violetas se balanceaban al son del zumbido de los abejorros. En verano me gustaba pasear bajo la espesa sombra de las avenidas de los tilos centenarios que se extendían por el grandioso Jardín Botánico o acudir al jardín Kupécheski, donde tocaba la orquesta sinfónica. A veces se oía el prolongado rugido de las sirenas de los barcos, que navegaban por el Dniéper.

Aun así añoraba San Petersburgo y por fin logré regresar unos días, en agosto de 1908.

Parecía que durante mi ausencia allí no hubiese pasado nada. Que no hubiera habido un Domingo Sangriento, cuando gabanes y zamarras se hermanaron y, guiados por el sacerdote Gapon, marcharon hombres y mujeres que iban saliendo de los portales y de los sótanos a las calles heladas. A la Kamenostrovski afluye gente llegada de todas partes y al poco ya son multitud. En la noche de la ciudad, el aire se eriza con sus gritos y con el crujido de los afilados témpanos de hielo que estallan bajo miles de zancadas furiosas. Se derriban obstáculos, se salvan zanjas y la manifestación prosigue envuelta en himnos que ondean sobre pancartas, cruces,

iconos y estandartes. Ya están cerca del parque y llegan al puente Troitski. La multitud se encamina hacia el Palacio de Invierno para entregarle al zar una humilde súplica. Viven desesperados por la hambruna que se extiende desde los montes Urales hasta el mar Negro, tras diez años de malas cosechas. Están llenos de rabia. Port Arthur tuvo que rendirse, pero los acorazados siguieron surcando los océanos para reforzar nuestras escuadras hasta que los japoneses hundieron toda nuestra flota en Tsushima. Mientras tanto, el pueblo se moría de hambre. Por eso ahora la multitud se encamina hacia el Palacio. Cuando consiguen llegar, les dicen que Nicolás II no se encuentra allí: su alteza imperial está en Tsárskoye Seló jugando al dominó. Arrecian juramentos y blasfemias contra la dinastía. De pronto, ocho descargas desde el Neva, y luego otra más. Los guardias que custodian el Palacio, alarmados por las columnas de manifestantes que han llegado hasta sus mismas puertas, abren fuego. Salen los gorros despedidos de las cabezas. Después la caballería carga contra ellos y todos corren por las aceras. Empiezan a alzarse algunas barricadas. Disparos. Cristales y añicos. Más fuego. Raíles retorcidos y quemados. Casas que arden en una aurora más roja e incandescente que nunca. Cadáveres que parecen irse a echar a volar. ¡Hasta el hielo sabe a sangre! Más de mil muertos y centenares de heridos. Cuando la noticia de la masacre se extiende por toda Rusia, las pasiones se desbordan. Se suceden las huelgas y los levantamientos y las rebeliones en las fábricas y en los campos y en las ciudades y hasta en el mar. Pero todas se sofocan y aplastan con igual brutalidad y saña.

Aquella noche, en esas mismas calles volvió a morir el siglo XIX. Si Gógol y otros muchos escritores gustaron de imaginar a Rusia como la encarnación del silencio y del sueño, este tocaba a su fin y aquel daba paso a un rumor lejano, cada vez más estruendoso. Pasternak escribió un largo poema sobre el año 1905, un poema tan épico como didáctico. ¿Lo conoces, Marina? En él narra lo sucedido en San Petersburgo, la huelga de los obreros de Lodz, la sublevación en el mar a bordo del acorazado Potemkin y la revuelta de los estudiantes en la Universidad de Moscú. En sus versos, Borís empieza recordando que ese año fue el vigésimo quinto aniversario de la ejecución de Sofía Peróvskaia, implicada en varios atentados contra la vida del zar Alejandro II. Socialista del crepúsculo, la llama Borís, Juana de Arco de las encadenadas en Siberia, las *narodvoltsi*, militantes del movimiento La Voluntad del Pueblo, un grupo revolucionario heredero de los decembristas de 1825, a quienes en mi casa rendían admiración recitando en su memoria los poemas que Nekrásov había escrito en honor de todos ellos. Tú misma te enamoraste de un hombre nacido de esa estirpe, pues tengo entendido que Serguéi Yákolevich Efron, tu marido, era hijo de los activistas Yakov Konstantínov Efron y Elizaveta Petrovna Durnovó, Liza para sus camaradas, de quien hasta el mismo Kropotkin habló con inmenso cariño.

Sí, 1905 fue la balada de nuestros padres, como bien escribió Borís. Entonces yo apenas contaba dieciséis años, Pasternak tenía catorce y tú, trece. Unos jóvenes románticos. Eso éramos nosotros, Marina. Aún vivíamos en la edad de los sueños, y podíamos hablar con pasión de los sucesos que sacudían a toda Rusia, hasta el punto de llegar a creer que solo valía la pena vivir por la revolución: un hermoso cuadro de la multitud valiente que desfila al compás de su himno en la lucha final, bajo banderolas que claman Pueblo y Libertad. Fue un sueño del que costó mucho despertar porque tras él aguardaba el silencio y el miedo: ya no había ganas de combatir, ni sed ni razón de más palabras, y hasta en los mejores quedó adormecida el alma. Nadie salió indemne de aquellas hogueras y por un tiempo dejamos de mirar atrás: nos esperaba el porvenir, y otras batallas más amables y gozosas. Lucharíamos por la libertad, pues la amábamos con locura. Y también a quienes murieron por ella. Lucharíamos por la palabra libre y por una belleza inalcanzable. Tú te empleaste con una fuerza y un arrojo casi inhumanos para una chiquilla de tu edad. Fracasado el sueño heroico, decidiste ir a la contra y empezar a negarlo todo.

¿Fue entonces cuando acuñaste aquel lema, Marina? El lema que, si pudieras, harías grabar en un escudo porque pensabas que te protegería hasta el mismísimo momento de la muerte: *¡No te dignes!* No te rebajes a nada: ni al miedo, ni al dinero, ni al dolor, ni a la conveniencia, ni a las injurias, ni al fracaso. ¿Fue entonces cuando decidiste desafiar a todos deformando tu belleza y negándote a ti misma? ¿Qué formidable furia sacudió a la criatura más necesitada de amor que jamás he conocido y la llevó a empeñarse en no ser deseada? ¡Cuánta violencia hubiste de ejercer contra ti misma para *volverte* fea! Te rapaste la cabeza y ocultaste tu cráneo perfecto y hermoso bajo un bonete que oprimía el óvalo infantil de tu mejilla. Y empañaste tu mirada clara tras unas gafas negras.

Sé de lo que hablo, créeme, aunque por entonces ya no nos parecíamos. Yo había dejado de ser la niña rolliza de cara mofletuda y pelo corto cuya conducta salvaje escandalizaba a las señoritas provincianas de Sebastopol. A los catorce años di un buen estirón y medía un metro ochenta, estaba delgadísima y mi cuerpo era tan flexible y ligero como un junco. En más de una ocasión me divertí pasmando a la gente con un ejercicio que parecía cosa de magia: descolgarme por un brazo de la silla, pasar por debajo de esta sin tocar el suelo, y volver a sentarme ante el asombro de la concurrencia. ¿Qué te parece? Por lo demás, la melena corta de cabellos negros y lisos, tan geométrica que parecía trazada con escuadra y cartabón, enmarcaba mis grandes ojos grises. Y todo mi rostro, de líneas angulosas y enérgicas, parecía esculpido a golpes de martillo y cincel. Las campesinas lo comparaban con el de las novicias de un convento cercano, y hasta hubo quien pensó que yo era egipcia. En general, todos me encontraban demasiado rara y exótica debido a mi fabulosa delgadez y a mi aspecto tan sofisticado y extraño.

Desde entonces cultivé a conciencia esa imagen altiva de la que tanto se ha hablado, atrincherándome en un aplomo y una frialdad fingidas, igual que hacías tú bajo el bonete y tras las gafas negras.

Quizás te resulte pueril lo que voy a contarte, pero aquella joven, casi una niña aún, anhelaba tener un hada madrina que pusiera en sus dedos un anillo. ¡Un anillo con poderes mágicos! Como el que, tras una larga noche de amor, cuando su joven amante se disponía a abandonar la alcoba donde habían ardido sus cuerpos y sus almas, la gobernadora de Odesa, Yelizabeta

Vorontsova, le regaló a Alexandr Pushkin para que lo protegiera de los infortunios, las traiciones del amor y los olvidos. Y también para proporcionarle la fuerza y la osadía que lo ayudaran a ser un poeta muy superior a todos los otros rimadores de su tiempo. Mas conmigo nadie lo hizo. Es cierto que de una diadema de diamantes que pertenecía a la abuela tártara cuyo nombre heredé, Anna Egórovna, hicieron varios anillos y una sortija con una esmeralda para mí, aunque tan minúscula que jamás pude lucirla en mis manos, y eso que tenía unos dedos muy finos. Durante un tiempo soñé que alguna vez se la daría a mi verdadero amor para que la llevara colgada al cuello, prendida de una cadena... Y eso hice años después, equivocándome.

Tú no. Tú siempre los pusiste en el dedo adecuado: el anillo que de niña encontraste en un kurgán y que había pertenecido a un gitano, uno de esos grandes anillos de plata maciza con un inmenso escudo donde grabar un lema, una fecha o un nombre; la sortija de plata con un águila bicéfala de alas desplegadas que le diste a una campesina, o aquella otra con una sencilla almandina que el año de la gran hambruna le regalaste a una joven compañera del archivo donde trabajabas porque ella lo necesitaba más que tú, aunque quizás no consiguiera venderla. Al cabo del tiempo le darías otro de tus maravillosos anillos a Soniechka porque aquella apasionada joven fue como un alegre regalo para ti. Y a su manera, ella también te amó.

Vladímir Golesníshchev-Kutuzov no. Me sedujo y desplegó para mí su *ars amandi*, eso sí. Pero jamás me amó. Era un estudiante de San Petersburgo diez años mayor que yo, a quien conocí un verano en Kiev, durante las vacaciones. Cuando regresó a la universidad, creí morir de pena. Jamás volví a verlo. Me sentía muy triste y desgraciada, viendo crecer a mi alrededor un vacío para el que no había consuelo. Salvo en los versos. Muchas de las jóvenes heroínas solitarias y desoladas que recorren los poemas de *La tarde*, mi primer libro, reflejan fielmente a aquella Anna, triste y callada, de ojos como penumbra, semejante a la muchacha que una noche cálida de primavera, cuando se fundía la nieve, salió a contemplar la luna y se encontró bajo los pinos a un hombre extraño que le preguntó en voz baja: *¿No eres tú la que busco desde hace tantos años, aquella por la que me alegre y entristezco?* Le respondí que no, pero antes de marchar le tendí la mano y él depositó en ella una sortija.

Mientras yo languidecía por mi esfumado gran amor, Nikolái Gumiliov ya me había echado el ojo. Al parecer se enamoró perdidamente de mí una tarde que me vio al salir de clase, y luego simuló otros encuentros fortuitos, además de los que tuvieron lugar en alguna de las recepciones que ofrecían mi hermana Inna y su marido Serguéi von Stein. Pero poco podía impresionarme entonces aquel chico desmañado, que ceceaba ligeramente y encima padecía estrabismo. Porque en el fondo yo seguía prendada del joven elegante y frívolo que me había seducido y del que nada había vuelto a saber. Aun así, pese a mi frialdad e indiferencia, Gumiliov se me declaró. Lo rechacé y pasé casi un año sin verlo. Cuando coincidimos de nuevo en Sebastopol, en la dacha de unos amigos durante el verano de 1907, descubrí que al menos Nikolái y yo teníamos algo en común: el amor a la poesía. Y aunque para entonces ya había olvidado a Vladímir, antes de comprometerme en serio le confesé a mi futuro marido que no era virgen. Años después me dijo que el dolor que le causara esta revelación le había llevado al borde del suicidio. No sé si sería por eso, o si por el contrario era algo que ya tenía planeado, pero lo cierto es que en otoño Gumiliov emprendió el primero de sus largos viajes a Oriente, y empezó a forjar para sí una vida aventurera y libre. En contraste con la mía, provinciana y gris, sosa y rutinaria, regida por los días encerrados en las aulas, el mundo de Nikolái, que por entonces ya había publicado sus primeros versos, cada vez me resultaba más atractivo. Porque era ahí donde yo quería estar: en la poesía.

Por eso corrí a San Petersburgo y acepté casarme con él, aunque después de tantos rechazos Gumiliov ya no me amaba como antes. El enlace se celebró en una iglesia de Nikolska Slobodka, cerca de Kiev, el 25 de abril de 1910. Casi de inmediato, emprendimos nuestra luna de miel y viajamos en tren hacia París.

Hacia allí partirías tú también muy pronto, Marina. Recién casada, como yo.

Yo iba feliz.

Siempre estuve orgullosa de haber nacido en 1889: el año que llegó al mundo Charlie Chaplin, el año que Tolstói escribió *La sonata a Kreutzer* y el mismo en que se inauguró la Torre Eiffel.

Cuando la vi, me pareció un candelabro enorme, olvidado por un gigante en medio del país de los enanos, algo propio de una aventura de Gulliver. Me maravilló, como a todo el mundo. Era imposible no admirar aquel coloso de hierro, tan distinto a las demás bellezas de un París que yo descubría por primera vez guiada por Gumiliov, que no perdía ocasión de mostrarme todos y cada uno de los lugares donde había intentado suicidarse por culpa mía. Tras rechazarlo, había pasado largas temporadas en París para consolarse y estudiar literatura francesa, y desde allí me escribía a menudo rogándome que me casara con él.

Nikolái conocía la metrópolis de las verdes plazas y las empedradas callejas como la palma de su mano. Igual que tú, Marina, que viviste en la Ciudad de la Luz los largos años del exilio. De modo que no te hablaré de París, pero sí te diré que en nuestro viaje de novios alquilamos una habitación en el número 10 de la *rue Bonaparte*. ¡Qué coincidencia!, ¿verdad? Porque el verano anterior, cuando asististe a unos cursos de la Sorbona, te hospedaste en esa misma calle torcida y estrecha, que juzgaste encantadora, católica y *légitimiste*. En cada edificio había un anticuario, y menudeaban los almacenes de trastos viejos y de cachivaches, junto con las librerías de lance. Una vez entré en una tienda repleta de retales de brocados antiguos y de rasos y sedas regentada por una mujer que se diría de otra época y que intentaba vanamente poner orden en tan formidable revoltijo. Tienes razón al afirmar que en aquella calle silenciosa y pacífica, tras cada ventana asomaba un anciano de ciento diez años y una anciana de noventa y nueve.

Resumiendo: durante mi luna de miel Gumiliov me enseñó Notre Dame y los principales monumentos y museos de París, y también viajamos a la ciudad medieval de Cluny y casi a diario recalábamos en algún café del Barrio Latino, que tanto le gustaba a Nikolái. Debería haber estado más atenta aquellas noches y observar cómo crecía en él la culebra de los celos. Debería haber recordado *La sonata a Kreutzer*, esa historia sombría y angustiosa en la que Tolstói nos cuenta la extraña manera de amar de un hombre que detesta profundamente a su mujer y a la vez la desea, aunque Pozdnychev no entienda la voluptuosidad de ella, ni sus caricias ni su amor pausado, atormentado como vive imaginando que un día pueda preferir a otro hombre, atrapado en un torbellino de locura y errores que lo llevan al fatídico desenlace.

Mi matrimonio empezó a morir allí, en aquel París por cuyos bulevares también vagabundeaba un joven todavía desconocido, un astro que aún no brillaba. Nunca lo vi. O si lo hice, no lo reconocí, todavía él sin guantes, ni corbata, ni sombrero, ni bastón. Pero muy bien habría podido tener una cita triste con Charlot y cenar con él estrellas, pues Chaplin también andaba por allí aquellos años que para tantos de nosotros fueron como unas vísperas. ¿Conoces el poema que le dedicó Ossip? Yo solo recuerdo unos pocos versos: *Charlie Chaplin, dos luceros, dos suelas, un destino de pena. ¡Pisa el pedal!, ¡limpia al rey!, ¡ponte patines!... Charlie, Charlie, hay que arriesgarse, tu fiambarrera es el mismísimo océano... ¿De dónde ha sacado Chaplin un tulipán?*

Desde entonces, nuestras vidas empezaron a acercarse, Marina. Y aunque todavía no llegaron a cruzarse ni apenas se rozaron, en ellas la distancia fue acortándose poco a poco, y a menudo tenía la sensación de que cualquier día iba a encontrarte en Moscú o en San Petersburgo, e incluso en Koktebel.

¿Sabes que Koktebel también pudo haber sido el escenario de mis amores? Cuando Gumiliov me cortejaba, mientras yo veraneaba en Odesa, él solía peregrinar a la dacha de Max Voloshin, convertida por entonces en hospitalaria colonia de artistas, donde el anfitrión ejercía de buhonero de amigos y de ideas, pues Max era generoso e inventaba encuentros y destinos, gustando de compartirlo todo con los demás, sin celos ni avaricia, convencido de que la alegría de dar y ofrecer pesaba más que la tristeza de las pérdidas y las separaciones, o el miedo y el terror desatados durante los años de plomo, cuando su casa se convirtió en refugio seguro para algunos, según me contaría Mandelstam.

Al volver de Koktebel y pasar por Odesa, Nikolái me contaba infinidad de chismes de lo que allí sucedía. Era todo un universo aquella casa que se alzaba solitaria en mitad de la bahía, con el mar liliáceo extendiéndose a sus pies y una playa sembrada de guijarros, entre los cuales alguna vez se descubría una piedra preciosa, una cornalina como la que te entregó Serguéi Efron cuando lo pusiste a prueba. Un juego más anudando tu destino, querida. Aquel joven enfermo, apenas un chiquillo, acogido en Koktebel con sus dos hermanas mayores mientras se recuperaba de la tuberculosis, encontró tu piedra favorita y cumpliste la promesa que secretamente te habías hecho casándote con él y cuidándolo el resto de tus días. Una historia, la vuestra, que empieza como un cuento romántico y acaba en tragedia griega.

En aquel escenario de leyenda, en Koktebel, podían suceder ese tipo de cosas. Tú misma lo llamaste Cimeria, la tierra por donde Orfeo entró en los Infiernos, y contaste más de una aventura maravillosa allí sucedida, cuando tú y Max Voloshin os adentrabais en lo profundo de una gruta totalmente oscura donde solo el metal de los remos del bote proyectaba destellos del agua marina sobre las paredes de basalto, o cuando caminabais infatigables por senderos que crujían y se resquebrajaban por la sequedad y la aridez, senderos que recorríais en pleno mediodía, sin sombreros que os defendieran del sol, trepando de cresta en cresta sin bastones ni otro apoyo, solo con un guijarro en la boca porque dicen que quita la sed, conversando y escalando por los senderos del pensamiento y la palabra.

¡Un personaje verdaderamente impar el gran Voloshin! Aún me parece estar viéndolo: la cabeza de Zeus sobre los anchos hombros, la espesa cabellera de increíbles bucles que crecen indomables, con la exuberancia y la frondosidad del reino vegetal, y una delgada tira de absintio ciñendo los cabellos como una prolongación natural de la melena, un mechón más: su coronación y su límite. Grandes ojos verdeazulados, casi gélidos de tan claros, y a la vez agudos y penetrantes, diamantinos: dos chispas de fósforo marino, dos gotas de agua viva. Siempre vestía una amplia túnica de lienzo blanco bajo la que asomaban los pies desnudos, calzados con sandalias primitivas y toscas, con las que Max trepaba sobre los peñascos desiertos igual que una criatura alada, pese a su corpulencia, que nada tenía de la pesadez hercúlea y, por el contrario, sugería una elevación profética que inspiraba un estremecimiento sagrado, un respeto divino, perfectamente compatible con la ternura y el calor que desprendía su mullida panza felina

cuando, recostado sobre el diván rojizo de la biblioteca, con expresión risueña y pícara, se entregaba a los juegos y a las fabulaciones, contaba cuentos y hablaba de teosofía, de los elementos de la naturaleza, del protopope Avvakum o de las tres Erinias de serpentinos cabellos...

Sin duda fue un privilegio que ya de tan joven pudieras contar con la amistad y los consejos de quien fue considerado el modernista francés de la lírica rusa, un poeta visionario, un verdadero mito viviente. Puedo imaginar la embriaguez y el éxtasis que convocaba a su alrededor, en aquella torre que tanto frecuentó Gumiliov, quizás para intentar descubrir a la enigmática Cherubine de Gabriak. Nikolái me habló tanto de aquella torre de paredes blancas con el mar extendido a sus pies que me parece tenerla delante: abajo, la sala grande y espaciosa del estudio, donde tan solo había el caballete y unos pocos lienzos, por lo general acuarelas de los alrededores de Koktebel, un paisaje crudo e inhóspito, mas de una extraña belleza, con sus montañas de laderas violáceas y rojizas, sin una sola casa ni un mísero árbol, un paisaje que Voloshin pintaba al estilo convencional del viejo pintoresquismo, aunque no fuera esa su tendencia preferida. Desde el estudio, por una escalera interior, se accedía a otra sala inmensa, presidida por la impactante cabeza de la egipcia Taiaj. Allí se desplegaba la biblioteca, abarrotada de miles y miles de libros, más los objetos y maravillas que Max iba atesorando en sus viajes, desde modestos útiles y enseres cotidianos —una navaja de Vasconia, una taza bretona, abalorios de Samarcanda, castañuelas de Sevilla—, a exóticos regalos de la naturaleza: un arbusto de corales blancos, un fósil marino, un manojo de plumas de faisán... En lo más alto de la torre, en una gran terraza rodeada de barandales, me contó Gumiliov, se pasaban los días adorando al sol, riéndose y burlándose de los rumores y comentarios que circulaban entre los veraneantes y los lugareños, cuando los veían allí tumbados en bañador. Y por las noches, como no podía ser de otro modo, decían que adoraban a la luna. Es decir, conversaban y recitaban, pues así transcurría la mayor parte del tiempo, todos embelesados con las historias de Max, que era un formidable creador de mitos y de mistificaciones, a la par que una criatura capaz de descifrar las almas y los destinos de las mujeres y de los poetas, llegando a ser providencial para algunos, como tú bien sabes, Marina.

Lejos del ambiente natural y espontáneo que reinaba en la torre-faro de Koktebel, en el ático de la calle Tavrícheskaia 25 que dio en llamarse la Torre de Ivánov, residencia del filósofo Viacheslav Ivánov y de su esposa Lidia, anfitriones y sumos sacerdotes del sagrado templo, imperaba un ambiente mucho más sofisticado. Allí acudían puntualmente los jóvenes que publicaban en la revista *Apolo*. Durante años, aquellos vastos salones fueron *el* cenáculo artístico petersburgués. Y aunque hacia 1910 el prestigio del Maestro y su tertulia ya habían empezado a declinar, sentí un gran orgullo cuando fui admitida en tan exclusivo círculo, y durante un tiempo viví deslumbrada y ofuscada, contagiada sin duda por el ardor entusiasta de Gumiliov.

Sin embargo, todo aquello no tardaría en parecerme un espectáculo artificioso y banal, y pronto me alejaría de allí. Yo y mi poesía. Después de París, apenas podía ya soportarlo. Mas al inicio de la década, *ser* en San Petersburgo exigía *estar* allí. No solo haber logrado entrar y deambular por el salón, engrosando el nutrido grupo de los fervientes admiradores, sino también formar parte del reducido círculo de jóvenes que aspiraban a ser señalados como elegidos y dignos de suceder en un futuro próximo a los grandes vates que oficiaban en el Olimpo poético... ¡Todo un privilegio! Y todo un gran espectáculo el *pavorrealismo* exhibido allí por algunos postulantes, que ignoraban que el salón no era un lugar de pruebas, ni mucho menos un campo de batalla, sino un escenario de consagración, un verdadero altar donde los ungidos, es decir, aquellos a quienes les había sonreído la fortuna poética, refrendaban públicamente su condición ofreciendo un recital o una lectura. Con anterioridad ya había tenido lugar el rito de paso, que se celebraba a puerta cerrada, únicamente en presencia de los popes del Parnaso petersburgués. Después llegaba la presentación en sociedad.

La mía tuvo lugar un miércoles de marzo de 1911. Para entonces, ya habían cambiado el día del cónclave, que antes se celebraba los lunes, cosa que yo hubiera preferido, pues de ese modo la larga espera concluiría nada más iniciarse la semana, que después transcurriría con sosiego, una vez que hubiera tenido lugar el memorable acontecimiento, a lo largo de una velada que solía prolongarse hasta altas horas de la madrugada. Sin duda que, de haber sido así, me hubiera ahorrado unas cuantas noches de agitación e insomnio, las que siguieron a los días de espera. Lo cual habría resultado muy beneficioso para mi salud.

Allí me presenté el día señalado. En el majestuoso salón ardían las velas de los candelabros, que contribuían a crear una atmósfera litúrgica muy apropiada para aquella tertulia, donde el vino tinto corría a raudales. Las sesiones siempre comenzaban con la lectura de algún texto bíblico o místico, en consonancia con la concepción religiosa del arte propia del simbolismo que allí se proclamaba. Y muy acorde también con la figura que presidía la escena: el poeta y pensador Viacheslav Ivánov, que encandilaba a los jóvenes con su imponente dicción y con sus amplísimos conocimientos del mundo clásico, en especial de la cultura helénica. Ataviado con unas ropas anticuadas y unos anteojos con montura de oro, semejava un profeta bíblico. O quizás solo un pastor eclesiástico salido de una obra de Ibsen. A su lado, Lidia, vestida con hermosas túnicas de estilo bizantino, recibía a la extravagante y visionaria turba de amigos y adeptos. Ella misma, casi siempre con una expresión severa en el rostro, parecía una sacerdotisa de algún culto misterioso a la que devoraban pasiones ignotas.

El día de mi consagración, nada más entrar, en el tono confiado y con el porte mayestático de quien está acostumbrado a que se lo escuche y obedezca, Ivánov me invitó a sentarme a su derecha, en la silla que en vida había ocupado Ánniensi, y me presentó como la nueva voz que venía a revelarnos todo lo que quedara sin revelar en los rincones ocultos del alma de aquel

poeta. ¡Figúrate! Luego me contaron que, poco después, Ivánov dijo de mi poesía cosas muy despectivas. Pero no me ofendí, porque para entonces yo ya me había alejado de él y de los Briúsov, Sologub y demás simbolistas. Ya no creía que el artista o el poeta, al transformar un fenómeno en imágenes y una imagen en símbolo, descubre y anuncia la voluntad secreta de todas las esencias y extrae de la realidad los símbolos en ella contenidos. *Ad realibus ad realiora*, proclamaba el venerado maestro, sin ningún empacho por mezclar lo divino y lo humano: la fuerza vital de Apolo y el misterio trágico de Dioniso, con el erotismo y el lujo y la ostentación. *El artista recorre un camino misterioso y solo debe amar la belleza, que es donde se manifiesta la naturaleza divina... Lejos de mí está el dolor de los hombres y extraña a mí es la tierra entera con sus luchas*, afirmaban.

Era un mundo crepuscular. No negaré que Ivánov fue un hombre vivamente interesado por las artes y la música, que aportó a su época la impronta de un pensamiento y de una inteligencia poco comunes, pero nosotros íbamos a forjar un mundo nuevo, y para ese viaje... ¿No crees que la producción poética del simbolismo, tan cuantiosa y seráfica, sufría un verdadero proceso de inflación verbal? Estudiantes diplomados, cadetes militares y hasta simples empleados se dejaban tentar por las musas, y probaban a imitar las rimas y las imágenes de aquellos venerables metafísicos que se hacían llamar los simbolistas rusos. Nuestra rebelión contra ellos fue completamente legítima porque nos sentíamos personas del siglo xx y no queríamos quedarnos atrás. Y para esa aventura, entre los viejos maestros solo admitiríamos que nos acompañase el ejemplo y la obra de Alexandr Blok. Él nos liberó de la antigua prosodia y descanonizó el ritmo, quebrando viejas pautas o afinándolas con una perfección suprema, mezclando moldes de innumerables combinaciones hasta forjar la riqueza del ritmo moderno, ese punto de partida musical de cada uno de sus poemas, que se perciben como una armonía de sonidos.

Sí, junto a él caminaríamos en adelante.

En la primavera de 1911, volví a París. Esa vez fui sola. En la anterior, durante el viaje de novios, había conocido a Amadeo Modigliani, que después, a lo largo del invierno, no dejó de escribirme unas cartas tan hermosas como desesperadas, apremiándome a regresar con él. Era imposible desoír su clamor, y acudí en cuanto pude.

Y ahora sí voy a hablarte de mi París secreto.

Nada más pisar la ciudad fui al encuentro de Modi. Vivía en Impasse Falguière, una callejuela apartada y solitaria. Me costó dar con ella. Apenas se veía a nadie por allí, y era difícil orientarse en aquel dédalo de pasadizos y rincones donde las sombras se espesaban. Finalmente hallé el portón que buscaba. Traspuse los umbrales y crucé un pequeño patio. Caminé a lo largo de un corredor estrecho y lóbrego, sin ninguna boca de luz. Apenas se veía nada. Por fin, al fondo, a la izquierda, divisé una pequeña escalera y, en lo alto, una puerta. Bajo el dintel, Modigliani me pareció mucho más delgado de lo que recordaba. Vestía una chaqueta de terciopelo claro y alrededor del cuello se anudaba un pañuelo rojo. También me pareció más moreno.

No sé qué veía en mí. Quizás en un primer momento fueron mis facciones las que le llamaron la atención, porque en esa época Modi deliraba por el antiguo arte egipcio, y yo era para él *su* Nefertiti. En la multitud de veces que me retrató aquel año, siempre quería que luciera un tocado con la luna y las perlas como atributos. Era lo que más le interesaba del Louvre, que visitamos

varias veces. Él no compartía el grito de Marinetti y los futuristas, que proponían quemar los museos, pues según ellos eran cementerios donde se reposa para siempre junto a otros seres odiados o desconocidos, necrópolis a las que visitar como máximo una vez al año: el Día de Difuntos. No, Modi no estaba de acuerdo con las algaradas futuristas. «¡Imbéciles estetas! —exclamaba al oírlos—. Lo dicen por envidia, por celos, para hacerse hueco y entrar allí ya en vida porque todos son unos fracasados a quienes nadie recordará cuando dejen de ofender e insultar. Basta con ver las firmas de su ruidoso manifiesto para darse cuenta». Él se había negado a firmarlo. Modi nunca ocultó su amor por los viejos maestros toscanos, pero ya conocía sus obras, que había visto en Roma, en Venecia, en Florencia... Por eso, cuando íbamos al Louvre, pasábamos apresurados por los amplios salones que exhibían la pintura italiana y por las salitas contiguas ocupadas por las telas de los artistas flamencos, para encaminar nuestros pasos directamente hacia las cámaras del piso bajo, silenciosas y claras. Una vez allí, apenas reparaba tampoco en la estatuaria clásica, aunque un día se detuvo brevemente ante la Venus de Milo y dijo que las mujeres bien proporcionadas siempre parecen torpes cuando están vestidas. Es uno de los pocos comentarios que puedo recordar porque apenas hablábamos, cautivado como estaba Modigliani por aquellas figuras. En el éxtasis del silencio, enseguida nos embargaba una grata sensación de intimidad. Para nosotros el Louvre era un momentáneo Leteo, nuestro particular río del olvido.

Al salir, solíamos pasear junto al Sena. Desde lo alto del Pont des Arts, contemplábamos la majestuosa perspectiva que forman la fachada del museo, la cúpula del Institute de France, la terraza de las Tullerías al borde del agua en la orilla norte y las viejas casas del Quai Voltaire en la orilla sur, flanqueadas ambas por hileras de álamos centenarios, más abajo de los muelles. Desde allí, alguna vez nos coincidió ver la llegada de pequeños vapores que enlazaban directamente Londres con París: descendían por el Támesis, atravesaban el canal de la Mancha, remontaban el Sena y acababan su travesía justo allí, ante las taquillas del Louvre. Más a menudo, era el estruendo de los remolcadores que navegaban embobinando y desembobinando su rueda de paletas sobre el lecho inmóvil del río y formaban pequeñas olas de espuma coloreadas de cardenillo lo que nos arrancaba del silencio cuando, acodados en el pretil del puente, absortos y aislados del mundo, tendíamos la vista sobre las aguas cenicientas del Sena.

Alguien dijo que los *quais* son la suprema obra poética de París, capaz de embelesar a pintores, turistas o *flâneurs* del mundo entero: una suerte de cinta sinuosa que se diría salida de la imaginación de un geniecillo. A nosotros también nos embrujaba aquella península insólita, en cuyas riberas mataban el tiempo pescadores solitarios y donde dormitaban vagabundos que olían a paja, absenta y zapato. A Modigliani, que por entonces vivía en una pobreza extrema, le aterraba la posibilidad de acabar así, de modo que apenas frecuentábamos esa oscura entraña de París. Preferíamos disfrutar de la feliz animación que reinaba arriba, en los *quais* propiamente dichos, donde los buquinistas mostraban sus cajones repletos de libros de lance que los paseantes y los curiosos removían aleatoriamente o, por el contrario, buscando a conciencia algún tesoro ignorado, y donde también trajinaban otros tipos que desempeñaban oficios ínfimos: el esquilador de perros, el desollador de gatos, el espigador de carbón, el hojalatero que recolectaba cuchillas de afeitar, hebillas, imperdibles o corchetes. De vez en cuando nos cruzábamos con algún artista imberbe que caminaba con su atadizo de telas al hombro para apoyarlas al pie de un muro, a la espera de que alguien le comprase una de aquellas esforzadas copias del natural que quizás entusiasmaran a un turista americano o a algún parisino añoso, nostálgico de *souvenirs*. A Modigliani también lo entristecían esas escenas. «¡Cuadritos sentimentales!», decía, negando con

la cabeza porque él jamás se rebajaría a semejantes complacencias, pese a la miseria en que vivía.

Entonces nos alejábamos de allí en dirección al jardín de Luxemburgo y la avenida del Observatorio. Mirábamos las estatuas, los macizos de heliotropos, de geranios y de rododendros; observábamos a las niñas saltar a la comba y a los niños botar sus lanchitas en el estanque octogonal del centro del jardín. El antiguo palacio italiano dormitaba, como algunos ancianos, con el periódico caído entre las piernas, o las viejas con sus cofias y uniformes, que miraban vagamente al aire mientras dejaban de calcetar unos momentos.

Nosotros recitábamos a dos voces los versos de Verlaine. Recordábamos las mismas canciones y eso nos divertía. La gente mayor nos indicaba el sendero del jardín por donde paseaba el poeta con su séquito de adoradores llegados desde *su* café, donde a diario declamaba sus versos. Pero en 1911 por esa senda ya no caminaba el genio, que entonces ya era solo piedra y sombra proyectada desde lo alto de un monumento que acababan de erigirle ese mismo año y que a veces parecía surgir de la niebla.

En los días nublados, el cielo era de un gris ideal, de un suave azul perla, casi malva, y todo parecía envuelto en una fina gasa plateada, desdibujados los contornos. Hubo días de lluvias furiosas en que mudaba en un negro carbón y el asfalto humedecido de las calles refulgía metálico. Pero, más a menudo, llovía dulcemente. Entonces Modigliani desplegaba un paraguas negro, enorme y viejo: un paraguas de aldeano. *Il pleure dans mon coeur comme il pleut dans la ville, il pleut doucement...*, musitaba, porque caía una lluvia tibia, casi estival, que dejaba París envuelto en un polvillo dorado. Allí, apretujados bajo el paraguas y sentados en un frío banco de piedra del jardín de Luxemburgo, porque no teníamos dinero para pagar una de las sillas de alquiler, recitábamos a Verlaine, Rimbaud, Mallarmé o Baudelaire. Hasta que moría la tarde en crepúsculos de ópalo, anaranjados.

Creo que no he conocido a otro pintor que amara tanto la poesía como Modi, aunque nunca me leyó a Dante ni a Leopardi. Quizás porque entonces yo aún no sabía italiano. Después, el resplandor de Dante me acompañaría toda la vida, y especialmente la aparición de Beatriz en el canto XXX del *Purgatorio*, bajo un blanco velo ceñido con una corona de olivo, y *sotto verde manto vestita di color di flamma viva*. ¡Hasta me atreví a poner en labios de mi Musa una pregunta sobre el genio! Pero en 1911 no. Entonces, lo que Modi sí me leía eran *Les chants de Maldoror*, que siempre llevaba en un bolsillo, aunque en ese tiempo Lautréamont era una rareza. Otro maldito.

Lo único que empaña el luminoso recuerdo de aquellos días es la impresión de que Modi vivía cercado por la soledad. Durante los paseos por el jardín de Luxemburgo no lo vi saludar a nadie. Tampoco al recorrer las calles del Barrio Latino, donde todos se conocían. Ni al entrar en los cafés. En La Rotonde, su voz casi nunca podía oírse en medio del alboroto general que flotaba sobre las mesas. Aún me parece estar viendo la espesa humareda del tabaco que fumaban en sus pipas de arcilla, la simple barra de zinc que hacía las veces de mostrador y la diminuta trastienda con los cristales de las ventanas completamente velados por las cien mil declaraciones de amor allí garabateadas.

Durante el día, cocheros, taxistas y empleados de la zona departían entre cascadas de *café crème* o exóticos *apéritifs*, y por las noches La Rotonde acogía a un variopinto grupo de jóvenes estafalarios que maquinaban la manera de agenciarse cinco francos o discutían a voz en cuello

de pintura y poesía, riñendo y peleando unos con otros, para después enseguida hacer las paces bajo la atenta mirada de su propietario, Libion. Este había comprado aquel pequeño café sin sospechar que acabaría convirtiéndose en el cuartel general de los Apollinaire, Cocteau, Picasso, Gris, Jacob, Léger, y de nuestros Soutine y Chagall, que ya se había llevado allí a su mágico Vitebsk, y a donde también acudían tu querida Natalia Goncharova y Max Voloshin, que siempre recalaba en La Rotonde cuando andaba por París.

Libion era en realidad un pequeñoburgés común y corriente, un tabernero gordo y bonachón, siempre con los faldones de la camisa asomando bajo el chaleco negro y una colilla apagada entre los labios. Al principio, temeroso de que fueran unos anarquistas, miraba con recelo a aquellos jóvenes bohemios que hablaban diversas lenguas, aunque en el fondo solo eran unos ablandabrevas, como los llamaba burlonamente tu querido Max. Con el tiempo, Libion se fue acostumbrando a ellos y tomándoles cariño. Difícilmente aceptaba un cuadro a cambio de las cuentas pendientes porque no le gustaban los juegos de azar y, según él, adquirir pinturas era como jugar a la lotería. Sin embargo, alguna vez se vio obligado a aceptar un boceto o dibujo de Modigliani por diez francos, dado el montón de platitos que se acumulaban ante aquel joven que jamás llevaba un triste céntimo en el bolsillo.

Sí, difícilmente se oía su voz entre la algarabía de La Rotonde porque allí Modigliani pasaba el tiempo esbozando retratos en sencillos pliegos de carta. Algunas noches, hasta veinte dibujos seguidos. No es verdad que acudiera solo a emborracharse, como se dice en una novela trivial y mediocre firmada por un escritor fracasado cuyo nombre nadie recuerda ya. Tampoco tiene nada que ver con el héroe de *Montparnasse 19*, una película francesa reciente, y bastante vulgar, por añadidura.

Modi iba a los cafés como lo hacían tantos otros: para hallar consuelo a su infortunio y sentirse arropado entre los suyos. Y también para huir del hambre y del frío y la humedad de su taller, donde trabajaba infatigablemente y donde contrajo la tuberculosis pulmonar que acabaría con su vida. En 1911, mientras estuvo conmigo, jamás lo vi ebrio, ni nunca noté que su aliento oliera a vino, aunque sí fumaba hachís. Detesto que conviertan el destino de Modi en una parábola edificante. Si alguien quiere comprender de verdad su drama que no piense en los vapores del alcohol ni en el humo del cannabis sino en los gases asfixiantes, en la Europa entumecida y perpleja, en los tortuosos caminos de nuestro siglo, en la argolla de hierro que se estrechaba en torno a tantos de los modelos que pintó y cuyo destino él anticipó. Como si Modi hubiera vivido en *tu* París, Marina, el de los años de la barbarie y el exilio; el nuestro, el de Europa entera: el de alemanes, polacos, italianos, españoles...

Pero dejemos atrás esas cosas tristes y recordemos las horas luminosas o las noches en que me llevaba a ver el *vieux Paris derriere Panthéon* a la luz de la luna, mucho más auténtico. Y aunque él conocía bien la ciudad, una vez nos extraviábamos por los arrabales: un mundo casi sin dimensiones ni referentes. *J'ai oublié qu'il y a une île au milieu*, dijo cuando una luz cenicienta y débil empezó a rasgar el cielo bajo y nuboso con que tantos días se despierta París, envuelta en un gris de plata oxidada con destellos azulinos, un gris viejo y sucio, un gris palomo que lo difumina todo hasta lograr que el color no exista.

El extrarradio lo había descubierto Modigliani en compañía de Blaise Cendrars. ¿Sabes de

quién te hablo? ¿Llegaste a conocerlo durante tu exilio? ¿Alguna vez os cruzasteis por las calles de París? Era un infatigable trotamundos y un perspicaz sabueso, un finísimo explorador de las afueras. A veces nos llevaba hasta una planicie donde construían un campo de aviación porque Modi admiraba a los pilotos, y a menudo se quedaba extasiado viendo volar sobre la Torre Eiffel los hermosos pájaros plateados, como él llamaba a los primeros aparatos ligeros que surcaban el cielo raso. Allí, en el extremo de una landa desierta, junto a unas míseras barracas, se alzaban unos hangares rectilíneos. Alas rotas servían de vallas. Estructuras, montantes, piezas de madera perforadas estaban esparcidos por la hierba como osamentas prehistóricas. Bidones de sifón, latas de conservas vacías, lonas de embalaje y neumáticos viejos bordeaban la futura pista. Estaban nivelando el suelo con los escombros y desechos de las casas, y la explanada entera estaba sembrada de cristales de botellas y tarros rotos que brillaban al sol. Miles de zapatos desaparecidos se resecaban al aire libre. Cada cien pasos tropezábamos con montones de chatarra vieja y a menudo nos enganchábamos los pies en los muelles de un somier.

Con él descubrió tugurios escondidos en viejos muelles que solo los barqueros frecuentaban, y fue Blaise quien también le franqueó las puertas de un pequeño restaurante italiano en la *rue Campagne Première*, pues conocía a su dueña, la vieja Rosalía, gracias a la cual Modi podía comer de vez en cuando un trozo de carne o un plato de macarrones. Creo que Cendrars era su único amigo verdadero por entonces, o al menos así me lo pareció. Quizás por eso un día se empeñó en llevarme a conocerlo, y también porque el poeta amaba Rusia y estaba a punto de volver a San Petersburgo. Había estado allí durante la revolución de 1905 y vio las primeras gotas de sangre salpicar la nieve, y trenes con locomotoras adornadas de banderas y farolillos que emprendían el viaje al son del himno del zar y regresaban silenciosos y negros como sombras fantasmales, cargados de soldados enloquecidos. *Et sous la pression de la peur les regards crevaient comme des abcès... L'incendie était sur toutes les faces dans tous les coeurs...* Un día nos dijo que, si fuera pintor, usaría mucho rojo y mucho amarillo al final de aquel viaje por las llanuras transiberianas, un viaje que emprendió pensando en la aventura: en enfrentarse a los bandidos de los Urales que habían atacado a los saltimbanquis de Julio Verne, a los khunguses, a los bóxers de la China, a los pequeños mongoles rabiosos del Gran Lama, a las ratas de hotel y a los turistas de los expresos internacionales... Pero lo cierto es que al final de su viaje Blaise acabó dándose de bruces con las carambolas y los remolinos de la historia.

Aún no he olvidado aquella especie de permanente centelleo en sus ojos, ni tampoco sus gestos, a menudo bruscos y torpes. Todo él parecía pura fuerza vital, como un impulso ciego más próximo a la naturaleza que al hombre. Casi una carga de dinamita. *L'action seule libère*, decía, *elle dénoue tout*. Y era imposible no contagiarse de su extraordinaria energía. Jamás he visto tan formidable potencia creadora. Blaise encandilaba con su sola presencia, con su mero *estar*. Era un conversador maravilloso. Contaba sus viajes terrenales y celestes pero no se extraviaba jamás, porque para él no existían las fronteras y el mundo era uno y lo mismo en la vigilia y en el sueño. Hablaba del momento absoluto, de la nada, del desvanecimiento y de la metamorfosis. Podía ser a la vez tierno y cruel. ¡Siempre irremediabilmente antinómico, mi inolvidable Blaise! Creo que su alma sufría verdaderos eclipses, y eso se percibe en su obra, caótica y turbulenta, de una belleza cruda y dolorosa. Cuando recitaba, sus poemas me parecían escritos con sangre: todo arde en esos versos fosforescentes que es mejor leer con gafas de cristales ahumados. «¡París, ciudad de la Torre única, del gran Patíbulo y de la Rueda! ¡París, ciudad de los banqueros!», bramaba.

Cierto día, estábamos en el café Biard del *boulevard Saint-Michel*, y de repente su rostro

enrojecido cambió de color, como sucede en la atmósfera cuando se avecina una tormenta. Blaise parecía tener prisa y, sin mediar explicación alguna, nos instó a salir de allí de inmediato. Lloviznaba. Trotábamos uno detrás del otro. Aún hacía frío. Los grandes cafés estaban en plena efervescencia y los restaurantes, atestados de gente. Al pasar junto a Baty, Cendrars me contó que en aquel modesto restaurante León Trotski jugaba al ajedrez. Lenin, por su parte, prefería el café de Lion, en el número 5 de la avenida de Orleans. Asilo de la revolución artística, Montparnasse se transformaba en el refugio de la revolución social. Al doblar una esquina, entramos en un figón gris, de techos bajos, que olía a cera y moho. Por dos perras nos sirvieron una ración de patatas fritas y un filete de buey salado. Nada más devorarlo todo, volvimos a vagar por las calles, que nos atraían como imanes. Había dejado de llover, y París era ya la ciudad cansada que aguardaba el silencio. De pronto, al pasar ante la Taverné de Panthéon, Blaise me hizo detenerme en el umbral y señaló dos mesas: «Estos son nuestros socialdemócratas, aquí están los bolcheviques y allí los mencheviques», dijo.

Años más tarde entendí a qué se refería.

Cuando recuerdo aquella primavera, me sigo preguntando qué le atraía de mí a Modigliani. Mis rasgos egipcios, sin duda, y quizás también mi alma rusa. Me contó que había ido a los maitines de Pascua en la iglesia ortodoxa para ver la procesión porque le gustaban las ceremonias pomposas: observar a caballeros de rancio abolengo besar tres veces la cruz, solemnemente. También le impresionaba mi facultad de adivinar pensamientos, descifrar los sueños ajenos, y otras menudencias a las cuales ya estaban acostumbrados quienes me conocían, sin concederle por ello mayor importancia, ni mucho menos mérito o interés. Pero Amadeo repetía sin cesar: *On communique. Il n'y a que vous pour realiser cela*. Y es que en aquel tiempo le apasionaban las predicciones de Nostradamus, el legendario médico francés del siglo XVI. Aseguraba que había descrito con exactitud la Revolución francesa, el triunfo y la derrota de Napoleón, el fin del Vaticano, la aviación y otras profecías que aún no se habían cumplido: llegará al poder un tirano cruel que mandará encarcelar a todos cuantos no aprendan a callar, aseguraba. Pronto mandarán a los polos a quienes osen sonreír o llorar a deshoras: unos al Polo Norte y otros al Polo Sur. Y empezarán a exterminar a la gente, auguraba. ¿Qué te parece, Marina? ¿Era o no otro visionario? Modi no paraba de hablar: de la guerra, de la civilización, de la poesía... De cualquier cosa, excepto de pintura. Su voz quedó para siempre en mi memoria.

Y su mirada.

En ese tiempo, trabajaba en una escultura a la que llamaba *la chose*, en el patio que había junto a su taller. Ya antes de llegar a aquel agujero de paredes completamente ennegrecidas por el hollín que cae de las chimeneas y la humedad que sube de los muelles, nada más enfilar el callejón ciego y desolado que llevaba hasta allí, podían oírse los golpes del martillo sobre el cincel. Cuando expuso *la chose* en el Salon des Independants de 1911, me hizo una foto junto a ella. Y bastantes dibujos a carboncillo. Me hizo al menos dieciséis. Dibujó mi cabeza con adornos de reinas y bailarinas egipcias, y le encantaban mis collares africanos. *Les bijoux doivent être sauvages*, decía, y me retrataba con ellos puestos. Siempre en su estudio, nunca al aire libre. Al marchar me los regaló, y me pidió que los enmarcara y los colgase en mi habitación. La mayoría se perdieron en la casa de Tsárskoye Seló durante los primeros años de la Revolución de

Octubre. Solo se salvó uno, precisamente el que anuncia, en la precisión de las líneas y en la levedad y la pureza poética del trazo, su futura etapa *nue*. Y es que todo lo divino en Modigliani yacía bajo una capa de tinieblas. Ahora, a esa etapa de su obra la llaman *période nègre*.

Ese dibujo me acompañó en los años más duros de mi vida. En la pequeña habitación que ocupé en la casa de la Fontanka, de sus paredes desnudas solo colgaba ese retrato. Cuando podía, también me acompañaba un ramo de rosas rojas, que para mí eran como un sortilegio.

Aquella primavera seguramente ninguno de nosotros dos comprendía algo esencial: todo lo sucedido hasta entonces era la prehistoria de nuestras vidas. La de él, muy corta, aún más breve que la tuya, Marina. La mía, mucho más larga que la vuestra. Y pese a que vivíamos un momento ligero y claro, a ratos asomaba el crepúsculo, pues es sabido que el futuro proyecta su sombra mucho antes de salir: escondido bajo las farolas, un día golpea la ventana y perfora los sueños.

Al regresar a Petersburgo, no hacía más que recordar París, la ciudad que ensancha el corazón. Quien vive allí de joven conserva una palpitación incesante el resto de su vida, un latido que todo lo vuelve más grácil, aliviando el peso del mundo. Desde entonces, en mi memoria, París ardiendo en su último ocaso.

Fueron unos días más turbios y tortuosos de lo que te puedas imaginar, pues en la Torre Ivánov hubo desencuentros y descalificaciones y epílogos maliciosos. Lo mejor es que allí, ese mismo año de 1911, conocí a Ossip Mandelstam, por entonces un muchacho flacucho, de ojos llameantes, pestañas larguísimas, y siempre con un lirio de los valles prendido en el ojal. Cuando volví a verlo en casa de Alekséi Tolstói, me dedicó su tierno poemario *Piedra*: «A Ania Ajmátova, chispazos de conocimiento en la desmemoria de los días. Respetuosamente, el autor».

Desde que nos conocimos, fuimos inseparables, una vez que Ossip aceptó la condición de tener terminantemente prohibido encapricharse de mí. Yo conocía su carácter enamorado y preferí blindar así nuestra amistad. Luego empezó a frecuentar el Taller de los Poetas, que ese mismo año habían fundado Gumiliov y Gorodetski, y donde reinaba un ambiente festivo e irreverente, a diferencia de la engolada solemnidad que regía en la Proakademia de los Ivánov. Allí se compuso una *Antología de tonterías clásicas* de la que no se salvó nadie, ni siquiera nuestro amado Pushkin, y de la que no guardo apenas memoria, pues creo que fui la única que no contribuyó a engrosar tamaña colección de disparates. *Con mirada triste y seductora los mira Ajmátova*, decía con razón una de aquellas letrillas. El Taller de los Poetas fue la cuna del acmeísmo, al que enseguida nos unimos Ossip y yo. Fue un florecimiento de la naturaleza y del espíritu, una hermosa claridad. Para Mandelstam, significaba la nostalgia de una cultura universal: el orden y el rigor, la luz y la armonía de la antigua Grecia. No en vano nuestra revista se llamó *Apolo*. Yo fui la secretaria del grupo y redactaba las actas y boletines de las reuniones.

Ossip era cortés y amable, inteligente y agudo, y tenía una conversación amena y muy variada. Jamás le oí repetirse ni aburrir a nadie con temas manidos; menos aún, con tópicos. De poesía hablaba deslumbrado y con pasión, aunque a veces fuera extremadamente injusto, incluso con Blok. De Pasternak decía: «Pienso tanto en él que hasta estoy cansado». Y de ti llegó a decir: «Soy anti-Tsvietáieva». En tu caso, supongo que lo hizo movido por el despecho después de haber roto vuestro idilio; en otros, imagino que dominado por sus miedos y por sus demonios, pues lo que más temía en el mundo Ossip era su propia mudez, a la que llamaba asfixia.

Desde aquellos días, se estableció entre nosotros la costumbre de leernos mutuamente cada verso, cada estrofa, cada poema escrito, lo que disgustaba mucho a mi marido, rabiosamente celoso de nuestra *entente*. Pero, contra los rumores que corrían o lo que años después escribieron algunos, entre Ossip y yo, como te digo, solo hubo una gran amistad: sincera y profunda, pese a la brevedad de sus años y el abrupto y trágico final que nos lo arrebató. La nuestra fue una amistad imborrable, en la que siempre pervivió el desenfado y la alegría propios de la juventud. Durante muchos años nos encontrábamos en todas partes: en las redacciones de las revistas y editoriales, en las casas de amigos y conocidos, en El Perro Errante, en El Hiperbóreo, donde cada viernes florecían las rosas literarias, e incluso en nuestra Nubecilla, como llamábamos a la antigua habitación de estudiante de Gumiliov en la travesía Tuchkova, donde nos habíamos instalado Nikolái y yo, aunque allí apenas había donde sentarse, salvo un desvencijado diván al que le crujían los muelles cuando, echados sobre él, nos retorcíamos riendo a carcajadas, pues Ossip era único a la hora de contar disparates o de desplegar su afilada ironía. Una vez, todavía en los salones de la Torre, ante el espectáculo ofrecido por Ivánov y Lidia, se me acercó a

susurrarme al oído: «Me parece que un *Maître* es un espectáculo grandioso, pero dos ya es algo ridículo». Otro día, mientras cenábamos en El Perro Errante, a Maiakovski se le ocurrió levantarse y ofrecernos un recital de sus versos, pero Ossip enseguida le pidió que por favor lo dejara estar, pues no era una orquesta de zógaros lo que le apetecía oír, le dijo, dejando perplejo y mudo al ingenioso cantor futurista.

Teníamos nuestras propias palabras, nuestro lenguaje privado, nuestras *grandes risos*, como llamábamos a los accesos de alocada risa que se apoderaban de nosotros cuando estábamos juntos. La expresión proviene de los días en que yo posaba para Nathan Altman y Ossip asistía de espectador a algunas sesiones. ¿Por casualidad conoces ese retrato? Luzco en él un precioso vestido de satén azul, el color con el que muchos artistas me pintaron, como también puede apreciarse en el fondo del retrato que me hizo Petrov-Vodkin en 1922, cuando yo ya vestía de negro y apenas nada en mi atuendo recordaba los años pasados. Quizás mis ojos, *la tierna luz de mis ojos de Dairal*, los impulsaba a rodearme de azul... Sea como sea, uno de aquellos días felices en que posaba para Altman, al oírnos reír a carcajadas, un vecino suyo también pintor, un italiano, entró en el estudio diciendo: «Veo que tenéis aquí *grandes risos*». Y desde entonces la expresión pasó a ser algo exclusivamente nuestro: un guiño, una clave, una señal casi cifrada que seguiríamos usando incluso en los momentos más atormentados. Teníamos bastantes más, como puedes suponer. Mis preferidas eran *Y nadie se sintió confuso*, que Mandelstam pronunciaba a modo de sentencia cada vez que alguien contaba algo rematadamente absurdo. Y también me gustaba otra frase que tiene su pequeña historia. Data de un día en que unos chicos me pidieron que los acompañara a casa del viejo actor G. para darle un recado y distraerlo un rato, pues hacía tiempo que el pobrecillo se había quedado paralítico, apenas salía y se estaba consumiendo en vida. Al llegar y hacer las presentaciones, el anciano nos miró con ojos turbios, diciendo *Una relación nada interesante*, frase que por desgracia tendríamos ocasión y motivo de repetir muchas veces durante los años de hierro. Es cierto que la historia hizo todo lo posible para impedirnos reír, pero aun así no estábamos dispuestos a obedecer ni a rendirnos a las primeras de cambio. Así que durante un tiempo seguimos con nuestros *grandes risos*.

¿También Ossip y tú teníais vuestras palabras secretas, Marina? ¿Cuáles fueron?

En la primavera de 1912, las dos estábamos encintas. En septiembre nació Ariadna, tu hija mayor, y en octubre llegó Lev, mi único hijo. Hasta aquí las coincidencias. Tú fuiste una madre ejemplar, una verdadera esclava. Yo siempre tuve remordimientos por no haber dedicado más tiempo a mi hijo, y me torturaba la conciencia de que, cuando fuera mayor, no podría recordar muchas cosas de mí: apenas lo tuve en brazos, jamás lo regañé y ni siquiera asistí a su primera comunión. *El deber de madre es una tortura divina*, escribí una vez, *yo no estaba preparada para ella...* Dejé que Lev se criase en Slepniovo, en la finca ya algo en decadencia de los Gumilioy, situada a unos doscientos kilómetros al norte de Moscú, al cuidado de su abuela paterna. No negaré que extrañaba el leve peso de su cuerpecillo en mis brazos y en sueños escuchaba su llanto, que me impulsaba a levantarme de la cama y vagar por las oscuras alcobas buscando su cuna... Pero mi matrimonio hizo aguas desde el primer momento y temía que la amargura también emponzoñara a nuestro hijo. Además, las fiebres y jaquecas que minaban mi salud desde la adolescencia empezaron a ser cada vez más frecuentes, de modo que no tenía otra alternativa.

Marchamos a Tsárskoye Seló, a la casa de dos plantas pintada de verde que nos había comprado la madre de Nikolái. Él tenía una habitación abisinia, decorada con pieles de cebra y colmillos de elefante, y yo un estudio azul. Vivía encerrada en él, sola y asfixiada, incapaz de saber si los pinchazos que sentía clavarse como espinas en mi pecho exangüe procedían del cuerpo o del alma. Mi voz se fue debilitando. A menudo el insomnio yacía conmigo en un lecho de cenizas, cuando la aguja oblicua de las horas era una flecha fatal. Poco a poco, en nuestra casa los gemidos de placer se volvieron gritos de tormento, y nuestros besos se tiñeron de sangre. Nikolái y yo librábamos una batalla tras otra, enfrentadas como estaban nuestras voluntades. Nunca supe muy bien qué fui en realidad para él, pues en sus poemas aparezco sucesivamente como una princesa, una niña caprichosa, una joven tigresa, una sirena que luce un voluptuoso collar de rubíes colgado al cuello —aunque lo cierto es que entonces yo me adornaba con un collar verde de malaquita—, e incluso como Eva, puta y santa a la vez. ¡Qué sarcasmo, querida mía! Años después mis enemigos, unos y otros, le sacarían gran partido a ese último retrato poético.

¡Si me hubieras visto entonces, Marina! Solía llevar al cuello un cordón de seda negro azulado, una suerte de amuleto que desprendía unos destellos malva que aún volvían más pálido mi rostro, la frente oculta bajo el largo flequillo azabache que rozaba las cejas, los ojos fatigados y secos, los labios tensos y sellados... Llegué a sentirme una exiliada en mi propia casa. Una casa con las ventanas cerradas para siempre, y yo adentro, tendida a esperar aquella pena sin nombre, o recorriendo las estancias vacías con pasos lentos y vacilantes, como si la tarima del parque fuera una balsa a la deriva. Aprendí a vivir con sencillez, a mirar el cielo y rogar a Dios, y a vagar largamente de noche para ahogar toda inquietud inútil. Aprendí a componer versos alegres sobre la vida natural y sencilla: el joven que tañe la flauta, la niña que una mañana radiante y clara trenza una corona de flores, los caminos y senderos que se cruzan en el bosque, donde a veces brilla una llamita lejana, el murmullo de otoño en las ramas de los arces, el grito penetrante de las últimas grullas cuando el sol moribundo se inclina hacia el sueño de los campos.

La mujer que es amada siempre pide más. La que ha dejado de serlo ya no espera nada.

No sé por qué te cuento todo esto precisamente a ti, que has sabido descifrarlo en mis versos. Quizás porque en parte lamento la primera imagen que te forjaste de mí: Anna Ajmátova, la musa del llanto. Pero tú bien sabes que cuando una mujer escribe, lo hace para todas las que han callado miles de años, siguen callando aún, y callarán por siempre jamás. Mis primeros libros trataban sobre todo del sentimiento que es *de rigueur* en una mujer joven que aspira a ser poeta: el amor. Parecían un diario personal y tenían una intimidad y una inmediatez casi desconocidas hasta entonces en nuestra lírica. Eso sí supiste verlo, Marina: la primera Ajmátova, si menciona a Rusia, lo hace como un huésped del país del amor, que en nosotros es también un exotismo. Y otra nota extraña: eran poemas sencillos, discretos, que no presentaban ninguna novedad formal ni estaban revestidos con la pompa del simbolismo, poemas breves que relataban una pequeña anécdota y describían una emoción o un sentimiento, protagonizados por una mujer herida y traicionada y atormentada por los celos o por la culpa, que reprocha o perdona, que suplica o maldice. Creo que desde entonces mi poesía se tildó de autobiográfica, y para Gumiliov eso fue un verdadero tormento. No soportaba que mis libros se leyeran *à la clé* y le amargó especialmente el poema de la joven campesina maltratada. Pero no es cierto, según decían las malas lenguas, que mi marido despreciara todos mis versos ni que los considerase el mero pasatiempo de la esposa de un poeta. Cuando eran malos, los sentenciaba con la franqueza habitual de su carácter, una cualidad que también le permitió señalar mis aciertos. Para entonces, sin embargo, nuestra vida en común estaba irremediablemente rota.

¡Cuántos caminos solitarios recorrí con aquel que no amaba!

Creo que lo hice por Lev, para seguir viéndolo. Nuestro hijo nos uniría más allá de la muerte, aunque otro acabó separándonos. En octubre de 1913 nació Orest, fruto de la relación que Gumiliov mantuvo con la actriz de la compañía de teatro de Meyerhold, Olga Nikoláievna Vysotskaia. No debió de sentirse muy atado a ella porque enseguida emprendió una nueva aventura con Tatiana, la hermana del poeta y crítico Gueorgui Adamóvich. Siguieron muchas otras que no voy a mencionarte, salvo la que mantuvo con la bellísima Anna Engelhardt —«Anna Segunda» la llamaban, porque siempre llevaba consigo un tomito de mis poemas—, de quien nacería la tercera hija de Nikolái, Elena.

Fue entonces cuando, de una vez por todas, decidí poner punto final a aquella insania.

Ya no quiero ni un poco de felicidad, dejaré que mi esposo se vaya con su amiga.

Todo eso sucedía hacia 1913, cuando Petersburgo era Alejandría. Aquella ventana de Europa, aquella ciudad en gran parte inventada, poseía una belleza que nos contagió a todos: una belleza hija de la locura que acaso también embriagó a quienes me miraban, pareciéndoles yo la mujer más bella de todas, la más espléndida, las más alta. Me pregunto si hasta Moscú llegaron los destellos de semejante espejismo, los ecos de una historia adornada de leyenda que quizás fue lo que te cautivó de mí, Marina. Todavía hoy me visita a veces una sombra que regresa del fondo de los años muertos y la memoria rapaz dibuja tras los cristales su tembloroso perfil. Entre negras pestañas, a todos hechizaba la suave luz de mis ojos de Dairal. ¿Eres ángel o pájaro?, me preguntaban. Pero yo recibía todos esos halagos y cumplidos con una serena indiferencia, pues no otra cosa sino el efecto de una ceguera me parecían las encendidas imágenes que de mí se forjaban, una suplantación extraña de la realidad. Inmortal y mística, dijeron. ¿Tanto les deslumbraba mi metro ochenta de estatura? O, mejor dicho, ¿tanto los intimidaba? Porque los hombres no están habituados a medirse con una mujer tan alta, y quizás la impresión les trabó la

lengua y por eso elogiaban mi angulosa esbeltez, la espalda recta como una tabla, el porte elegante y sereno, las facciones de una perfección que pudiera creerse clásica de no ser por la nariz aquilina, vista de perfil.

Durante medio siglo fui dibujada, pintada, esculpida y fotografiada por multitud de artistas. El retrato más conocido es el de Nathan Altman, una pieza de un genuino estilo *art déco*, donde aparezco con un vestido de seda azul de pliegues muy marcados, casi cubista, y un mantón de un amarillo brillante que se desliza de los hombros y cae vaporoso por espalda y caderas. Es uno de los más conocidos y celebrados, aunque yo prefiero el que me hizo Alexandr Tyshler: el rostro de piel clara y pómulos marcados, la cejas altas y rectas alineadas al borde de un flequillo que parecía tallado con escuadra y cartabón, los inmensos ojos verdigrises, los labios finos, el cabello liso y negro tensamente anudado bajo la nuca... En cuanto a los poetas, fueron tantos los versos que me dedicaron que si los reuniésemos ocuparían bastantes más tomos que los de mi obra completa. En su caso, resulta algo más comprensible tanto fervor, pues ya no era solo mi cabeza lo que admiraban. Ellos conocían mis libros y amaban lo que salía de ella.

Muchos me habían oído recitar en la Sociedad de Defensores de la Palabra Artística, en el Taller de los Poetas, en la Torre Ivánov durante los primeros tiempos, o en otros lugares. Yo preparaba a fondo esas actuaciones, pues un escenario puede ocultar la persona pero también dejarla completamente desnuda, a la intemperie. Las tablas se asemejan a un altar o a un cadalso, y desde ellas el público nos parece una hidra de mil cabezas. Dominar el auditorio es muy difícil.

Recuerdo una de aquellas primeras veladas, tal vez la más decisiva para mí. Tuvo lugar en el otoño de 1913, cuando *tout* San Petersburgo se disponía a rendir homenaje al poeta belga Émile Verhaeren, recién llegado a la capital, y cuya celebridad alcanzaba entonces cotas altísimas. Te confieso que adoro su pequeño poema «Sobre un puente de madera en el fin del mundo». Entre otros eventos, se le ofreció un suntuoso banquete en un afamado restaurante. Mas yo, antes que disfrutar del exquisito *champagne* o de aburrirme con la charla mundana de caballeros con frac y damas encopetadas, preferí acudir a una velada privada. En realidad, era solo para las alumnas de los cursos de Biestuzhevski, pero uno de los organizadores conocía mi fervor por la obra de Verhaeren y tuvo la amabilidad de invitarme. Cuál no sería mi sorpresa cuando al entrar en el camerino reservado para quienes íbamos a recitar, encontré a Alexandr Blok.

Aún conservaba el aura vagamente romántica de su juventud, aunque sus cabellos habían perdido los reflejos dorados, y profundas ojeras sombreaban sus ojos verdiazules. Conservaba también la elegancia y la belleza de su porte, una sensación de inmovilidad que se desprendía de toda su figura, y que hacía que quienes no le profesaban afecto dijeran de él que estaba tallado en madera, pues apenas gesticulaba. Aquella noche vestía una chaqueta de paño negro, suelta y sin cinturón, con cuello blanco.

Logré sobreponerme y lo saludé, no sin cierto rubor. Tiempo atrás, le había oído repetir a un chismoso una frase cruel de Blok a propósito de mis primeras obras: «Cuando Anna Ajmátova escribe poesía, lo hace como si un hombre la estuviera mirando, pero hay que escribir como si fuera Dios quien te observa». Así que, todavía con el recuerdo de ese reproche, lo encaré y le pregunté por qué no estaba en el selecto banquete-homenaje que le ofrecían a Verhaeren en el célebre restaurante. Con su voz grave y cálida, Blok me respondió con toda franqueza: «Porque allí me pedirían intervenir y yo no sé hablar francés». Luego se nos acercó una alumna que llevaba una lista en la mano y me notificó que yo intervendría a continuación de él. Atónita y alarmada, lo miré y le supliqué: «¡No es posible, Alexandr Alexándrovich! ¡Haga algo! Yo no puedo leer justo después de usted». Entonces me miró con expresión severa y, al contestar, no

disimuló la reprimenda: «Anna Andréievna, nosotros no somos tenores». Traté de calmarme como buenamente pude. Es cierto que no era una novata y ya tenía cierta experiencia, pues llevaba dos años leyendo en público mis poemas con relativa frecuencia, pero aun así seguía siendo una perfecta desconocida que iba a ocupar el vacío que, tras su actuación, dejaría en el escenario uno de los más grandes poetas rusos. Ante mi nerviosismo, Blok me miró entonces con una expresión bondadosa y me aconsejó leer el poema «Todas somos aquí jueguistas y muchachas», a lo que en principio me negué en rotundo, explicándole *cómo* me avergonzaría al oír las risas y las burlas con que en otras ocasiones se habían mofado de mí cuando entonaba el verso *me puse entonces una falda estrecha...* En el rostro de Blok se esbozó una mueca entre amarga e irónica, apenas un suave pliegue en la comisura de sus labios, antes de responder, elevando la voz: «¡Y eso qué importa! También se ríen cuando me oyen recitar *Y ebrios con ojos de conejos*».

Después vendrían otros encuentros con él. Casi todos debidos al azar.

Tras aquella noche, supe que para conjurar el miedo escénico debía elaborar una *mise en scène* lo más pautada posible. El secreto de mi imagen y el impacto que causaba en los espectadores radicaba en un estudiado sistema de gestos. Medía los movimientos de las manos, de los hombros, de la boca..., los giros de la cabeza..., y procuraba que todos ellos fuesen muy precisos y a la vez muy expresivos y sugerentes, sin merma del halo misterioso que debe envolver todo poema. Declamaba como si estuviera dirigiéndome a una audiencia sordomuda, articulando cada fonema con perfecta nitidez, lo cual servía también para potenciar la musicalidad de mis versos, como si cada estrofa fuera una unidad formada por un acorde o un arpeggio.

¡Qué distante parece ya todo aquello, Marina! No me satisface ni consuela esta clase de memoria, querida mía: en vez de llama que temple el alma aterida, en la tiniebla de la noche estos recuerdos se vuelven canción y pena. Por eso, durante largos años acaté la lección del olvido, aunque también a veces la ignoré: sé que en el pasado florece el futuro y que en el futuro se pudre el pasado, siniestra alfombra de hojas muertas. Quizás por ello no sabemos a ciencia cierta en qué época vivimos. Entonces nadie sabía que estábamos en vísperas de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución de Octubre. Tampoco sabíamos que, en rigor, el siglo xx aún no había comenzado, que empezaría en el otoño de 1914. En el fondo, las fechas del calendario carecen de importancia porque no son ellas las que rigen la historia, cuya única ley, me temo, es el azar. De ahí su total arbitrariedad. Por ello, todas las jugadas de Clío nos cogen desprevenidos, Marina.

En marzo de 1914 apareció mi segundo libro, *El rosario*. Casi todo él lo compuse en un estado de éxtasis, por una especie de ósmosis. Salía a pasear por San Petersburgo y al volver a casa anotaba en un cuaderno los versos que habían ido brotando al merodear por las calles de la granítica ciudad de la gloria y del infortunio, al orillar el Neva y los canales refulgentes de hielo, o al adentrarme en los jardines oscuros y sombríos donde la voz de la musa era apenas audible. Aún recuerdo el humo sobre los tejados, el humo de las estufas holandesas que escupían las chimeneas y que tanto te impresionaron cuando conociste mi ciudad: «inmensas torres de mármol donde ardían robledales enteros», escribiste. ¡Qué exagerada eres, Marina! ¿Y dónde viste osos blancos en el suelo, junto a ellas? Recuerdo que cuando hacía mucho frío, solían producirse incendios y entonces, durante días, no había manera de librarse de aquel olor a chamuscado que impregnaba las papilas. También recuerdo los aromas fuertes y penetrantes que emanaban de los guisos cuando las cocineras abrían las puertas de las casas para dejar escapar el tufo por la escalera de servicio, donde a menudo también olía a gato. Y con igual intensidad recuerdo otros más refinados y placenteros: el del perfume de las damas o el del tabaco de los caballeros al pasar, además de otros asociados a las fiestas: en Carnaval, la ciudad olía a hojuelas; en Cuaresma, a setas y aceite; en mayo, a truchas del Neva... ¡Y siempre me pareció delicioso el olor a cuero mojado de los coches de alquiler cuando llovía y se desplegaba la capota! Pasaban las calesas y a veces el morro de un caballo, helado y cubierto de carámbanos, casi me rozaba un hombro. Otras veces me asustaba el estruendo de un trineo que corría a toda mecha y a menudo chocaba violentamente contra un guardacantón en los puentes de piedra. Me estremecía el redoble de tambores, que me hacía recordar la ceremonia de una ejecución, pero me deleitaba oír el tañido de las campanas, con frecuencia mitigado por los ruidos que provenían de los patios, el de la leña que se tiraba al sótano, o los que llegaban de las calles por donde pasaban organilleros —*Canta, golondrina, canta, consuella mi corazón*—, afiladores —*Afilo cuchillos, tijeras, navajas*—, estañadores, traperos que casi siempre eran tártaros y pedían ropa vieja, papeles y cartones, pan seco..., vendedores ambulantes que anunciaban a gritos su mercancía: *Traigo panecillos de Viborg*...

Volvía a mi casa del callejón Tuchkova embriagada por aquellas imágenes y sensaciones que casi de forma automática trasladaría a mi nuevo libro, *El rosario*, al que apenas se le concedió unas semanas de vida, pues a comienzos de mayo la temporada petersburguesa empezaba a decaer: poco a poco todos marchaban a sus dachas o a sus fincas de recreo.

Al regresar, al final del verano, ya nada sería igual.

De aquellos primeros días solo conservo impresiones confusas, un vago trajín de idas y venidas. Sé que fui a visitar a mi madre en Dárnitsa, cerca de Kiev, y luego, a principios de julio, a casa de los Gumiliov en Slepniovo, pasando antes por Moscú. En ningún sitio se advertían aún los signos de guerra. La plaza de la estación de Minerálnye Vody era la de una *stanitsa* cualquiera, casi pueblerina, incluso rural, con las gallinas picoteando alrededor, y a donde llegaban los charabanes con sus viajeros y los carros con sus mercancías, levantando una gran polvareda. Todo era como siempre, todo respiraba la alegría del verano: las señoras, con sus vestidos de seda cruda y tocadas con sombreros claros, y los hombres enfundados en trajes de lino seguían a los maleteros en dirección al andén donde se hallaba su tren, sorteando a los vendedores de helados, de agua mineral, de globos de colores y también de periódicos, con sus divertidos

anuncios. ¿Recuerdas...? *Perfumes londinenses clic-clic, ess-buquet... El mejor amigo del estómago, vino de San Rafael... Cigarrillos Tío Kostia, ¡el colmo de la elegancia!... ¡Coñac Shustor, incomparable!... ¡Sanatógeno Bauer!... Si sueña con un busto ideal, ¡píldoras Marbor!... Contra la neurastenia, Estimuirol, y benefíciase del maravilloso efecto del Lecital... ¡No más gordos! Cinturón anatómico Tiumén Nein...* Junto a los anuncios, intercalados entre columna y columna, se leían consignas y arengas patrióticas... *¡Dios está contra el agresor!... ¡Debemos vencer!* Y también noticias que saltaban de una página a otra. De momento no eran muy preocupantes: *¡Gran victoria en Gumbinnen!, ¡Ofensiva en Prusia oriental!, ¡Pronto el enemigo se verá obligado a evacuar toda Prusia!, ¡Gran hazaña del cosaco del Don Kozmá Kriuchkov, primera cruz de San Jorge de esta guerra...*

En cuanto pude, subí al primer tren correo que partía a San Petersburgo, y que como supondrás iba repleto. En el vagón de tercera, a derecha e izquierda, todos los asientos estaban ocupados y ni siquiera en el banco lateral superior, donde apenas puede uno acomodarse tendido sin rozar el techo con la nariz, había un hueco. La atmósfera estaba muy cargada y ni aun con las ventanillas abiertas circulaba el aire. Durante las paradas, muy frecuentes, corría a abrirme paso en el pasillo, bregando entre las gentes que bajaban o subían, hasta alcanzar la plataforma y sentarme un rato en el estribo, a fumar. De la grava rojiza que se extendía a un lado y otro de los raíles emanaba el olor dulzón del petróleo. Cerraba los ojos y procuraba descansar, pues conocía bien todas las estaciones del trayecto y todavía hoy puedo recitarlas de memoria.

De pronto, la locomotora frenó en un apeadero completamente vacío. Mientras observaba cómo desde otro vagón arrojaban las sacas del correo, vi caminar por el andén a un hombre de figura flaca y algo encorvado, que se apoyaba en un grueso bastón con puño de marfil. Casi no daba crédito, y me puse a gritar alocada: «¡Alexandr Alexándrovich!». Blok se volvió enseguida para ver de dónde procedía la llamada, y entonces corrí a su encuentro. Como además de un gran poeta era un maestro en el arte de formular preguntas indiscretas, nada más verme exclamó: «¿Con quién viaja usted?». A lo que apenas pude responder que sola. Hoy, al cabo de medio siglo de aquel encuentro, abro el *Cuaderno de notas* que dejó el poeta, y en la entrada del 9 de julio de 1914 leo: «Mi madre y yo nos dirigíamos a un sanatorio cerca de Podsolnechnoi. Me exalto por completo. Anna Ajmátova viaja en el tren correo».

¿Sabes que ese *Cuaderno* a veces me ofrece preciosos regalos, sacando del fondo de la memoria cosas semiolvidadas? Por ejemplo, hay allí otra escena en la que estamos Gumiliov, Blok y yo el 5 de agosto, almorzando en la cantina de la estación del ferrocarril de Tzárskoye Seló. Mi marido ya iba en uniforme militar, y durante esos días, Blok visitaba a las familias de los soldados movilizados para animarlos y prestarles apoyo. Cuando él se fue y nos quedamos a solas, Nikolái me dijo: «No es posible que lo manden al frente, como le sucedió a Rilke, hasta que alguien piadoso y dispuesto a ayudar lo sometió a una benévola revisión médica y al poco lo licenciaron. Sería penoso verlo disfrazado de militar: encogido por el cuello duro del uniforme, desconcertado ante la sola idea de tener que saludar con un taconazo a cualquier oficial que se cruzase. Mandarlo al frente sería lo mismo que freír ruisñores», concluyó mi marido.

A Gumiliov nadie le ordenó alistarse. Lo hizo como voluntario en el escuadrón de refresco del Regimiento de Ulanos —¡él, que no sabía montar a caballo!—, buscando la oportunidad de demostrar su arrojo y su bravura. Lo destinaron a Navolokoi, cerca de Nóvgorod, y nada más llegar me escribió encendidos textos sobre la emoción de entrar en combate y la euforia que le

producía el peligro, asegurando que la guerra sienta mejor que la paz. «Me cuesta creer que alguien que come bien a diario y duerme cómodamente cada noche pueda aportar algo al tesoro de la cultura espiritual», se atrevió a decirme en una de sus cartas remitidas desde el frente. Por lo visto, algo aprendió tras pasarse la guerra galopando sobre una silla, lo que incluso le valió una condecoración de San Jorge. Pero lo cierto es que por las noches tenía pesadillas y no era raro oírle gritar furioso: «¡A los caballos! ¡A los caballos!».

Ya ves, tanto gallear ¿para qué?

¿Qué hizo entonces Serguéi Efron? ¿También se alistó? ¿Os quedasteis solas Ariadna y tú? ¿Cómo viviste aquel verano de 1914? ¿Qué sentías al ver tu querida Alemania convertida en un país enemigo, al ver cómo la cuna de los poetas, de los músicos y de los filósofos era vilipendiada por todos; al ver a algunos de nuestros espíritus más selectos convertidos en vulgares patanes y ardorosos patriotas? Ojo por ojo y sangre por sangre, cuentan que protestabas en las veladas literarias donde recitabas tus poemas pacifistas y germanófilos, unos textos que expresaban tu profundo dolor y que nunca te atreviste a publicar. Puedo entenderte muy bien, Marina: aquel verano de 1914, cuando Alemania declaró la guerra a Rusia, todos nosotros creímos que el mundo entero se había hecho añicos.

Yo sentía verdadera aprensión ante lo que pudiera ocurrir. *Huele a quemado, la turba seca arde en los pantanos desde hace semanas. Incluso los pájaros han dejado de cantar, y el tembloroso álamo ya no se mece*, escribí. Tampoco la lluvia había vuelto desde Pascua, y creía que todas esas señales mostraban la ira de Dios por todo lo que estaba sucediendo. Hasta las alas de los ángeles del Senado y del Sínodo se habían vuelto negras, y cortaban. Entonces vi entrar en el patio a un mutilado al que le faltaba una pierna. Hablaba solo: *Vendrán tiempos terribles. Muy pronto no habrá tierra bastante donde cavar las tumbas. Preparaos para el hambre, los seísmos y la peste. Se verán eclipses y señales funestas en los cielos*. Así lo recordé en el poema «Julio de 1914», en cuya segunda parte las madres y las viudas elevan a los cielos sus quejas, y el agua, por la que tanto habían rogado para aliviar los campos secos y abrasados por el sol, llega al fin y se precipita en forma de un diluvio de sangre.

Ya no podía escribir poemas sosegados que hablasen solo de mí, Marina.

Entonces adopté el papel de Casandra. Como ella cuando hablaba desde la soledad de su celda antes de la caída de Troya, el futuro brotaría de mis labios y caería en el presente. Y no me importaba correr el destino de la hija de Príamo, que me tomasen por un pájaro de mal agüero, por una loca a la que nadie creería. Yo asumiría el papel de aquella esfinge negra que escupe el torrente de su enigmático canto en versos que exhalan fuego y se consumen en la llama, en un vasto clamor, denso y sonambúlico... *No habrá tumbas, solo voces sepultarán vuestros huesos; no habrá amigos que derramen las oscuras libaciones de los muertos; solo quedarán las lágrimas amargas de huérfanos y viudas...*

En la voz de Casandra estaba el Destino.

Y en sus palabras, la Verdad.

Al poco, regresé a Slepniovo. Nuestro hijo Lev crecía sano, era feliz y siempre se mostraba muy cariñoso. Pero yo enfermé de tuberculosis aquel primer verano de la guerra, y el médico me ordenó que no me levantara de la cama salvo para lo estrictamente imprescindible, apenas algún

breve momento para asearme y dejar que, mientras tanto, se airease el dormitorio y se realizaran las tareas de limpieza. Me aburría mucho y presentía que el otoño se adelantaría. Al principio me pasaba el día entero recluida en una habitación que daba al norte. Sobre la cama colgaba un icono: Cristo encadenado. Sobre las repisas, los restos de la vieja biblioteca. Después me permitieron bajar al salón, que era muy soleado. Desde allí veía a las mujeres que salían a trabajar en los campos. Iban vestidas con sarafanes tejidos en casa, y todas ellas, viejas y jóvenes, parecían tan elegantes como las estatuas clásicas. Reclinada en un estrecho diván, de vez en cuando leía algo, aunque más a menudo escribía poemas que parecían brotar del fondo de un sueño. Siempre era el mismo sueño: una mujer espera ansiosa recibir cartas, cartas que nunca llegan, hasta que al fin una mañana se obra el milagro; pero al abrir el sobre, comprueba horrorizada que los pliegos están escritos en un lenguaje indescifrable. O bien, en otra pesadilla recurrente, tras abrir el sobre y disponerse a leer, la mujer se queda completamente ciega.

En cuanto me sentí algo restablecida y con fuerzas, decidí abandonar Slepniovo. Apenas teníamos dinero y en el otoño se agravaría nuestra situación económica. Iba a necesitar unos cientos de rublos y decidí regresar a San Petersburgo para intentar cobrar algo por las colaboraciones de Gumiliov en la revista *Apolo* y por las ventas de *El rosario*, un libro insignificante, un breve poemario lírico que, en principio, tras la pausa estival, iba a quedar sepultado bajo el estruendo del conflicto bélico. Pero el tiempo lo dispuso todo de otro modo. No sé si achacarlo a la fatalidad o a la pereza, pero lo cierto es que durante largos años los sabios siguieron destacando aquel tomito que decidieron declarar *livre de chevet*. Acto seguido, eso sí, pisotearon automáticamente todos los demás. Es decir, me convirtieron en una mezcla de Serguéi Gorodetski, un poeta que no evolucionó, y de Françoise Sagan, una niña dulcemente ingenua y sentimental. Y sin embargo, por uno de esos sarcasmos con que nos regala la historia, fueron esos poemas anteriores a la Revolución los que llegaron a los más jóvenes: los forjados en la estética de la hoz y el martillo, bajo el yugo de las estadísticas, se derretían recitando versos de amor.

De todo esto ya te hablaré después, Marina, a su debido tiempo.

Cuando regresé, ya no lo hice a San Petersburgo sino a Petrogrado. Las gentes discutían sobre el cambio de nombre: unos lamentaban que se hubiera perdido un santo y otros recordaban que originariamente a la ciudad se le dio el nombre holandés de Peterburg, por lo que todavía muchos la llamábamos así, *Píter*, mientras que el nombre de Petersburgo nos lo habían impuesto los alemanes, lo cual era prueba de nuestro secular vasallaje, así que aprobaban el cambio.

Como te decía, todo era ya muy distinto, empezando por el propio aspecto de la ciudad. El final de aquel verano seco y ardiente nos trajo una cascada de violentas tormentas. Bajo el cielo plomizo restallaban los sonos de la charanga militar. A mi alrededor solo veía tristeza, suciedad, miseria, fracaso y botas... Botas de soldados, botas de policías, botas de generales... Y una multitud de heridos que erraba por las calles todavía enfundados en sus uniformes de color pardo. Día a día aumentaba el número de mujeres vestidas de negro, los escolares desfilaban por las calles agitando banderines al aire y cantando «Sálvanos, Señor», los periódicos supuraban crispación, y una ira sorda flotaba sobre la ciudad, aguardando una señal para estallar. Escaseaba la información veraz pero abundaban los rumores y los bulos. Rusia se despeñaba y cada sople de aire esparcía el aliento de la muerte. Aún no habíamos olvidado las derrotas de Japón y Crimea, ni tampoco el entreacto que supuso la campaña contra los turcos, que no había sido ni

tan gloriosa ni tan grande, así que nadie creía que la nueva guerra fuera a suponer el renacimiento de la santa patria. Todos sabíamos que en aquellos momentos el ejército alemán era el más fuerte del mundo. Sabíamos que con iconos, estandartes y desfiles no se ganaban combates.

Cuando el conflicto se convirtió en una guerra de trincheras y el fuego de las ametralladoras y la artillería pesada sustituyó a la vieja lucha cuerpo a cuerpo, Gumiliov acató la cruda realidad, admitiendo que su noción de la nobleza bélica era algo anacrónico y que no valía la pena luchar por nuestra burguesía. Seguramente, él también podría haber firmado estos versos: *¿Dar mi vida yo por vosotros, unos tipejos que solo viven para los banquetes y las mujeres? ¿Antes preferiría servir zumo de piña en cualquier casa de putas de Moscú!* ¿Los reconoces, Marina? Pertenecen a la última estrofa del poema «A vosotros», que Maiakovski recitó el 11 de febrero de 1915 en El Perro Errante. Aún me parece estar viéndolo allí de pie, con su imponente figura, su gesto de mirada impenetrable y su voz grave y tronante que brotaba como una cascada.

Aquel lírico bohemio, mezcla de atleta y soñador, el dandi revolucionario de lúcida cabeza rasurada bajo el sombrero negro, el de los labios de oro, el que llevaba el sol por monóculo, el que vestía de forma tan extravagante, el que inmortalizó el blusón amarillo y los grandes lazos de seda anudados al cuello, el joven que había irrumpido como un meteoro en nuestros círculos poéticos llenaba él solo todo el escenario, allí erguido, muy guapo y fumando desafiante mientras arremetía contra la cobardía de quienes se quedaban en la retaguardia, oficiales del Ejército que seguían viviendo opíparamente, lejos del frente donde sus hombres eran masacrados, la mayoría de ellos jóvenes campesinos que al alistarse confiaban en que escaparían del hambre y la miseria. *¡Vosotros, que vais de orgía en orgía! ¡Vosotros, que tenéis cuarto de baño y retrete! ¿No os da vergüenza...?*, les increpaba el poeta, tan altivo y seguro de sí mismo, de los dones que poseía: la presencia y la voz y los versos, que sabía recitar como nadie, sin apenas tomar aliento, ante un público que escuchaba también sin respirar. ¿O no era así, Marina? Supongo que estás de acuerdo en que esos dones, y el prodigioso dominio del ritmo que tenía Maiakovski, provocaban una fascinación magnética, como si una red de cables invisibles se extendiera entre él y el público, que estallaba en encendidas ovaciones y aplausos que iban creciendo a medida que Vladímir lanzaba sus versos enardecidos, que resonaban como latigazos: *Si el que va al matadero os viera aquí comiendo estas albóndigas y oyendo dulcemente canciones lujuriosas...* Recuerdo que una vez un espectador le hizo llegar una nota que el poeta leyó en voz alta ante el público: «Sus versos no dan calor, no estimulan, no contagian», le reprochaba en ella. A lo que Vladímir replicó: «Ni soy una estufa, ni el mar, ni la peste». En otra ocasión, una señora vestida con suma elegancia, le increpó en estos términos: «Tan fuerte y tan sano, ¿por qué no está en el frente?». A lo que él contestó que su pluma era *más* necesaria que su fusil. Entonces la señora, visiblemente irritada, porfió: «Su pluma no le hace falta a nadie». Y Vladímir, impávido, mientras encendía un cigarrillo, le replicó: «No me refería a usted, madame; a usted solo le hace falta una pluma para su sombrero».

En tales ocasiones El Perro Errante aún conservaba cierta animación, pero después de aquel acto tumultuoso no tardarían en cerrar el cabaret por considerarlo un antro subversivo. Poco antes también se había disuelto el Taller de los Poetas debido a las discrepancias y rivalidades entre Gorodetski y Gumiliov, aunque ni Ossip ni yo lo lamentamos, pues ya empezaban a hastiarnos tantas luchas intestinas. Al parecer hubo un intento de reconciliación poco después del estallido de la guerra, aunque yo no estuve muy al tanto de esos avatares porque apenas me afectaban: el acmeísmo se iba quedando atrás y ya era solo historia. Se fundaron otros talleres y

aparecieron nuevos grupos: la *intelligentsia* no estaba dispuesta a enmudecer y continuó dando recitales y colaborando en todo tipo de actos benéficos a favor de los heridos y mutilados de guerra. Yo participé en alguno de ellos. Mi voz, entonces, se inclinaba *hacia las sabias preocupaciones... y la Musa, con pañuelo raído, cantaba larga y melancólicamente.*

El verano de 1915 fue particularmente duro: hube de abandonar la ciudad severa y oscura para regresar de nuevo a Slepniovo, donde pasé casi todo el resto de la guerra. La madre de Gumiliov enfermó gravemente y tuve que trasladarme allí para cuidar de Lev. Luego fui yo quien volvió a sucumbir a la tuberculosis.

Apenas recibíamos periódicos y las noticias llegaban con mucho retraso. La poesía era el único asidero y casi todo mi tercer libro brotó allí, aunque *Bandada blanca* aún tardaría en ver la luz. Muy pocos supieron apreciar la novedad. Sin duda porque el escenario que enmarca muchos de los poemas es el mismo que aparece en *El rosario*: el paisaje de la antigua provincia de Tvierska —a quince versts de Bezeck, donde había pasado tantos veranos—, con el Dniéster discurriendo mansamente por el valle, los campos de trigo roturados en parcelas simétricas, con sus gavillas doradas irguiéndose fragantes y altivas, los molinos, las ciénagas, las colinas... Un lugar donde hasta *la misteriosa primavera se pasma mientras el viento vaga por los bosques*. Y quizás tampoco apreciaron la novedad porque esos poemas también lloraban al amor, aunque ya no era por la ausencia de Nikolái... El caso es que por nefas o por befas muy pocos supieron advertir que *Bandada blanca* ya anunciaba la severidad y la firmeza que habrían de venir, tan embelesados estaban con la vieja imagen de Anna Ajmátova, la poeta elegantemente lánguida.

Pero no era así.

Aquella sombra triste quedó definitivamente sepultada en la alcoba azul de Slepniovo.

En otoño empeoré gravemente. Casi cada mañana hacía el esfuerzo de levantarme y me ponía una bata de seda, pero solo para volver a acostarme de inmediato. Pasaba el día entero metida en la cama, con los ojos cerrados. En noviembre me ingresaron en un sanatorio de Finlandia. De aquellos meses, que transcurrieron en un interminable duermevela, presa de una debilidad somnolienta, no guardo más que una maraña de recuerdos vagos y confusos, el rumor de voces atenuadas, y un puñado de imágenes tan débiles y temblorosas como mi propio cuerpo, devorado por las fiebres y los sudores nocturnos, hasta quedar casi en los huesos. Una tos seca, jadeos y ahogos y esputos sanguinolentos era lo único que emanaba de él. Y, sin embargo, fue entonces cuando mi voz se endureció. Todavía ignoro cómo logré hacerlo. Pero del sufrimiento y la flaqueza y la abundancia de pesares nació otra Anna Ajmátova: un alma fuerte, más cruel que lacrimosa, más dominante que sumisa. Una mujer que no se doblegaba ante la vida.

Quizás por haber visto peligrar la suya.

Permanecí ingresada hasta la primavera del año siguiente, cuando ya me sentí bastante restablecida: los baños salinos y de dióxido de carbono, la ducha eléctrica y las aguas termales hicieron el milagro. Y sobre todo la comida. ¡No te imaginas qué festín, Marina! Fue lo que más disfruté allí, aunque me avergüence confesarlo. Para el desayuno nos daban una barrita de pan con mantequilla, una cucharada de caviar, un par de huevos y café. A media mañana, todas las piezas de fruta que nos apetecieran. La comida constaba de tres platos, y a las cinco servían el té con bollos de nueces y uvas pasas recién horneados. En la cena siempre había un buen filete de ternera o de pollo, ensalada de pepinos y tomates, más compota de manzana con nata montada.

Al abandonar el sanatorio, regresé a Petrogrado. Pero tú ya no estabas allí.

¿Es verdad que me buscaste, que preguntabas por Anna Ajmátova pues anhelabas conocerme?

Te habrías llevado una buena decepción, Marina. Ya no existía la belleza de 1913 que tú habías imaginado en el primer poema que me dedicaste: *Con tu figura esbelta, como de extranjera, reclinada sobre unos escritos, y ese chal turco que te envuelve como un manto real, conformas una sola línea quebrada y negra, manteniendo el mismo aplomo de siempre en la coqueta alegría que en la infelicidad...* Todo eso había desaparecido, y en su lugar ya solo había infinitas tristezas. Hielo en el corazón. Ningún *coup de foudre* habría estallado entre nosotras, de habernos encontrado. No por tu parte, al menos. Así que no lamente mi ausencia aquellos días de enero de 1916 en que viniste a Petrogrado y me buscaste. Ni siquiera habría podido responder a la sencilla pregunta que te hacías en tu poema: *¿Quién es esta mujer sobre la tierra, con ese rostro oscuro, nublado?*

Sí, musa del llanto era yo por entonces. Pero no la más bella de las musas como afirmabas en otro poema, el más célebre de los dos que me dedicaste poco después de tu visita. Nada más recibirlos, los aprendí de memoria. Por eso jamás los llevé encima, excepto dentro de mi cabeza. No es cierta la anécdota que mi querido Ossip gustaba de contar a *tutti quanti*, según la cual guardaba en mi bolso tus poemas y los enseñaba en todas partes hasta que, de tanto leerlos y exhibirlos, acabaron hechos trizas. Fue una invención de Mandelstam. Urdida, sin duda, con el propósito de halagarte, pues se había enamorado locamente de ti desde el mismísimo momento de conocerte, el verano de 1915 en Koktebel. Quizás creyó que con esa historia lograría camelarte, dado que circulaba la absurda creencia de que, como poeta, yo era muy superior a ti. Y si tu *chevalier servant* te contaba semejante fábula..., quién sabe si entonces tu corazón se ablandaría. Pero no era verdad. Ni lo del bolso, ni lo de los versos hechos trizas. Lo único cierto es que no conservo tus poemas porque hube de quemarlos años después, junto con otros muchos papeles. Como hiciste tú. Como hicimos casi todos nosotros.

Pisar la misma tierra que tú pisas, bajo tu mismo cielo..., escribiste, en un tono que mezclaba el deseo y la súplica, y acaso también la celebración. Mas no podíamos celebrar nada, Marina. No pueden celebrarse encuentros que no tuvieron lugar, palabras que no llegaron a decirse, miradas que no pudieron cruzarse... Tú regresaste a la ciudad donde brillan las cúpulas envueltas en el son de las campanas, y desde allí me ofrendaste el corazón. *En un alba adormecida —las cuatro y cuarto, parece—, empecé a amarla, Anna Ajmátova.*

¿Es verdad?

¡Tantas veces me he preguntado si habríamos podido amarnos en aquellas noches de nieve, en aquel Petrogrado enloquecido que tú misma comparaste con el que Pushkin describió en su pequeña tragedia *Festín durante la peste*, donde juerguistas blasfemos alaban la omnipresencia de la muerte! Quiero decir si habríamos podido *vivir* el amor, más allá de un fugaz encaprichamiento, más allá de la bruma de aquellos días en que tú viajaste a Petersburgo en compañía de Sofía Parnok, una mujer rica y poderosa que exhibía desafiante sus gustos lésbicos.

¿Qué te enamoró de ella? ¿Fue un *coup de foudre*? ¿Acaso viste en el pronunciado arco de sus cejas y en la arrogancia extrema de sus labios un alma tortuosa? ¿O fue la seguridad de la nueva *amiga* lo que te sedujo y te llevó a desear vivir con ella en una pequeña ciudad con eternos atardeceres y eternos repiques de campanas? Hace poco descubrieron los poemas que le dedicaste, donde cuentas con todo lujo de detalles la escapada a Rostov, a finales de diciembre de 1914, donde asististeis divertidas a una cena navideña. Alojadas en la hospedería de un monasterio en mitad del campo, alguna noche se oía el tañido de una flauta atravesando la única

ventana de la buhardilla, cubierta de nieve. *En medio de la alcoba la gran estufa de cerámica, cada azulejo, una imagen: rosa, navío, corazón.* Y te gustaba verla recostada allí, indolente y mimosa, fumando un cigarrillo tras otro sin cuidarse de la ceniza desprendida. *Tal vez tú no me amaste siquiera*, le decías en un verso.

No te quepa duda, Marina. Sofía Parnok jamás te amó. Era un donjuán con faldas: solo le interesaba exhibir sus trofeos. Y como poeta, tú eras una pieza muy codiciada para alguien que destacaba únicamente por su labor de traductora y crítica literaria, pero que nunca logró para sus versos el anhelado reconocimiento. De ahí el sufrimiento que te infligió desde muy pronto en vuestra relación, a base de prodigar traiciones y desprecios. Podía rechazarte, volverse de piedra, aplastarte bajo sus pies. Y aunque en el poema de despedida que le escribiste en abril de 1916 aún brilla la luz de *los días de antaño* y confías que volverá el perdón, *aquel tiempo que no podemos recobrar*, mejor que no haya sido así, Marina. Porque no hay tormentos dichosos. Y en la balanza de vuestra relación pesó más el platillo donde Sofía arrojaba su indiferencia y su crueldad que el otro donde tú depositabas todo el frenesí y toda la pasión.

¿Te asombran mis palabras? Creo conocer el linaje de tu corazón, Marina. Además, supe algunas cosas por Ossip, que después de vuestro encuentro empezó a viajar con frecuencia a Moscú para seguir cerca de ti, pese a haber presenciado el dolor que te embargó cuando descubriste a otra mujer en la cama de Sofía Parnok y supiste que todo había acabado. Sé que lo superaste pronto a base de sudar el odio y el rencor que te abrasaban. Aun así, creo que las secuelas turbarían el gozo de una nueva pasión. Por eso me atrevo a dudar de que aquel invierno tú y yo hubiéramos podido *vivir* el amor. Y también me atrevo a decirte que en el fondo pienso que es mejor que haya sido así, que no nos encontrásemos entonces. No solo por miedo a decepcionarte, dado el deterioro físico que me causó la enfermedad. Ni tampoco por los desastres de la guerra y la destrucción, sino también por la espiral de zozobra que nos vapuleaba a las dos: tú viviendo el final de tu atormentada relación con Sofía y yo esperando inútilmente el regreso de Borís Anrep.

Lo conocí en Tsárkoye Seló, durante las vacaciones de Pascua de 1915. Era un joven muy atractivo y con mucho encanto personal, una verdadera figura romántica, entre cuyos antepasados se contaban caballeros medievales y hasta una hija ilegítima de Catalina la Grande. En 1908 se había casado con Yunia Jitrovo, y luego marchó a París, a estudiar Bellas Artes. Después anduvo por Londres, donde entabló amistad con algunos miembros del grupo de Bloomsbury, según me contaría más tarde, cuando salíamos frecuentemente a cenar o a pasear en trineo durante el invierno. Pese al atractivo de la vida londinense, repleta de amoríos y aventuras, al estallar la Primera Guerra Mundial, Anrep regresó a Rusia e ingresó en el Ejército. Nos conocimos durante uno de sus permisos y la atracción fue instantánea. Borís llegaba a mí con muchos años de retraso, pero me alegré de que al fin llegara un gran amor. Fue a él a quien le regalé el anillo negro que mi abuela tártara me había dado a modo de amuleto, para que lo protegiera. La dicha, sin embargo, duró poco porque enseguida regresó a Londres, en calidad de secretario militar del Comité del Gobierno ruso. Nos despedimos en febrero de 1916. Antes de su partida, le envié un ejemplar de *La tarde*, con una dedicatoria en el poema que empieza *Ya dejé de sonreír, el viento helado congeló mis labios...* A partir de entonces, tendría una razón más para cantar.

Todos somos huéspedes de la vida, Marina.

Nosotras, además, fuimos rehenes del amor.

Decidí pasar las Navidades y el Año Nuevo con Gumiliov y Lev en Slepniovo. De momento era imposible pensar en llevarme a mi hijo al Petrogrado gélido y sombrío de la guerra, donde yo solo disponía de un cuartucho lóbrego y triste, así que lo mejor era reunirme con él y con su padre en casa de la abuela, donde al menos podría revivir el ambiente de los cuentos de invierno propios de esas fechas. Y créeme si te digo que esos días me pareció regresar a las fábulas de la niñez, como en tiempos de Pushkin: las mullidas alfombras extendidas frente a la chimenea, el trineo arrastrado por los perros, las botas de fieltro y los enormes abrigos de piel, los abetos creciendo en la distancia, las tormentas de nieve azotando la cara con sus copos diamantinos y el viento amontonándola en las cunetas. Sentí que de nuevo moría un mundo. Y otra vez la vida se me representó como una extraña zozobra... *despertarte... sonreír... y volver a caer en un perturbado sueño*, escribí una de aquellas noches, al ver a Nikolái profundamente obsesionado por lo que acababa de ocurrir, un acontecimiento tan repentino como inesperado.

Habíamos partido de Petrogrado el 17 de diciembre, justo el día en que finalmente ocurrió lo que ya nadie creía posible: el asesinato de Grigori Rasputín. Como sabes, fue un acontecimiento que resonó en todo el mundo: tras vencer a la muerte tantas veces, después de haber sido envenenado y herido con armas de fuego, ahora sí que el enviado de Dios para librar a Rusia de las garras de Satán había perdido la partida y su cadáver yacía en las glaciales aguas del Neva. A Gumiliov siempre le había impresionado mucho el personaje, y sentía por él una mezcla de fascinación y repulsa. Reconocía, como tantos otros, que se pudiera sucumbir a la poderosa y destellante figura de Rasputín: aquel magnetismo animal de sus febriles ojos verdielectricos que tanto contraste ofrecía con el enigmático hieratismo de su porte altivo, casi rozando la soberbia.

Comprendía que aquel santón de costumbres infames, con su extraordinario don de curar la hemofilia del pequeño zarevich hubiera logrado tener tan asombroso ascendiente sobre la imperial pareja y ejercer su perniciosa influencia sobre la zarina, tan devota y estúpida como terca y ciega. Entendía que aquel aventurero místico, una criatura primitiva y salvaje criada entre pantanos y bosques, casi un bárbaro que aseguraba poder oír las voces de los dioses paganos y a la vez mezclarse con bandidos y gozar en las reyertas tabernarias, un ser monstruoso al que el propio Nikolái temía y aborrecía, pudiera embriagar, dominar y anonadar a media corte.

Aquellos días mi marido se entregó enteramente a descifrar ese misterio con un empeño y un frenesí dignos del propio Rasputín. Es el resplandor de lo legendario lo que los eclipsó, la extravagancia o la extrañeza exótica y también la fuerza de un espíritu insomne, decía. Una noche en que me despertó el grito pavoroso y prolongado de una lechuza, dejándome completamente desvelada, bajé al salón y encontré a Nikolái muy excitado. Me acerqué hasta la mesa a la que se sentaba inclinado sobre unas cuartillas, y me dijo que creía haber dado con alguna de las claves.

«Todo se lleva en la sangre —exclamó—, la impureza suma y el sumo ahínco. ¿De verdad tenía algo de sacerdote o de profeta? Quiero descubrir el sentido de su locura. Un aventurero místico, sí, ¡místico y hambriento! Y con el estómago vacío, la cabeza arde y el apetito se dispara. ¿Y qué encuentra aquel vagabundo al llegar a nuestra soberbia capital? ¡Una riqueza fabulosa! Y es ahí, en esa fastuosidad, donde estalla y despliega todas sus energías. Petersburgo era el escenario idóneo para proyectar su locura mesiánica, allí halló el clima propicio para la exaltación de sí mismo, para satisfacer su descomunal vanidad. Porque fíjate bien, Anna —

proseguía Nikolái—, no estoy tan seguro de que la gruesa cadena con la cruz de oro que lucía sobre su fornido pecho significara ostentación y expresara con ella una ambición, el triunfo de su cháchara ladina... Sin duda era una coraza, pero los locos, los hechizados, eran los otros: los que siguen sin prestar atención a los miles de *mujiks* que, como el propio Rasputín, se han puesto en marcha y cuyos pasos resuenan cada vez con más fuerza en los caminos de nuestra santa Rusia...».

Algunas de estas ideas nutren los versos de su poema «Campesino», en el que Gumiliov no nombra ni una sola vez a Rasputín, pese a ser evidente que el poeta se refiere a él. Y no lo hizo porque ante todo quería proyectar otro rasgo del personaje: su condición de vocero del pueblo que avisa de lo que se avecina.

A comienzos de 1917 regresé a Petrogrado con la intención de ocuparme de mi nuevo libro. No tenía dinero ni recursos. Tampoco disponía ya del cuarto lóbrego y triste de antes, pero por fortuna mi amiga Valeria, la hija del doctor Sreznevski, me ofreció una habitación en la casa que habitaban en el número 9 de la calle Botinskaia, donde, además de la vivienda familiar, se hallaba la clínica psiquiátrica del padre, en pleno distrito de Viborg.

Supongo que con este dato ya te haces una idea de cómo transcurrieron los primeros días de mi anhelado regreso porque todo empezó allí, en el distrito de Viborg, en los gélidos días de febrero de 1917, en las largas e interminables colas que formaban las mujeres ante las panaderías y las tiendas donde se rumoreaba que había azúcar o harina o patatas o coles o bacalao seco o un triste arenque ahumado. En esas colas fue donde estalló la Revolución, cuando varias docenas de mujeres fueron a buscar a sus maridos a una cercana fábrica metalúrgica para manifestarse todos juntos por el centro de la ciudad. Al otro lado del puente sobre el Neva les esperaba una barrera de policías cortándoles el paso. Quienes iban en la cabeza de la manifestación, al ver la prieta línea de las bocas de los fusiles amenazándoles, intentaron detenerse pero no pudieron, empujados por nuevas oleadas de huelguistas que llegaban de las barriadas industriales y los obligaban a avanzar. Iban vueltos de espaldas, queriendo inútilmente contener con sus manos aquella avalancha humana que los precipitaba hacia la muerte: la barrera de policías se abrió en dos alas lanzándose al galope contra la multitud, sables en alto. A la sangre le siguió el fuego, y después más sangre. Al cabo de tres días, el pueblo era dueño y señor de las calles y se aplicaba a la caza y exterminio de policías y cosacos.

Por aquel entonces, Mandelstam venía a buscarme a menudo y paseábamos sorteando los inmensos socavones del invierno revolucionario, entre las célebres hogueras que ardieron prácticamente hasta mayo, oyendo resonar el chasquido de los fusiles y el silbido de las balas que parecían llegar de todas partes.

Tras un invierno glacial y sombrío como pocos, Petersburgo hervía de júbilo, agitada por los sucesos de aquella primavera. De numerosos edificios colgaban grandes pancartas de madera contrachapada que proclamaban «El poder para la Duma», «Abajo el zar», «Muera la guerra». Los camiones recorrían las calles con la imagen de Kérensky: el primer amor de la Revolución rusa, tu segundo Bonaparte, Marina. Engalanada de rojo y ebria de futuro, la ciudad vibraba esperanzada con las reformas emprendidas por el Gobierno Provisional, que no bastaron para contener el creciente desorden civil: huelgas, deserciones, caos... La sensación era que todo se rompía y se iba a pique. La terrible sequía causaba estragos y todo ardía en los alrededores de Petrogrado, rodeada por una densa humareda de un color amarillento sucio que llegó a invadir los suburbios de la capital. No habría cosechas...

Todo aquel trastorno, la súbita desaparición del mundo de ayer, alumbraría las primeras imágenes de mi *Poema sin héroe*. Y esa fue también la música de fondo que me acompañó cuando a ratos me dedicaba a preparar la publicación de *Bandada blanca*, seleccionando los poemas que compondrían el libro, una tarea en la que me ayudó mi cuñado Lozinsky, a quien escribía a menudo pidiéndole consejo sobre la selección de los textos y también rogándole que los revisara. Aun así, a pesar de disponer del apoyo y colaboración de Mijaíl, fue una tarea ardua decidir qué poemas debía mantener o cuáles suprimir, porque muchos de ellos hablaban de Borís Anrep y su traición, y me hacían revivir días amargos. El libro apareció en septiembre, editado en un papel grueso y áspero que más bien parecía cartón, y apenas se distribuyó, pues ni siquiera pudo llegar a Moscú porque las comunicaciones estaban cortadas. Ignoro cómo pudiste leerlo en

1917. Al año siguiente hubo otra edición, en condiciones igualmente nefastas: se cerraban las revistas y los periódicos, y apenas se habló de él en la prensa. Por eso considero que los críticos y los estudiosos son injustos con el libro cuando afirman que *Bandada blanca* tuvo menos éxito que *El rosario*, sin tener en cuenta las circunstancias adversas en que apareció.

Como cada verano, volví a Slepniovo para estar con mi hijo Lev, sin imaginar que allí encontraría un verdadero infierno. Reinaba el pánico. Los campesinos no cesaban de hablar de la gran amenaza que se cernía sobre ellos, temerosos de los nuevos gobernantes que habían depuesto a un zar que, según creían, siempre los había protegido. ¡Ah, su padrecito! Se arremolinaban asustados en las iglesias alrededor de sus popes, que lanzaban trágicas profecías: encima de nuestros huesos se erigirán las mansiones de la nueva Rusia, aseguraban. Durante esos meses algunos ya emprendieron el camino del exilio, antes de que estallara la Revolución de Octubre, y yo misma en algún momento me sentí tentada a hacerlo. *Vente conmigo. Ven aquí, abandona ese país remoto y pecador, deja a Rusia para siempre*, oí que me susurraba una voz, creyendo, ilusa de mí, que era la de Borís Anrep, que me llamaba desde Londres. *La sangre lavaré de tus manos, del corazón quitaré la negra vergüenza y con un nuevo nombre cubriré el dolor de tus derrotas y ofensas*, prometía otras veces la misma voz que ahora me traía consuelo.

Pero no era Anrep. Su silencio de aquellos meses confirmaba que me había olvidado. Así que me tapé los oídos con las manos y fríamente repliqué a aquel canto de sirena con una voz amarga y áspera: *¿Ir dando tumbos como una mísera vagabunda en una ciudad extranjera?* Tenía miedo. Todo exilio es una pérdida, una desgracia y una mutilación para el conjunto de la sociedad. Y quienes nos quedamos también sufrimos el desgarró. Decía Lidia que todo aquel que emigra de Rusia no solo se lleva a sí mismo: también se lleva un trozo de nuestro futuro común, abriendo un vacío que cada vez es más difícil de llenar. Se rompen los eslabones de la cadena, se trunca la canción, el relato, la amistad. Entre un eslabón y otro se abre un abismo, un agujero que no se sella con estaño ni se repara con un parche. Pero de esto tampoco podríamos escapar, caso de haber marchado. Ni de las rencillas y pugnas que sin duda se entablan para dirigir el cotarro en el malicioso mundillo de los colegas exiliados y que tú sufriste en carne propia. Yo temía sobre todo la condena a vivir retroactivamente, teniendo como único horizonte el pasado. Y no quería repetir la nostalgia, esa forma edulcorada y blanda de la desesperanza, como tú la defines.

¡Ojalá pudiera haber hablado contigo de todo esto entonces, Marina! Porque desde el principio tú estabas mucho más decidida a marcharte que yo, y en el momento de partir ya no tenías miedo, pues en muy breve tiempo viste cumplirse los ciclos de la Revolución que habías pronosticado: el hambre, la guerra civil, la venganza, la crueldad, la locura, los fusilamientos, el terror, la sangre, la sangre, la sangre... Además, tú no podías tener miedo, no podías permitirte ese lujo tan al alcance de cualquiera durante aquellos años porque estabas completamente sola entonces. Efron se había unido al Ejército Blanco de Voluntarios para combatir en Kiev y tú cuidabas de vuestras dos hijas, que dependían exclusivamente de ti, de que tus fuerzas no flaquearan, de que no las abandonases como hacía yo con Lev. En febrero, mientras estallaba la Revolución, tú aguardabas el nacimiento de Irina. Y aun así, aun viviendo inmersa en la plenitud del triunfo de la vida que es el alumbramiento de un ser, no te arrastró la euforia que reinaba por doquier ni te cegaron las noticias embriagadoras.

Tampoco caíste en la grandilocuencia que embargó incluso a quienes eran poco proclives a un nuevo orden, cuando ante los grandes desfiles victoriosos, manifestaron una alegría espiritual como jamás antes la habían sentido. Zinaída Gippius, tan exagerada como siempre, habló de una intoxicación revolucionaria, de una radiancia de libertad perceptible en los regimientos y en su música, en los rostros de la gente que desbordaba las calles. Hasta el mismo Blok, que toda su vida padeció los efectos de una gran soledad, se sentía ahora en comunión absoluta con la gente. De repente, un sólido vínculo le une a ese pueblo al que no conocía y al que incluso a veces temía. De repente, comparte con él sus alegrías y esperanzas, y también está dispuesto a compartir sus luchas y sus pesares. Ahora, ese pueblo ya no es el carretero borracho de Shajmátovo que pegaba a su mujer y juraba incendiar la casa de su amo, ni el vagabundo que saciaba su sed con el agua sucia del arroyo, ni la criada de rostro zafio y cerril. Es *otro pueblo*: despierto, enérgico y consciente. Un pueblo al que siempre deseó conocer y amar, y al que ahora está dispuesto a pedir perdón por su pasado. El corazón le late más deprisa y más fuerte, una nueva energía lo anima. En las esquinas de las calles, en los salones repletos de gente del Palacio de Invierno, Blok admira a ese pueblo que masca pipas de girasol mientras escucha con avidez a los oradores.

Durante años vivimos rodeados de augurios y discursos que hablaban de un nuevo orden, así que cuando llegó la Revolución todo el mundo tomó lo ocurrido por lo deseado. Y nació la poesía profética, y quizás también utópica, aunque no duró mucho. Empezó en 1917 y murió en 1922, en parte a causa de la desilusión de los propios poetas, y en parte a causa de la doctrina oficial que obligaba a escribir de asuntos prosaicos y útiles.

De todos nosotros, solo algunos estabais preparados para *ver* esos acontecimientos. Pasternak enseguida avisó que la grandeza, en su manifestación inmediata, se transformaba en su propio contrario. Desde el primer momento, nuestra Revolución le pareció una contradicción: un trozo de tiempo que transcurre en la forma de una inmóvil y terrible belleza. Por consiguiente, nosotros éramos solo *súbditos* de una rareza histórica: oscura y sublime, sí, hondamente trágica en su más elevado sentido y aun en detalles menudos e insignificantes, pero a la vez, grotesca, una gesta absurda y ridícula. Mandelstam, que llevaba el alma llena de todo lo que sucedía, supo que Rusia se despeñaba sobre un mar negro y sordo. Por eso la palabra *pueblo* no aparece en sus poemas por casualidad ni por capricho. Por eso, en «El crepúsculo de la libertad» se apresuró a lanzar otro aviso y ofrecernos la única respuesta serena a los acontecimientos que estremecieron al mundo e hicieron bailar la cabeza a más de uno: *Bien, intentemos el incómodo, el inconveniente, el chirriante giro del timón...*

Borís, Ossip y tú, Marina.

Tú, que esos días escribías con tinta roja, condensaste en una imagen el paso de los ejércitos revolucionarios: *ceniza y arena*.

No tiene sentido contarte mi vida cotidiana de entonces porque todos pasamos por lo mismo. ¿Acaso revelaría algo nuevo, Marina? ¿Es que puedo hablarte del hambre a ti, que viajabas en trenes apestosos donde todo eran bultos y fardos, con gentes arrebujaadas bajo sus pellizas de piel de oveja formando un magma sofocante, apretados espalda contra espalda, enredados brazos y piernas, el aliento emanando de bocas que vociferaban implorantes...? Trenes que tras días de espera aparecían de golpe como surgidos de las entrañas de la tierra y te llevaban a estaciones de provincias donde jamás habías estado para luego, tras recorrer a pie otras treinta verstas orillando

grandes campos, llegar por fin a una aldea y, una vez allí, ir de casa en casa ofreciendo a las viejas campesinas tus anillos y tus ropas, paquetes de cajas de cerillas, velas, pastillas de jabón de olor, pañuelos de seda o retales de algodón y percal a cambio de manteca, mijo, harina o patatas congeladas, que metías en dos pesadas cestas de mimbre con tapas y asas de hierro, y que apenas podías levantar un palmo del suelo si no era gracias al formidable esfuerzo que realizabas y que te dejaba la espalda empapada en sudor, los cabellos pegados a las sienes, los brazos semidescoyuntados.

¿Puedo yo hablarte a ti de la hambruna, Marina? ¿Justo a ti, que aquel invierno, cuando llegaste a Koktebel en mitad de una furiosa tormenta de nieve, tuviste que envenenar a todos tus perros para que no se los comiesen los búlgaros o los tártaros, que devoraban cosas mucho peores? ¿Acaso importa que tú estuvieras en Moscú y yo en Petrogrado? ¿Había alguna diferencia entre lo que pasaba en el barrio de Arbat o en el distrito de Viborg? En todas partes rumores y noticias inciertas, carteles que gritaban hasta desgañitarse, periódicos de hojas rosas porque no había otro papel, colas frente a los bancos para sacar dinero, un constante acarreo de muebles y alfombras y cuadros que vaciaban de las viviendas requisadas que iban a convertir en oficinas gubernamentales equipadas con muebles nuevecitos y funcionales, guardias de uniforme paramilitar apostados a las puertas de los edificios interrogándote al entrar o prohibiéndote salir de noche... Otra estupidez porque ¿quién osaría hacerlo? ¿Quién se atrevería a recorrer calles desiertas atravesadas por el silbido de las balas y donde solo se veían soldados?

Desde entonces, en todas partes destacaba la característica silueta del soldado rojo que se inclina al apoyarse sobre el fusil con la bayoneta calada y que siempre desfila cantando. Cada pelotón entona su canción favorita, pero todas tienen el mismo estribillo, una frase que retumba y retumba mientras los batallones marchan: la guerra, la guerra, la guerra...

Raras veces se veían algunas putas. Una noche los soldados saquearon las bodegas de Feodosia y se embriagaron con las furcias en una orgía de barbarie, bailando sobre los charcos bajo una luna ensangrentada. ¡Nuestro todo el vino de las cavas nobles! Ah, belleza, ven compañera, ¡bebe!, bramaban mugiendo como toros en la ciudad herida. Hasta el propio Máximo Gorki se atrevió a denunciar tanta degradación: «Esto ya no es una capital, sino una sentina —proclamó—, con las calles atestadas de inmundicia y montañas de basura hediendo en los patios, donde nadie trabaja, donde todos los instintos criminales y rastreros contra los que siempre he luchado parecen estar destruyendo a Rusia entera».

Después de presenciar escenas como esa, ¿qué impulso o qué necesidad tan imperiosa podría sacarnos de casa y hacernos caminar por las calles reventadas, donde montañas de cadáveres se apilaban en los socavones y en las aceras? A ti tus hijas, Ariadna e Irina, ¿pero a mí? Ninguna obligación, nada perentorio, ni tampoco la acuciante realidad que os asfixiaba a vosotras. Solo un vago deseo, una nostalgia residual.

Una mañana temprano, después de una espantosa noche de insomnio, me lancé a las calles. Avanzaba por la rampa que baja hasta el puerto, al final de la calle Torgovaya, cuando me detuvieron dos jóvenes guardias rojos: uno patizambo, de cara regordeta y una extraña mueca en el labio izquierdo, que se le levantaba al hablar; otro, de cabellos rizados como el pelaje de un carnero, echado sobre el parapeto, me taladraba con su mirada insolente. Vistos de cerca, en el fondo no dejaban de conmoverme. A pesar de las armas, el correa brillante y el uniforme impecable, no podían borrar su origen campesino: en su piel curtida y en sus manos callosas, enseguida se veía que hasta poco antes habían empuñado la azada. Y era graciosa la petulancia de aquellos dos mozos que se esforzaban en adoptar el aire marcial de un soldado prusiano. Casi

me eché a reír cuando uno de ellos me increpó: «¿A qué has venido?». «Pues a ver la rada vacía y la extensión del mar», contesté.

¡Oh, la libertad...! Tenías razón en tus versos, Marina: ¡una puta en el pecho enloquecido del soldado, la libertad!

No, nada importaba que tú estuvieras en Moscú y yo en Petrogrado cuando el miedo y el dolor y la angustia y la muerte nos igualó a todos. Hasta entonces sabíamos que la miel silvestre huele a libertad; a violetas, los labios de una joven; y a manzanas, el amor. Pero entonces aprendimos para siempre que solo la sangre huele a sangre. Y que la historia puede empuñar la más terrible y afilada de las guadañas. En realidad, nuestra generación apenas saboreó la miel: fueron contadas nuestras horas, quedó truncada y rota nuestra obra, y dos guerras crueles abasaron nuestro breve o largo camino. Fuimos dispersados por la tierra como naipes de una baraja, alejados unos de otros, reclusos en guaridas que se hundían en el subsuelo o desterrados a los más recónditos confines del mundo, borrados tras un muro o arrojados a una fosa, rotos y enloquecidos. Mas ni aun así nos rendimos. Por eso, quienes hemos logrado llegar hasta el final debemos acopiar fuerzas y escribir nuestros recuerdos. Para devolver a la historia a quienes fuisteis devorados por ella.

Y de ese modo haceros regresar, Marina.

Sin querer, estoy haciendo de Penélope: destejo lo narrado con derivas que me alejan del tiempo del relato. Estábamos en el otoño de 1917, cuando quedaste atrapada en Moscú con tus dos hijas, sin poder regresar a Crimea para reunirse con Efron. ¿Cómo lograste resistir? Sé bien que toda tu vida fue una incesante proeza, desde los pequeños combates con tu madre hasta el definitivo y supremo adiós, ¡tan heroico! Y aquellos años fueron sin duda uno de los hitos que la jalonan, recluida con tus hijas en la vieja guardilla de la calle Borís y Glebski, donde habitaste de recién casada, un inmenso caserón moscovita completamente vacío ahora, abandonadas por sus dueños las muchas dependencias. Vivíais apretujadas casi exclusivamente en la cocina porque al menos allí podías quemar en la estufa las ropas y enseres que los otros inquilinos habían abandonado al marchar, y de ese modo calentaros y también cocinar la ración extra de comida que te daban para las niñas en la calle Prechistenka, o lo que obtenías de la caridad de tus vecinas: mujeres que también tenían tres o cinco bocas que alimentar y que, sin embargo, a menudo te daban un panecillo o un cuenco de sopa, algunas a escondidas del marido.

Relatar un día en la vida de Marina Tsvietáieva en tiempos de guerra y revolución daría para componer un cuadro conmovedor, mitad épico y mitad melodramático. Sazonado, eso sí, con la pimienta del humor y la ironía. ¿Me atreveré a hacerlo? ¿Yo, que apenas he cultivado esos registros? Es igual, voy a intentarlo al menos. Con ayuda de la imaginación, esbozaré una breve estampa cotidiana.

Te levantas cuando apenas clarea y la luz del día empieza a filtrarse por la claraboya. Llevas la misma ropa de siempre: un vestido de fustán marrón que no te quitas ni para dormir. Hace frío. Esquivas los charquitos de agua que van formando las goteras y que muy pocas veces consigues empapar y rellenar con aserrín. Enciendes la estufa. Trajinas entre cubos, cántaros, trapos y prendas infantiles. Lavas las patatas y las pones a cocer en el samovar. Después viene el arreglo de la casa. No soportas el desorden ni la suciedad y haces esfuerzos titánicos para lograr que el suelo esté limpio y reluzca, y que todo parezca algo más confortable, pese a las patas rotas de las sillas, el diván desvencijado, la mesa coja, el polvo y la oscuridad. Bajas a buscar agua a casa de una vecina con la que lavar la ropa antes de salir a la calle y fregar los cacharros donde meter las raciones de comida para las niñas que te darán en la calle Prechistenka. Coges también una cestita donde guardas las cartillas de racionamiento, y sales por la escalera de servicio. Vas primero al parvulario a dejar las escudillas de tus hijas y luego te acercas al comedor del sóviet de la calle Praga a recoger el cupo de alimentos, y después aún caminas hasta el antiguo bulevar Guenerálov a ver si están repartiendo pan. Por último, regresas al parvulario a recoger la comida. Ya en casa, avivas las brasas, que aún llamean, y calientas esa sopa que más bien parece una papilla. Coméis las tres y al acabar acuestas a la pequeña Irina. Mientras ella duerme la siesta, hierves café, te tomas una taza, fumas y escribes durante esas dos horas de tranquilidad. Alia lee o dibuja. Luego, cuando la pequeña se despierta, vuelve a empezar el trajín: partes los leños de madera para el día siguiente, calientas los restos de la comida, pescas las patatas que se han quedado pegadas en el fondo del samovar y cenáis. A las diez ha terminado el día. Y te sientes feliz con el silencio de la noche, el quinqué junto a la almohada, tu cuaderno y un cigarrillo.

Unos amigos me contaron que en aquel destartado caserón, donde todo se había congelado menos tu alma, y donde nada sobrevivió salvo los libros, solías adornar la sordidez y la miseria con fantasías de Dickens, contando que vivías como en la tienda de antigüedades donde los

personajes dormían sobre jergones o sacos, a lo *Oliver Twist*, rodeada de niñas como la pequeña Dorrit o Dora Copperfield, con el libro de cuentas o con el cubil para el perro, o como la joven de *Historia de dos ciudades*, que bajo la muselina inflada por la tormenta toca el clavecín y al golpeteo de las primeras gotas del aguacero escucha el ruido de la muchedumbre que desfila cantando el himno de la Revolución... ¿Era porque habías conocido a Sóniechka y de nuevo vivías bajo el efluvio del amor?

¡Ah, tu imperturbable inocencia, Marina!

¿Quién era Sonia Holliday? ¿Quién fue tu Sóniechka y por qué la amaste tanto? ¿Porque entró en tu vida justo cuando te embargaba una tristeza muy grande, después del suicidio de Alekséi Stajóvich, el gran maestro de la escena teatral moscovita, que en sí mismo encarnaba un mundo y unos valores a punto de desaparecer? ¿O fue porque la joven actriz, frágil y aniñada, se parecía a la muñeca vestida de verde de la que te enamoraste cuando tenías dos años? ¿O sería acaso porque aquella chica ingenua escuchaba embelesada tus cuentos, el del collar de coral o cualquier otro que pudieras inventar para ella, como lo hacías con tus propias hijas? Me pregunto si te enamoraste de Sóniechka para vengarte de Sofía Parnok, de la borrascosa relación que mantuviste con ella y de su traición final. Las penas de amor con amor se curan, dice el proverbio, y la dulzura seráfica de Sóniechka sin duda sería tu bálsamo. Con ella, podías ser Psiqué.

¿A eso jugabais en el Tercer Estudio? ¿Pensando en ella escribiste a un ritmo frenético todas aquellas piezas teatrales? ¿Llegaste en verdad a creer que al menos una de ellas podría representarse? ¿Que los comisarios que regentaban el Teatro del Arte permitirían que subieran a escena dramas ambientados en el siglo XVIII y piezas inspiradas en las memorias de Giacomo Casanova? ¡Ay, Marina mía! ¡No deja de asombrarme tu inocencia! O tu formidable fuerza de voluntad. O tu inagotable amor. Escribiste *El ángel de piedra*, tu personal versión del mito de Psiqué y Eros, y se lo dedicaste a Sóniechka Holliday: la Mujer, la Actriz, la Flor, la Heroína... ¿Porque al alma solo la amamos con el alma?

¿Qué es para ti el amor, Marina? ¿Qué es lo más importante en el amor para ti? Jamás olvidaré lo que un día me contó Ossip Mandelstam, lo sucedido una mañana de primavera, cuando iba a visitarte en Moscú. Vestías tu abrigo de piel de tigre —o de leopardo, o de pantera— que él se obstinaba en llamar solemnemente *un abrigo boyardo*. Paseabais juntos por el Kremlin y él no veía ni el río Moscova, ni las iglesias, ni el cielo. No veía nada salvo a ti. Y tú, escandalizada, reaccionaste como una furia y le dijiste que alzara la cabeza y mirase alrededor porque solo podrías amar a un hombre que en un día tan radiante como aquel prefiriera extasiarse ante un abedul en vez de adorarte a ti. «¿Cómo se le ocurre que puedo pensar en su amor o en el amor de cualquier otro? —le increpaste—. Ni siquiera pienso en mí misma, y creo que ¡me quiero!», remataste.

No, no te quieres Marina. No te quisiste nunca. De lo contrario, no te habrías marchado. Y lo que es peor: nunca creíste que los demás te queríamos. Mejor dicho, no nos dejaste demostrártelo porque no concebías el amor de manera pasiva, como un sentirse querido. No soy una heroína del amor, proclamabas. ¡Jamás me perderé en un amante, siempre en el amor! Y así, nunca quisiste entrar en la categoría de los que son amados. Tampoco te bastaba la otra, la de los que

aman, pues te reconocías únicamente en una tercera categoría rarísima, la del *amant* en su sentido primigenio: el ser a través del cual se manifiesta el Amor. Así, en mayúsculas. ¿Por eso irrumpes con tanta fuerza en la vida de quienes te enamoras?

Creo que nunca pudimos liberarnos por completo de nuestro romanticismo. A Pushkin le debemos el haber conocido todo cuanto hay de convulso y doloroso en la embriaguez del amor, y todo lo que tiene de estúpido. Voy a confesarte algo que te parecerá pueril: cuando me enfraqué en el estudio de su obra, llegué a tener celos de su esposa, Natalia Nikoláievna, que me parecía una Ofelia barata, una histérica con flores de papel. Se casó con Pushkin sin amor, con la indiferencia de la mujer hermosa, la inercia de la carne inanimada, ¡los andares de una muñeca! ¿Acaso sabemos algo profundo de ella? Solo se habló de su sonrisa, sus ojos, sus cabellos, sus hombros... ¡Hasta de sus orejas! Y de lo bien que bailaba. ¿Pero de su conversación? Cuando hacía su entrada en un salón, se expresaba únicamente con el cuerpo, desde el lóbulo de la oreja hasta la punta de los zapatos. Con todo, menos con palabras.

Pushkin creía que con el tiempo podría ganarse el afecto de la joven y romper su fría serenidad, aquel hieratismo. Pero no fue así. Por más que él le habló en apasionados versos, sus caminos se fueron separando cada vez más. Sí, tienes razón en lo que escribiste: hay parejas marcadas por una atracción recíproca, felices por su deseo, por su gesto *hacia...*, sea a través del lecho de muerte como Romeo y Julieta, sea a través de la reja del convento como Eloísa y Abelardo, o sea a través de los mares como Tristán e Isolda. Parejas que se aman por encima de todas las aflicciones sufridas y a pesar de todos los reveses encajados. Son parejas felices: amantes. E incluso hay otras que, aunque separadas y desgarradas, permanecieron unidas: Sigfrido, que no conoció a Brunilda; Pentésilea, que no reconoció a Aquiles... Parejas cuyo sino estuvo marcado por un cruel malentendido, y que, no obstante, permanecieron unidas. Nada que ver con las parejas fatales que arrastran una condena sin ninguna esperanza, ni en este mundo ni en el otro.

Pushkin y Natalia Nikoláievna. Ella fue *simplemente* una mujer fatal, ese lugar vacío hacia el que tienden y a cuyo alrededor giran todas las fuerzas y todas las pasiones. Un lugar letal. Si Helena fue el pretexto y no la causa de la guerra de Troya, también Natalia Nikoláievna lo fue en la muerte del poeta. El destino eligió el arma más simple y fatua: una mujer bella. Hubo fatalidad en el hecho de que el primer poeta romántico se enamorase de la primera belleza romántica. La atracción de Pushkin por ella fue la atracción del genio por lo inaccesible: el ideal o la muerte. En el fondo, no importa saber si Natalia le fue infiel en vida o solo después de su muerte, cuando no tardó nada en desprenderse de todas las pertenencias del poeta: el abrigo rojo, el reloj de plata, la cartera, la sortija talismán con la esmeralda y la levita negra con un agujero pequeñito, del tamaño de una uña, a la altura de la ingle del costado derecho. Ni tampoco tardó mucho en contraer matrimonio con el general Lánskoi. Lo único que importa es que ella fue un instrumento del destino, que a través de ella eligió a D'Anthès, otra nulidad.

A fin de cuentas, Pushkin lo habría retado hasta por un simple estornudo con tal de que se cumpliera su destino y poder al fin huir de aquella sociedad mezquina donde ya no había lugar para la voz de la alegría, donde los sueños juveniles se habían esfumado como una niebla. ¿Cuántas turbias noches de vigilia y tormento tuvo que padecer hasta quedar con el corazón extenuado? Al final, ya no pudo soportar tanto ultraje, tanta hipocresía. Lérmontov denunció las intrigas de la corte como la causa de su desafío y de su muerte. Él creía que fue allí donde se

urdió todo: en los dorados salones de suntuosos palacios, donde poco después alzarían estatuas o colgarían retratos de aquel joven moreno y triste al que los miembros de la alta sociedad odiaban y de cuyo seno lo expulsaron como si se tratase de un cuerpo extraño.

Después de verter sobre Pushkin toneladas de infundios y mentiras; después de que los estúpidos oficiales de la guardia zarista convirtieran la dantesca historia en un *affaire de régiment*; después de que los grandes consejeros, sin la más mínima vergüenza, ordenaran mantener una secreta y permanente vigilancia policial sobre el poeta; después de que en los hipócritas salones donde se miraba por el ojo de todas las cerraduras, las princesas y duquesas y condesas con talles de avispa, las emperifolladas esposas de los ministros y de los generales en jefe, las encorsetadas damas de los oficiales y de los altos cargos de la corte, y todas las engreídas y desalmadas beldades del ofendido e iletrado Petrogrado dejaran correr infinidad de bulos y chismes: historias baratas con besos, caricias y mostachos; historias fabricadas a la luz temblorosa de arañas y candelabros, mientras se danzaba graciosamente al compás de una mazurca. Después de la indiferencia, y de los obligados juicios edificantes que la siguieron, porque los proverbios morales resultan muy útiles cuando no se nos ocurre nada más; después de tanta basura esparcida por doquier, de repente y como por arte de magia, toda una época se declaró pushkiniana. Justo al día siguiente de la muerte del poeta.

No, nunca pudimos apearnos por completo del romanticismo. No le tuvimos miedo a la felicidad: temíamos su pérdida. La palabra *amor* apenas se pronunciaba. Así era la época. Nosotros no decíamos «te amo» por un terror místico de matar el amor al nombrarlo. ¿Por eso nos amaron tan poco?

Todavía hoy me pregunto qué secreto sueño me llevó a unirme a Vladímir Shileiko, un erudito orientalista cuyos textos sobre la antigua Asiria y Babilonia me deslumbraban. Lo había conocido en El Perro Errante, y por primera vez un hombre parecía necesitar me de verdad. Quizás también lo hice porque era una manera de aliviar mi inseguridad: ya no dependería de alguien que me engañaba, como Gumiliov, o que me abandonaría, como Anrep. Es cierto que este había regresado un frío invierno con la esperanza de verme, y que en su desesperación cruzó a pie el Neva helado para poder llegar hasta el distrito de Viborg, cuyo puente habían alzado los bolcheviques para que pudieran pasar las lanchas torpederas. No ocultaré que me conmovió su temeraria aventura porque, si bien Borís se había arrancado del uniforme las charreteras para pasar desapercibido, los guardias rojos continuamente arrestaban oficiales por las calles. Y aún me conmovió mucho más que llevara colgado al cuello, prendido de una cadena, el anillo que yo le había regalado para que lo protegiese. Intentó convencerme de la necesidad de abandonar Rusia, como ya te dije, y durante mucho tiempo, en mis noches de insomnio siguió resonando el eco de su súplica. Cuando vio que mi determinación era inamovible, tomó el primer tren que encontró de regreso a Inglaterra.

Así que con Shileiko por primera vez me sentí útil y tuve conciencia de servirle de algo a alguien. Me gustaba estar a su lado y ayudarlo a transcribir las tablillas que él descifraba. Al principio, aquel mundo de silencio y soledad fue un verdadero bálsamo que calmó mi angustia y apaciguó las recientes turbaciones, pero Volodia enseguida me exigió una dedicación y una entrega absolutas: que viviera exclusivamente para él. No soportaba a mis amigos, y durante un tiempo tuve que dejar de verlos. ¿Será verdad que los celos prolongan el flujo del amor?, me preguntaba, todavía dudosa al principio. Cuando comprobé que no era así, que el sacrificio realizado ya no me proporcionaba paz ni bienestar espiritual de ningún tipo, volví a buscar el amor. Primero en Arthur Lurie, que se movía en los ambientes de la vanguardia musical y había comenzado a experimentar con la música dodecafónica, y después en el director teatral Mijaíl Zimmerman. Fueron episodios efímeros, sin mayor trascendencia.

En realidad, lo peor de todo entonces fue dejar de escribir.

Vivía tan fuera de mí que ni siquiera pensé en buscarte durante los meses que pasamos en Moscú, donde Shileiko encontró trabajo una breve temporada. Al regresar a Petrogrado todo empeoró aún más. Por un tiempo vivimos en el Palacio de Mármol, donde nos asignaron dos habitaciones y una cocina, pero enseguida regresamos al viejo apartamento de Shileiko en el palacio Sheremetev. Estábamos al borde de la inanición: parecíamos dos esqueletos andantes. *Con estas mejillas hundidas y estos labios sin sangre...*, escribí en unos versos, *ya no soy hermosa, ya no soy aquella cuyos cantos te conmovieron una vez.*

Hasta que un día apareció la mismísima Larisa Reissner.

¿Sabes de quién te hablo? ¿Llegaste a conocerla? Ella sí habría podido ser *tu* amazona, Marina. Ya desde el comienzo de la Revolución arranca su legendaria fama, cuando Larisa era la jefa de los exploradores del Ejército y recorría las tierras del Volga galopando a lomos de un semental negro y dejando tras de sí una lluvia de terrones parduzcos arrancados por los cascos del caballo. La casaca militar que vestía entonces no le restaba un ápice a su extraordinaria belleza, que para algunos era propia de una deidad griega y para otros, de una valquiria germana.

La leyenda ha envuelto la imagen de Larisa en un aura especial. Dicen que estuvo en el Aurora

la noche memorable del 25 de octubre, que fue ella quien ordenó el bombardeo del Palacio de Invierno, y que se disfrazó de campesina, cruzó las líneas enemigas e inició un levantamiento en el ejército de Kolchak. Su inconfundible figura se atisbó en los buques de guerra, entre los soldados rasos y en los coches blindados. De lo que no cabe duda es de que fue la Mujer y la Musa de la Revolución: la única a quien le perdonaron ser una escritora decadente, como nosotras, por su condición de bolchevique modélica. Todos la adoraban: desde Trotski a nuestros queridos Mandelstam y Pasternak, que le dedicaron algunos poemas. Y con Gumiliov tuvo una breve relación mientras Nikolái aún estaba casado conmigo.

Cuando me visitó, Larisa se hallaba en la cumbre de su esplendor. Había sido nombrada comisaria del Estado Mayor de la Marina y por eso a menudo se encontraba en la ciudad. Enfundada en unos pantalones y una chaqueta de cuero negros —ese atuendo tan acorde con el carácter de la época y que algunos vestían en invierno y en verano, de día y de noche—, el *uniforme* bolchevique no era en ella una armadura ni un blindaje contra las emociones y los sentimientos, ni tampoco restaba atractivo a su cuerpo ágil y esbelto. Admiré el gracioso vuelo de su corta melena de cabellos castaños, la frente clara y despejada, y sus maravillosos ojos de un gris claro.

Tras esa primera visita, regresó al día siguiente con un saco de arroz y una cesta repleta de comida, y también con unas medias de seda y un sombrero precioso. ¡Se acabaron los años vegetarianos, la dieta a base de té y pan! ¡Se acabaron los andrajos! También logró que Shileiko ingresara en un hospital, pero no volví a verla para agradecérselo. Tiempo después supe que Larisa Reissner había muerto en el hospital del Kremlin a causa de unas fiebres tifoideas, en febrero de 1926. «Esta maravillosa mujer, que fue el encanto de tantos, cruzó por el cielo de la Revolución, en plena juventud, como un meteoro de fuego», escribió Trotski en su obituario.

Poco después de la visita de Larisa, entré a trabajar en la Biblioteca del Instituto de Agronomía. Vivía en un pequeño apartamento que me habían proporcionado, tenía una cartilla de racionamiento además de una cantidad fija de leña, y un sueldo que, aunque modesto, me permitía sobrevivir en mejores condiciones de las que lo hacía la mayoría de la gente en aquel Petrogrado fantasmal, donde los viejos letreros seguían en su sitio, aunque detrás de ellos solo hubiera oscuridad y polvo. El famoso pavimento de madera estaba completamente podrido y muchas tablillas habían sido arrancadas, pero aún era posible conseguir un buen ramo de flores silvestres en Gostiny Dvor, y por las ventanas del sótano de Kraft salía el delicioso aroma del chocolate.

Un día recibí una lastimera carta de Shileiko y, conmovida por sus penas, decidí acogerlo en mi apartamento. Pronto se agravó su tuberculosis hasta derivar en una pleuresía, por lo que a Volodia lo ingresaron en un hospital. Entonces, mis amigos decidieron liberarme del cautiverio en que vivía, de aquella *folie à deux*, como la llamaba Arthur Lurie, que fue quien se las ingenió para que unas enfermeras lo internasen. Así, *de algún modo conseguimos separarnos; apagar de una vez el odioso fuego*.

En verano me trasladé a vivir con Lurie y su mujer, Olga Sudeikina, en el piso que compartían en la Fontanka. Y volví a escribir. Además, empecé a trabajar en la Editorial Gorki, donde a menudo coincidía con Gumiliov, que también estaba empleado allí. Mi salud mejoraba y a ratos, si no feliz, estaba contenta. Volví a frecuentar la Unión de Escritores, de cuya dirección seguía siendo miembro, y de vez en cuando acudía a la Casa de las Artes, en la esquina entre el Moika y

la Nevski, donde el ambiente aún no se había envilecido del todo. Todavía había jóvenes que, además de las parodias que se dedicaban unos a otros, escribían novelas y cuentos, epigramas y críticas feroces, algunas muy polémicas. Por entonces, como sabes, se restableció la correspondencia con el exterior, de modo que empezaron a llegar libros y publicaciones extranjeras. Algunas lo hacían con mucho retraso. Y un día, hojeando una revista francesa de arte, encontré la fotografía de Modigliani enmarcada en una esquela. Se dice que fue Marcelle Braque, la esposa del pintor, quien le confeccionó la mortaja. Había fallecido el 20 de enero de 1920. La necrológica que acompañaba la noticia hablaba ya de Modi como un gran pintor del siglo xx. Volvieron de golpe nuestros días de París y todos los retratos y dibujos a carboncillo que me hizo: el que parecía una Nefertiti reclinada en el diván y uno donde me arrodillaba como una cariátide, el que figuraba ser una acróbata saltando en el aire y otro donde posaba junto a la silueta espectral de un gato, y mi preferido, aquel donde luzco el adorado collar de ágatas negras.

Sí, el amor: un hundimiento en el tiempo.

Por lo demás, tu vida y la mía discurrieron encadenadas a un destino idéntico, hasta el punto de que la *intelligentsia* rusa parecía que también vestía de uniforme, obligados todos nosotros a acatar el nuevo orden y contribuir a su triunfo y esplendor, pues solo así alcanzaríamos la Tierra Prometida. ¿Acaso había alguna diferencia entre trabajar en los ficheros de la Biblioteca del Instituto de Agronomía, como yo, o hacerlo en el Archivo del Comisariado Popular para los Asuntos de las Naciones donde te destinaron a ti? Entiendo tu desesperación, Marina, sepultada bajo una montaña de periódicos de hojas finísimas y letra casi invisible, recortando titulares y artículos, algunos inmensos como sábanas, y otros minúsculos, de apenas unas líneas, pegando luego todos esos recortes en enormes pliegos de papel, anotándolos en fichas para tener un registro, y clasificándolos: «El avance del Ejército Rojo...», «Liquidación del analfabetismo...», «Abajo la Guardia Blanca, esa gentu...», «Todo por el frente rojo...», «Trotski se dirige a los ejércitos...», «Los estudiantes blancos y la Guardia bla...», «Las atrocidades de...».

Entiendo que esas jornadas fueran una verdadera tortura para ti, obligada a saludar a porteros que apenas se dignaban mirarte y vigilada por camaradas recelosos y huraños. Pero al menos trabajabas en un lugar maravilloso: el antiguo palacete del conde Sologub, en el que Tolstói se inspiró para describir la casa de los Rostov, en *Guerra y paz*. Dime, querida, ¿soñaste alguna vez con Natasha entre aquellas paredes rosadas, desde los altos ventanales, mientras veías caer la nieve, o al subir y bajar apresurada por aquella escalinata de peldaños desgastados? Ya ves, no necesariamente un archivo es siempre un sótano, ni una biblioteca un templo, como tú creías. No al menos la del Instituto de Agronomía, donde yo trabajé. Así que, sin proponérselo y casi al mismo tiempo, las dos pasamos a engrosar la nueva y selecta casta de los burócratas. Admitamos, eso sí, que teníamos destinos privilegiados y muy ventajosos para poder escribir, en unos tiempos en que una simple hoja de papel blanco llegó a costar más de mil rublos. Yo robé unos cuantos cuadernos y plumas y algún pequeño frasco de tinta.

Tampoco creo que hubiera grandes diferencias entre recitar poemas en el Palacio de las Artes o hacerlo en el Café de los Poetas. Allí y aquí nos escuchaban jóvenes tiernos y adorables, poéticamente tontos, que esperaban de nosotras oírnos cantar a los lagos y a la luna, y a los pajarillos en los bosquecillos, para después susurrar al oído de sus novias unos versos babosos. ¿Quién era nuestro público? Un montón de estudiantes que para no ir a la guerra se habían refugiado en los talleres y los estudios de teatro, o en las editoriales y en las redacciones de las escasas revistas que seguían publicándose, además de los soldados rojos que, entre batalla y batalla, disfrutaban de un merecido permiso. Supongo que pensarías en ellos al componer el ciclo de poemas dedicado al jefe de la revuelta campesina del siglo XVIII Stenka Razin: *¡Repiquetean y repiquetean, las pulseras repiquetean...!* Y quizás también cuando escribías *Fortuna*, el drama en verso protagonizado por el duque de Lauzun, el aristócrata que apoyó la Revolución francesa y que acabaría en la guillotina durante los años del terror jacobino. El largo monólogo de la escena final, mientras Lauzun espera el momento de ser ejecutado a manos de aquellos mismos revolucionarios cuya causa había defendido y por quienes había combatido, siempre me pareció que encerraba un claro alegato a favor de los liberales y los socialistas rusos, también condenados a muerte por la Revolución a cuyo triunfo habían contribuido tan decisivamente. Aunque me temo que pocos lo advirtieran, deslumbrados quizás por los primeros versos: *¡Y yo, Lauzun, con mano más blanca que la nieve, levantaba la copa a la salud del vulgo! ¡Y yo, Lauzun, decía que bajo el mismo sol el leñador y el noble igual de soberanos son!* Sordos y ciegos, embriagados por esas enervantes palabras, no reparaban en la denuncia final: *Ya lo ves,*

viejo mundo, sobre un mismo corcel caímos al abismo, y con la misma cuerda nos atarán las manos. Grabada en este muro, la sentencia es la misma para ti y para mí. Una denuncia en toda regla que tú lanzaste a la cara del mismísimo comisario popular de Instrucción, Anatoli Lunacharski, que se hallaba entre el público, embutido en una elegante guerrera que disimulaba su figura rechoncha y su rostro vulgar. Además de hallarse allí desempeñando las tareas propias del cargo, Lunacharski estaba también por gusto y afición, pues era un dramaturgo *amateur* que incluso se había animado a hacer unos pinitos. ¡Lástima que no estuviera presente la Lubianka entera para oír el monólogo final del héroe!: *Merecido os lo tenéis por vuestra triple mentira de Libertad, de Igualdad y de Fraternidad.*

¡Qué valiente fuiste, Marina!, aguantando allí sola el tipo y recitando sobre las tablas durante casi una hora. ¿Cómo no desfalleciste? ¿De dónde sacaste las fuerzas? ¿Del orgullo, de la rabia, del asco? ¿Y cómo lograste modular la voz? Sé por experiencia —a raíz de mi breve incursión en el mundo del teatro con una pieza burlesca y profética a la vez, *Enûma Elish*, escrita en Taskent en 1942 y de la que ya no quedan ni las cenizas—, que los actores no soportan a los poetas porque ellos, buhoneros de los versos y los sentimientos, no comprenden que nuestra tarea es distinta. En el teatro las palabras no parecen tan importantes y el actor resbala por ellas, envuelto en su coraza y bajo las máscaras, acompañado por el resto de la *troupe*, cobijados todos ellos en los colores, las luces y la música del escenario que los enmarca. El actor es para los otros: no existe sin el público y el último aplauso es el último latido de su corazón. Pero el poeta que recita está solo y para él, el escenario es un cadalso. Por eso *no puede* declamar. No es fácil transportar el pensamiento a la frase, entenderlo antes de hacerlo navegar por la voz, e interpretarlo. No siempre hay tiempo porque, tras descubrir debemos encubrir. La voz en el poeta no es únicamente garganta sino también inteligencia.

Te confieso, Marina, que yo no podría actuar. Tampoco sabría resistir la situación que afrontaste aquella noche, lo que vino después, cuando al acabar la función estabas completamente sola, como entre los inquilinos de la casa donde vivías, como en el trabajo, como en los liceos y pensionados donde estudiaste, como siempre y en todas partes... sola, sola, sola..., como una encina, como un lobo o como el mismo Dios.

Me pregunto si tu pureza, esa capacidad de expulsarlo todo para quedarte limpia contigo misma, es lo que redobló tus energías y te permitió seguir viviendo. Hasta que tu interior quedó vaciado y exangüe.

¿Qué significaba la carta que esa primavera de 1921 me envió tu hija Ariadna? La niña había leído en los poemas de su madre que Anna Ajmátova tenía un hijo de su edad, y de repente me escribe porque siente curiosidad y quiere saber más cosas de él. ¿Así, sin más? Hacía mucho tiempo que no veía a Lev, que seguía al cuidado de su abuela, pero ya no en Slepniovo sino en Bezhetsk, en un pequeño piso alquilado donde la señora Gumiliova pasaría el resto de su vida.

Contesté la carta, agradeciéndole a Alia sus cariñosas palabras y, a ti, el icono que me mandabas. Sabes que no suelo cartearme con nadie, pero vuestra amabilidad, y vuestro recuerdo, me conmovieron profundamente. Además, habían regresado las noches de fiebre y encendidos delirios, hacía tiempo que no me sentía tan desgraciada y tenía muchas ganas de hablar de ello. Y por eso, encontrar también en aquel sobre el poema que me dedicabas, «El caballo rojo», significó mucho para mí.

En aquellos versos me gustó la mezcla de poesía épica y tradición folklórica, y su carácter

violento y turbador. ¿Quién es la protagonista? ¿Quién es esa mujer que se recorta sobre un fondo de desastres —la casa en llamas, la tormenta de nieve, la batalla—, espoleada por tres tentaciones? En cada una de esas circunstancias, está al borde de la muerte, de la que solo podrá salvarse renunciando a su tentación. Hasta que llega un caballero alado montando un caballo rojo. ¿Es el genio poético? ¿Es también un tirano que exige renunciar a todo..., al amor, a la religión, a la libertad... en favor de la obra? *Hija de mi pasión, novia en el frío hielo, mía y de nadie hasta el fin de los tiempos...* ¿Por qué concibes así la inspiración, como un caballero celoso y terrible? ¿Qué me querías decir? El jinete sobre el corcel rojo que en el primer segmento del poema destruye el edificio de la poesía tradicional donde habíamos crecido ¿era un aviso? ¿Por qué el color del fuego purificador? ¿Insinuabas que abandonarse a mi musa femenina, la joven forastera que me visitaba y traía los residuos del insomnio, era un error? No puedo renunciar a esas voces, Marina, a los murmullos y susurros. No olvides que la madre de todas las musas fue Mnemosina. Y por eso mi memoria ha sido siempre dolorosamente incisiva: sonidos, aromas, gente, la cruz de bronce, los pinos del parque Pavlovsky, la nieve bajo la luna, mi rosa coreana, las hortensias violeta...

Esos días me ahogaba en el dolor, la tristeza y la desesperación, y te respondí enseguida. Tú volviste a escribirme a vuelta de correo.

¡Qué amarga confesión la tuya, *Bailarina del Alma*!

Amiga mía:

Tengo una pena muy grande. Irina murió en el hospicio el 3 de febrero de 1920.

Y la culpa es mía. Estaba tan ocupada con la enfermedad de Ariadna (malaria —con ataques recurrentes)—y tenía tanto miedo de ir al hospicio (miedo de que sucediera lo que finalmente sucedió) que deposité mi confianza en el destino.

Esta carta la dejará helada, pero entiéndame: estoy sola en el mundo, escandalosamente sola. Nadie me ayuda a vivir y ya no puedo cuidar de mis hijas. Oí hablar de un orfanato en Kúntsevo, a las afueras de Moscú, y el doctor Pavlushkov consiguió que las niñas fueran admitidas. Allí tendrán abrigo, alimento y medicinas, me aseguró.

Las ingresé el 27 de noviembre. Los días previos, ante la tristeza de Ariadna, que me hablaba con una voz en la que vibraban todas las lágrimas de su corazón, intenté convencerla de que se trataba de un simple juego: Vas a jugar a ser una niña de orfanato. Llevarás la cabeza rapada, un largo y sucio vestido rosa —que te llega hasta los talones— y un número al cuello. Tú deberías haber vivido en un palacio y vas a vivir en un hospicio. —¿Te das cuenta de lo extraordinario que es? Después le repetía que no debía olvidarlo, porque estaban inscritas como huérfanas de padre y madre. «Cuando los niños te pregunten quién soy, responde: No sé, —una señora». En una cestita metí el vestido gris de bombasí para Irina, los pantalones azul cielo y dos justillos para Ariadna, algo de ropa blanca, un cuaderno, varios libros y también una caja con lápices y una pluma.

A la mañana siguiente, muy temprano, me encaminé a la estación con la idea de regresar a Kúntsevo y ver cómo seguía Alia, aquejada de tosferina. Esa primera vez no tenía demasiado miedo: inquietud y preocupación sí, pero miedo no —las colonias infantiles gozaban de buena fama. Mientras esperaba el tren, estuve caminando por el andén y pensando en que todos tienen amigos, familiares, conocidos que se llaman unos a otros, se acercan y saludan, preguntan por la salud y cuentan sus planes —pero yo estoy sola y a todos les da igual que coja o no el tren.

Al entrar en el hospicio, uno de los niños me conduce por una amplia y oscura escalera interior de color amarillo. Huele a pino. Primer piso. Una niña sale corriendo: Su Alia está enferma. Entro. Multitud de camas. No distingo nada. Soy completamente miope. Todavía sin ver, me dirijo al fondo de la habitación, siguiendo la voz. Un miserable cobertor de algodón, mugriento. De pronto, debajo de él emergen los inmensos ojos afiebrados de Ariadna, irritados y rojos por las lágrimas. La cabeza rasurada. Se incorpora: lleva puesto el vestido de lana a cuadros. Al cabo de un rato descubro a Irina, que anda de un lado al otro. Su vestido rosa, largo hasta los tobillos, sucio hasta lo indecible, la cabeza también rapada. Deambula entre las camas. No ha engordado, parece incluso más delgada. No sonrío.

Al día siguiente, cuando volví de nuevo, iba como un condenado a muerte. ¡Ya conocía el horror que es el hospicio! No va el médico porque le queda demasiado lejos. No hay medicamentos, ni siquiera un simple termómetro. No hay agua, solo una suciedad demencial —los suelos parecen de hollín—hace un frío atroz. Y allí viven encerrados —no salen a tomar el aire por falta de ropa de abrigo. ¡Y la comida! De primero —en el fondo de un plato, agua con unas cuantas hojas de col. De segundo —una cucharada de lentejas. Después «de suplemento» —una segunda. No hay pan. No hay nada más. Los niños, para prolongar el placer, comen las lentejas una a una. ¡Es la hambruna! ¿Y esto es el arroz y el chocolate que me

prometiera el doctor Pavlushkov? Alia tose enloquecidamente. Ha vuelto la tosferina. Tiene las venas de la frente y del cuello hinchadas, como cuerdas. Todo el blanco de los ojos encendido, como sangre. Decidí sacarla de allí. Durante diez días estuvo casi sana, leía, escribía —pero de pronto volvió la fiebre. Entonces me pasé por la Liga para la Salvación de los Niños, en la plaza Sobáchaia, con intención de informarme sobre algún sanatorio donde ingresarla y —de pronto: un caballo alazán y un trineo procedentes de Kúnstevo. Me enteré por casualidad. Entré, me llamaron. —¿Es usted la señora tal? —Sí. —Y me lo dijeron. —Irina murió sin estar enferma. Falleció de debilidad. Y ni siquiera fui al entierro —ese día Alia tenía 40,7 °C de fiebre y —¿la verdad? —simplemente no podía. —¡Ah, se podrían decir muchas cosas! Yo solo diré que es como un mal sueño, y no hago sino pensar que pronto despertaré... Ahora entiendo muchas cosas: la culpa de todo la tiene mi espíritu aventurero, la ligereza con la que enfrente las dificultades, también mi salud, mi monstruosa resistencia. Y —finalmente— ¡yo estaba tan abandonada! Solo tenía a Alia, y Alia estaba enferma, y me entregué a su enfermedad —y Dios me castigó. Ahora el destino se ha consumado y ya no tiene remedio. Algunas noches veo a Irina en sueños, y —está viva —y me alegro tanto —y es natural que me alegre —y es tan natural que esté viva... Todavía hoy no logro entender que ya no esté, no lo creo, comprendo las palabras pero no las siento, constantemente tengo la impresión de que todo se arreglará, que esto es una lección —un sueño, —del que en cualquier momento —despertaré. A tal punto no admito lo irreparable de la situación.

Todo en mí está hoy roído, devorado por la tristeza. No tengo futuro, no tengo voluntad, tengo miedo de todo. Tengo veintisiete años, y es como si fuera una anciana

A veces miro la foto de Irina. Una carita redonda con rizos dorados, una frente amplia, profundos —o quizás vacíos — ojos oscuros —*des yeux perdus* —una boca preciosa —una gruesa nariz chata —¡Irina! Ahora pienso poco en ella, nunca la amé en la realidad, siempre en la irrealdad —la amaba cuando la veía gordita y saludable, la amé el otoño pasado cuando la trajeron de la aldea donde la cuidaban, me complacía viendo sus maravillosos cabellos. Pero el atractivo de la novedad pasó, el amor se enfriaba, me irritaba su estupidez (¡parecía que tuviera la cabeza llena de corcho!), su suciedad, su glotonería, de alguna manera yo no creía que fuera a hacerse mayor —aunque no pensaba en su muerte —simplemente, era una criatura sin futuro. Irina jamás fue para mí una realidad, yo no la conocía, no la comprendía. Pero ahora recuerdo su sonrisa tímida —tan ofuscada —¡tan poco común! —Que ella de inmediato intentaba ocultar. Y cómo me acariciaba la cabeza: «¡a, ¡a, ¡a» (querida) —y cómo —cuando la sentaba en mis rodillas— se reía. Era una criatura muy extraña, quizás incluso desahuciada, —todo el tiempo se mecía, casi no hablaba, —quizás fuera raquitismo, quizás —degeneración, —no sé. Cuando la veo en sueños —su cabecita rizada y su vestido largo lleno de manchas —oh, entonces, mi único consuelo es la muerte. ¡Irina! —¿Cómo murió? ¿Qué sintió? ¿Se mecía? ¿Qué imágenes retuvo en su memoria? ¿Un trocito de la casa de Borís y Glebski —a Alia —a mí? ¿Habrá cantado «Ai-dudu-dudu-dudu»?... ¿Se enteró de algo? ¿Qué fue lo último que dijo? No lo sabré nunca. La muerte de Irina es para mí tan irreal como su vida. —Desconozco su enfermedad, no la vi enferma, no presencié su muerte, no la vi muerta. Ignoro dónde está su tumba. —¿Monstruoso? —Sí, visto desde fuera. Pero Dios, que conoce mi alma, sabe que no fue por indiferencia.

Se dirá que tengo el corazón duro como la piedra, mas no es así. Si acaso como la hiedra, capaz de aferrarse tercamente a algo. Me he entumecido. ¡Intento entumecerme! Hace mucho tiempo que vivo sumida en un terror inenarrable. Lo más preciso que puedo decir de mí misma: la vida se fue y dejó el fondo al descubierto. O más bien: la espuma se fue.

Hace casi un mes que no tengo a Alia. La he mandado a vivir en el campo, con la familia de Borís Záitsev. Estoy convencida de que allí, en Moravska Trěbova, estará bien. ¡Ha pasado tanto tiempo sin ser niña! ¡Tan pocas veces en su infancia tuvo la posibilidad de estar contenta...! Y ahora de golpe: amigas y juegos y clases. Si hubiera seguido viviendo conmigo, habría crecido infeliz. Yo misma nunca fui verdaderamente una niña, por eso entiendo mal a los niños: de los ajenos —tengo miedo; de los propios —de la mía —exijo demasiado. Allí, lejos de mí, Alia puede ser una niña, una criatura desmemoriada que elude el dolor.

No me escribe demasiado. Yo tampoco le escribo con frecuencia: no quiero apesadumbrarla. Cada una de mis cartas le costaría varias libras de peso y, por lo tanto, en casi un mes, solo le mandé dos, esforzándome por que cada palabra le transmitiera todo el amor que sentía con solo recordar su nombre. De mi marido Efron hace tiempo que no tengo noticias. Él apenas conoció a Irina, y así al menos no guarda recuerdos. Quizás algún día tengamos otro hijo, un niño maravilloso y heroico. Pero de momento seguimos separados. ¡Estoy tan acostumbrada a la separación! Es como si me hubiera instalado en la separación. Presiento que pronto llegará la definitiva. Por eso escribo desafortadamente. Esa es mi vida.

La besa... No con los ojos ni con los labios ni con las manos... solo con el aliento y los latidos del corazón

MARINA

Querida mía, sé que no hay consuelo. Ni siquiera hay palabras. Una hija que se queda sin padre es una huérfana. Una mujer cuyo marido fallece es una viuda. Pero una madre que pierde a sus hijos, ¿qué es?, ¿cómo se llama?

He estado alejada de este cuaderno varios días, Marina. De pronto sentí que el pasado se iba atropellando y que la madeja del recuerdo se enredaba y enredaba. Veo que tiene algunos nudos muy prietos, imposibles ya de desatar. Y también, conforme transcurre el tiempo, observo que van quedando en ella bastantes cabos sueltos. Es verdad que un hilo lleva a otro, pero a veces, al tirar de ellos con propósito de acercarlos, y pese a que lo hago lenta y suavemente al modo en que ahora avanza mi vida, acaban rompiéndose.

Habré de retroceder y rescatar varias hebras.

Nadie podrá negarnos el esfuerzo por comprender aquella época: una experiencia de Rusia en la que se mezclaban melancolía, asombro, arrepentimiento y esperanza, como la definió Alexandr Blok, que meditó sobre las razones del salvajismo destructivo del pueblo y se desgañó intentando explicarlas con preguntas y respuestas imposibles de olvidar. ¿Por qué se bombardean las viejas catedrales? Porque bajo sus techos, entre eructo y eructo, los orondos popes comerciaban con vodka y cobraban sobornos. ¿Por qué se profanan los viejos palacios señoriales? Porque allí fueron violadas y prostituidas las criadas y las campesinas, si no por el cacique mismo, por su vecino o por sus invitados. Y ahora somos nosotros quienes debemos responder por el pasado, por los delitos de nuestros padres. ¿Qué os habíais creído? ¿Que la Revolución era un idilio? ¿Que el pueblo era un niño ejemplar? ¿Que no se mezclarían con él cientos de delincuentes, soplones de la policía, miembros de las centurias negras y todos los que siempre bailan al son que mejor toca y buscan aprovecharse de la ocasión? No olvidéis que lo nuevo implica destruir lo viejo, que toda creación exige destrucción. ¡Escuchad! ¡Escuchad la música de la Revolución!, exhortaba el poeta, ya casi un anciano triste y abatido aunque solo tenía cuarenta años, un hombre que vivía abandonado en una total soledad, que lo aceptaba todo, incluso *el peso doloroso del trabajo servil*. Y pasaba hambre, como todos.

Salvo cuando sufrimos la plaga de los conejos.

Aquella primavera llegaron a Petrogrado vagones y vagones cargados con miles de conejos. Te los ofrecían en todas partes: en las casas solo se guisaba conejo y en las calles cada vez se veían más gorros de piel de conejo. Daban conejo en la Casa de los Literatos; conejo y medio por ración. Eran muy buenos: gordos, sabrosos. Hacíamos cola, la cola del conejo. Alexandr Blok también. Un día me lo encontré allí, y casi no lo reconocí. Estaba completamente demacrado. Profundas ojeras sombreaban sus ojos claros, que me miraban febriles. Sin apenas despegar los labios, me dijo: «Aquí todos están como en otro mundo». Vestía una chaqueta raída y calzaba recias botas de soldado con las suelas completamente agujereadas. Pese a su deterioro y a las nefastas condiciones en que vivía, se lanzaba a las calles embarradas de nieve, ansioso de entender el feroz torbellino en que vivíamos y de desentrañar el enigma del tiempo: la muerte del pasado, el presente convulso, el futuro impredecible. Acaso salía a las calles para captar ese gran ruido que ni un solo momento dejaba de oír a su alrededor mientras escribía *Los doce*, un estruendo incesante y confuso, como un hundimiento.

Sí, tienes razón, Marina: *Los doce* es el fruto de un sortilegio. El *daimon* de una hora concreta de la Revolución se apoderó de Blok y lo obligó a escribir, cuando llevaba casi dos años sin hacerlo, primero vencido por las obligaciones militares y después entregado al servicio de una

Revolución que admiraba, sin apenas disponer de tiempo ni libertad, pues compartía vivienda con otras tres o cuatro personas y ya eran imposibles las noches en vela y los días desordenados, para él de todo punto necesarios si quería escribir.

Y sin embargo, de repente nos llega aquella explosión. *Los doce* vino a ser el emblema del acontecer revolucionario, no una imagen romántica de la Revolución sino esta como síntesis de mil impulsos o necesidades. Lo escribió casi de golpe, a borbotones, en unos pocos días de enero de 1918. En su *Diario* leemos: «He escrito toda la tarde. Estos últimos días, acostado en la oscuridad, con los ojos abiertos, escuchaba un ruido, un ruido ensordecedor. Llegué a pensar que había comenzado un terremoto». Y mucho más tarde, en abril de 1920, insistía en esa sensación: «Todo el tiempo en que escribí este poema y varios días después, oía físicamente, como si me perforase los tímpanos, un gran ruido alrededor, un ruido confuso, sin duda el ruido del hundimiento del mundo antiguo». Y decía que, a menudo, al levantarse del escritorio, se hallaba en un estado de agotamiento absoluto, como si hubieran cabalgado sobre él.

Es imposible olvidar ese poema. Una noche de invierno, en medio de una fuerte ventisca, una patrulla de doce soldados bolcheviques armados con rifles, *y con un cigarro entre los dientes*, cruzan las calles, dispuestos a enfrentarse con sus enemigos. Una anciana protesta indignada porque le parece un desperdicio gastar un trozo de tela para hacer una pancarta —*Todos los poderes para la Asamblea Constituyente*—, en vez de usarlo para coserles pañales a nuestros chiquillos desnudos. Ellos prosiguen su camino gritando: *¡Abrid despensas y graneros, trabajadores, hoy sale la plebe!* Avanzan solemnes en mitad de la noche, dispuestos a enfrentarse al enemigo, ondeando la bandera roja, matando e injuriando el nombre de Dios. Bajo el frío fustigador, resuenan continuamente las descargas. Una prostituta oculta unos billetes en sus medias de seda negra. De pronto creen sorprender a alguien y disparan. Es un perro sarnoso que gruñe y luego los sigue. Delante de los doce, caminando a paso leve, inasequible a las balas y portando una bandera ensangrentada, *coronada tu cabeza de rosas blancas, perlas y nieve, marchas tú sin ser visto, Jesucristo*.

Así, con este enigmático símbolo, concluye el poema en el que Blok quiso historiar los diez días que estremecieron al mundo y que a él le darían la muerte. Unos no entendieron esta aparición final de Cristo y otros pensaron que la violencia que ejercían los guardias rojos tampoco estaba justificada. ¿No anduvo él mismo siempre errante por los caminos de la santa Rusia? ¿No es su Cristo la misma figura que la del joven *komsomol* de Maiakovski que avanza decidido e imperturbable? Quiero decir que en el fondo impulsivo del poeta iconoclasta, restaurador de una justicia universal, se conserva anhelante, aunque cambiada la figura, un mismo sentir: para unos, Rusia como depositaria de una tradición sagrada; para otros, como la madrecita de un porvenir revolucionario. Lo único relevante es que ambos arrebatos, el de Alexandr Blok y el de Vladímir Maiakovski, fueron creencia y posibilidad. Una doble blasfemia, por consiguiente.

¿Fuiste tú a la lectura de *Los doce* que organizaron los escritores de Moscú? ¿Quién recitó el poema? ¿Es verdad que al acabar se hizo un silencio reverencial y luego empezaron a oírse exclamaciones en voz baja —¡Formidable!, ¡Maravilloso!—, cortadas por la intervención de Iván Bunin, que tildó el poema de truco vulgar y barato? Hasta que Alekséi Tolstói se levantó y armó un escándalo calificando esas palabras de sacrilegio. Creo que muy pocos advirtieron la ironía que hay en *Los doce*, similar a la que también hallamos en otras composiciones de Blok. Ironía no en su significado de irrisión, sino como recurso que expresa la percepción simultánea de dos fenómenos discordantes. Así lo interpretó Víktor Sklovsky, que por aquel entonces se

hallaba en Petrogrado y al que veía de vez en cuando. En fin, Marina: lo indiscutible es que este largo poema se recitaba en los cuarteles y en las escuelas y en las plazas. Durante aquellos años, Blok tuvo la difusión que cualquier poeta soñaría para su obra, quizás porque sus versos contienen estribillos, proverbios y refranes, frases hechas, palabras populares, consignas políticas, plegarias y oraciones, sentimientos desatados, insultos, disparos...

Blok aceptó la languidez de la muerte como un merecido reposo, pues ni siquiera protestaba cuando lo mandaban a descargar barcazas en los muelles. Iba como uno más, sin revelar quién era: el mayor poeta ruso de nuestro tiempo, el que desde un principio había celebrado la Revolución, permaneciéndole fiel aunque después lo decepcionara, como a tantos otros. De ahí que las palabras de su famoso y último discurso, donde increpaba a quienes pretendían dirigir y controlar el cometido de los poetas, levantasen tantas ampollas. Jamás lograron acallarlo, ni aun cuando ya apenas le quedaba un soplo de aliento. Alexandr Alexándrovich había sufrido un ataque al corazón en mayo, tras un viaje a Moscú. Máximo Gorki y Anatoli Lunacharski intentaron obtener permiso para llevarlo a Finlandia y que recibiera allí la atención médica que precisaba con urgencia. Pero Lenin se opuso, temeroso de que el poeta pudiera hacer declaraciones adversas.

Blok murió tanto de hambre e inanición como de fatiga espiritual.
Y de angustia.

Eso pensé cuando me dirigí a la casa del poeta para asistir al velatorio.

Era una tarde de domingo. Al mediodía había salido a pasear un rato y la inercia me llevó hasta la Casa de los Escritores. En la fachada, junto a la puerta principal, había una gran esquila que aún estaba húmeda, como si acabasen de encolarla: «Hoy, 7 de agosto, ha fallecido Alexandr Alexándrovich Blok». El oficio de difuntos se celebraría a las cinco, anunciaban. Lentamente, me dirigí hacia la avenida Litéiny; luego giré por la calle Simeónovskaia y después, en la Fontanka, me detuve en una floristería del muelle y compré cuatro azucenas blancas, de tallo largo. Cogí el tranvía en la esquina de la calle Kazánskaia y me apeé al final de la Ofitsérskaia. Aunque Blok cambiaba a menudo de domicilio, siempre elegía una vivienda situada en las proximidades del río o cercana al canal, lejos del centro y de los barrios lujosos. Le subyugaban el agua, las islas, el golfo... y las calles de mala reputación. A menudo vagaba por ellas mezclándose con los estibadores del puerto y con los obreros de las fábricas del extrarradio, y frecuentaba las sórdidas tabernas donde solo servían vodka, cerveza o té. En los últimos tiempos, sin embargo, siempre vivió en la parte oeste de la ciudad, en la esquina del canal Priazhka, no lejos de la zona donde abundaban los restaurantes zíngaros, para él los lugares más agradables del mundo y donde también se refugiaba asiduamente.

Ya había estado allí antes, un domingo de invierno al mediodía. Todo estaba silencioso entonces, y el barrio tenía un aspecto casi campestre: el río Priazhka, los verdes ribazos, las fábricas, las casuchas, la hierba creciendo entre los adoquines... El caserón al que me dirigía era viejo y destartado. Se entraba por la puerta de carruajes y luego en el patio trasero había que subir una gran escalinata, hasta llegar al cuarto piso. Desde la habitación del poeta, la vista era muy hermosa: por encima de los inmensos varaderos bálticos, se divisaba el convento de San Sergio, las lejanas iglesias de la isla Gutuiev, los altos mástiles erigiéndose en el mar cercano, y el Neva, majestuoso, precipitándose hacia el golfo. En las ventanas, solo hielo. Y un sol frambuesa rasgando el humo denso y azulado. Nunca olvidaré nuestra conversación, los serenos

ojos del poeta, el mediodía brumoso desde la alta casa gris.

Esa tarde de agosto, en el barrio, el olor portuario seguía impregnándolo todo, las campanas del convento repicaban y a orillas del Priazhka había cierta animación, con niños y jóvenes bañándose. Entré en el caserón, subí hasta el cuarto piso y al llegar encontré la puerta entornada. Empujé suavemente. El vestíbulo, pese a la hora, parecía en penumbra, sombrío. Pasé junto al despacho, que quedaba a mano derecha, y me detuve en el umbral de una habitación casi cuadrada, de la que habían desalojado todos los muebles. Alineado a la izquierda, solo quedaba un estrecho armario de puertas acristaladas que hacía las veces de biblioteca, y en el cual se distinguían con claridad los lomos de los libros. En la estancia ardían dos o tres velas, aunque los rayos del sol aún bailaban en los cristales del ventanal, desde donde se divisaban las verdes riberas del Priazhka. Deposité las azucenas sobre el lecho y después me retiré a un rincón, donde permanecí un buen rato observando a Blok. Tenía el cabello más oscuro, las mejillas chupadas y los ojos hundidos en las cuencas. La nariz destacaba poderosamente en aquel rostro ensombrecido por la barba. Ya no quedaba nada de él. Nada. Era una figura desconocida, un cadáver que yacía allí, con las manos y los pies juntos, y el mentón apoyado en el pecho. La muerte pesaba en todo él: en las sienes, que aún revelaban el sufrimiento último; en los párpados, semejantes a un telón bajado. Allí, junto al féretro, me pregunté: ¿quién será el siguiente? ¿Volveré pronto a estar así, de pie, mirando fijamente al que acaba de partir?

Poco a poco la sala se fue llenando. Yo apenas conocía a nadie. Al cabo de unos minutos, entró el pintor Yuri Ánnenkov, seguido de Alexandra Andréievna, la madre del poeta, y de Liubov Dmítrievna, la esposa. Alexandra, muy menuda, con su naricilla enrojecida, no parecía ver a nadie. Aquel recogido silencio solo fue roto por la llegada del sacerdote, que entró en la estancia acompañado del diácono. El rosario ya había empezado cuando vi llegar a Kornéi Chukovski, el padre de Lidia, y a Evgueni Zamiatin. En total seríamos una docena de personas. Unos se situaron a ambos lados del cuerpo yaciente, otros en el hueco que quedaba entre el armario de los libros y la ventana, y los demás junto a la puerta.

El funeral tuvo lugar el miércoles 10 de agosto. Fui con mi amiga Olga Sudeikina. Cuando llegamos al caserón, Andréi Biely bajaba la escalinata. ¡Me alegró tanto verlo allí, Marina, acompañando a su amigo en el último adiós, pese a los desencuentros y las disputas que los habían separado en años recientes! ¡Es tan importante poder despedirse, ser la persona más cercana en el supremo momento de la partida, y estar allí después, *al borde...*! Siempre lamenté no haber podido velarte, Marina. Y puedo comprender tu tristeza por haberte perdido el gran encuentro con Blok que durante toda tu vida anhelaste. Por eso te cuento todos estos detalles. Y también has de saber que fue una de las pocas veces de mi vida que lloré en público.

Junto con Piast, Zamiatin y algunos más, Andréi Biely portó el féretro a hombros. Liubov Dmítrievna sostenía a Alexandra Andréievna del brazo. Siguiendo la tradición rusa, un canto melodioso y vibrante se elevó en el momento de ponerse en marcha el cortejo. En el templo, el coro del Teatro Mariinski cantó fragmentos del *Réquiem* de Rajmáninov y de la *Liturgia de san Juan Crisóstomo* de Chaikovski. Al salir, en la calle ya se había congregado una multitud que iba en aumento. La gente vestía de negro y desfilaba con la cabeza descubierta. Seguimos a orillas del Priazhka, cruzamos el Neva y después la isla Vasílievski, hasta llegar al cementerio de Smolensk. Centenares de personas avanzaban lentamente a lo largo de las calles abrasadas por un sol ardiente. Apenas se oía el ruido de los pasos en las maltrechas calzadas. El féretro se balanceaba sobre los hombros de los portadores. El coche fúnebre vacío traqueteaba sobre los adoquines. La circulación quedó interrumpida. Soplaban un viento cálido, del golfo, y seguíamos

avanzando. Seguramente, entre la multitud que formaba el cortejo, no había una sola persona que no pensara, aunque fuera por un instante, que ese verano no solo había muerto Blok, sino también la ciudad que tanta influencia había ejercido en él y en la historia de todo un pueblo. En realidad, moría una época.

No era la primera vez aquel año que el carro de la muerte desfilaba ante mí, si bien no tardaría en regresar trayéndome más cadáveres.

A principios de ese verano de 1921, Gumiliov viajó al sur y aprovechó para visitar a mi madre y a mi hermana Ilya. Estando allí con ellas, supieron que nuestro hermano Andréi se había envenenado después de que su hijo pequeño muriera de malaria. Su esposa también lo intentó, pero cuando echaron abajo la puerta y entraron en la habitación, ella aún respiraba. Así que se salvó. Nada más regresar a Petrogrado, Nikolái corrió a traerme la espantosa noticia, que desequilibró aún más mi ya precario estado de ánimo, obligándome a ingresar de nuevo en julio, durante dos semanas, en un sanatorio de Diétskoye Seló, que así pasó a llamarse mi querida ciudad, por entonces un lugar casi irreconocible, hasta el punto de que ni una sola vez salí a pasear por los jardines y los parques, que en verano desplegaban todo su esplendor.

La tarde en que Gumiliov ofició como heraldo de la muerte, ninguno de los dos sabía que a él ya le estaba rondando muy de cerca. De lo contrario, quizás no nos hubiéramos enzarzado en otra de nuestras agrias disputas. Quizás.

A Nikolái lo arrestaron la madrugada del miércoles 3 de agosto, pero aún tardé unos días en saberlo. De hecho, lo supe tras el funeral de Blok. Nada más enterarse, sus amigos fueron al cuartel general de la Cheka para averiguar los cargos que se le imputaban, pero les dijeron que debían esperar al menos una semana hasta tener noticias. Por lo visto, el propio director de la Cheka estaba implicado en la llamada conspiración Tagántsev, en la que también habría participado Gumiliov. La verdad sobre el supuesto complot aún tardaría años en saberse, pero todo indica que fue una maniobra urdida a consecuencia de la rebelión en la fortaleza de Kronstadt, cuando los marineros de la base naval de la isla de Kotlin —donde se hallaba dicha fortaleza—, que inicialmente habían apoyado la Revolución, se alzaron contra los bolcheviques. Al poco su insurrección fue brutalmente aplastada.

El suceso representó una gran oportunidad para acabar de raíz con la oposición al Gobierno, así que a la rebelión le siguió una ola de terror que incluyó arrestos, torturas y ejecuciones. Para preparar a la opinión pública frente a lo que se avecinaba, los propagandistas soviéticos se inventaron una conspiración antibolchevique internacional que airearon a bombo y platillo. El supuesto cerebro de la misma era Vladímir Tagántsev, un joven profesor de Geografía de la Universidad de Petrogrado experto en glaciares, a quien no le interesaba nada la política. Simplemente habían encontrado su nombre, junto a otros muchos, en la agenda de un espía asesinado en la frontera finlandesa, y eso bastó para señalarlo como el autor intelectual del plan que aspiraba a derrocar al Gobierno, con conexiones que hundían sus raíces en las filas de la *intelligentsia* de Petrogrado.

A finales de mayo, apenas una semana después del aplastamiento de la rebelión, arrestaron al joven profesor y lo acusaron de alta traición, encerrándolo en una cárcel de la Cheka en el régimen que puedes imaginar. Intentó suicidarse, pero lo descubrieron a tiempo. Poco después le ofrecieron un trato: indulgencia para él e inmunidad para los cabecillas. Tagántsev aceptó y largó unos cuantos nombres: los de algunos de sus conocidos y los de otras personas de las que había oído hablar y más o menos le sonaban. A saber si no fueron los propios chekistas quienes confeccionaron la lista, que incluía a gran parte de la élite intelectual de Petrogrado, hombres y mujeres de los que sospechaban que no eran leales o afectos a la Revolución.

Un día recibí carta de Shileiko, que por entonces residía en la capital, diciendo que corrían rumores de que Gumiliov había sido trasladado a Moscú. Partí hacia allí de inmediato para interesarme por el padre de mi hijo, e incluso esperarlo cuando saliera, porque me dijeron que ese traslado daba a entender que lo soltarían pronto. Pero no fue así. A Nikolái lo sometieron a cuatro interrogatorios, sin conseguir que delatara a ninguno de los conspiradores. En consecuencia, lo declararon enemigo del pueblo y lo condenaron a muerte. Máximo Gorki hizo algunas gestiones e intervino en su favor, aunque sin éxito.

Regresé a Petrogrado. El viejo vagón de tercera clase iba abarrotado de todo tipo de gentes cargadas con sacos y enseres: multitudes que iban de aquí para allá gritando, maldiciendo, blasfemando, insultando... Era la estampa habitual aquellos años. Apenas llevaba equipaje y enseguida conseguí hacerme un hueco en el pasillo, en un rincón al lado de la puerta. Luego encontré un asiento junto al compartimento de servicio. Había tantos fumadores en el vagón que todo estaba medio oculto tras un velo fantasmal. Volutas de humo azuladas se retorcían alrededor de las luces parpadeantes del techo. Comencé a mirar por la ventana, aunque me sabía de memoria todos los detalles del paisaje. El traqueteo rítmico del convoy me hacía adormecer.

De pronto, inesperadamente, como me sucedía siempre, sentí la aproximación de unas estrofas. Sentí también un irresistible deseo de fumar. Comprendí que sin el cigarrillo no podría hacer nada. Busqué en la cartera y encontré un triste Safo. Salí a la plataforma, donde dos jóvenes del Ejército Rojo despotricaban contra todo lo humano y lo divino. No tenía fósforos y ellos tampoco. Las chispas al rojo vivo que lanzaba la locomotora caían sobre la baranda del estribo y acerqué mi cigarrillo a ellas y este se encendió con la tercera. Los jóvenes habían observado expectantes la maniobra y se quedaron maravillados ante el prodigio. Aún hay clases, pensé.

Con las primeras bocanadas, llegaron los versos: *No estarás entre los vivos*, decía uno de ellos ¿Era una premonición?

Regresé adentro. El tren acababa de pasar por Klin. Al poco oí al revisor decirle a alguien que estábamos en Bologoye y después me quedé profundamente dormida. Cuando desperté, amanecía. De pronto, los pasajeros empezaron a moverse. Miré a mi alrededor. Al otro lado de la ventanilla, vi las vías, las columnas de humo, las paredes rojas de los depósitos del ferrocarril, algunos trenes verdes y azules, y una hilera de locomotoras. Estábamos llegando a Petrogrado. El tren empezó a aminorar la marcha.

Nada más apearme, compré un periódico en la estación. Allí estaba la noticia: Gumiliov fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento el 25 de agosto de 1922, en el bosque Kovalevski, situado a las afueras de la ciudad, junto con otros setenta y un condenados. *El terror todo lo manosea en la oscuridad*.

No nos dijeron dónde habían enterrado a Nikolái. Solo lo supe al cabo de diez años. Nos permitieron celebrar un oficio de difuntos en la catedral de Nuestra Señora de Kazán, y al terminar todos los asistentes me daban a mí el pésame, en vez de dirigirse a la entonces esposa de Nikolái. Luego recibí un aluvión de cartas procedentes de todos los rincones de Rusia, y me entristeció mucho pensar que Gumiliov no había tenido ocasión de saber cuántos lectores amaban su poesía.

Aquel otoño de mi viudez volví a escribir versos que lamentaban la desgracia que llevé a los seres amados y cómo mis palabras presagiaron cada una de sus muertes. También canté que había sido dulce y apacible estar con él, y que aún lo sentía cerca de mi corazón.

¡Anno Domini MCMXXI! Es el libro donde reuní los poemas que iba escribiendo esos años y que creo que es uno de los mejores. Algunos versos de ese tomito van ahora diseminados en estas páginas. Es el último que me dejaron publicar en esa época, pero algunas de sus composiciones son bastante anteriores, pues entonces raras veces me visitaba la musa.

Algo debía de haber en el aire, y no fue casualidad que tres poetas enmudeciésemos casi al mismo tiempo: Ossip, Borís y yo. Mandelstam fue el primero en callar. En Pasternak, el silencio se prolongó a lo largo de una década durante la cual vivió por inercia, como un cadáver moral. En cuanto a mí, sentía el corazón cerrado y mi musa, ciega y sorda, se pudría en la tierra ennegrecida. Todo olía a sombra. Acababa una época. Ahora, Rusia avanzaba hacia otros horizontes. Durante años vivimos en un silencio inquebrantable, una especie de luto oral. Nadie hablaba. Apenas unos murmullos sordos, residuos del insomnio. Guardábamos silencio en la Casa Muruzi, en la Casa de los Escritores y en la Casa de las Artes. Todo el mundo callaba y esperaba, agazapado en su madriguera. Yo no volví a escribir versos hasta muchísimo tiempo después. *Anno Domini MCMXXI* es en realidad una recopilación de poemas pertenecientes a mis libros anteriores, aunque también incluye algunos nuevos que, sin embargo, no llegaron a conocerse en Rusia: el libro apareció en Berlín, en 1923.

La calumnia, acechante, me perseguía por las calles de una ciudad muerta donde yo buscaba pan y techo, y ya no iba a abandonarme en mucho tiempo. Ni siquiera al dormir dejaba de resonar aquella voz que me difamaba con mentiras y ofensas nunca cometidas, y propagaba el miedo o la traición. Era el preludio de una feroz campaña que me condujo al ostracismo tras la prohibición total de mi obra. El proceso fue gradual: empezaron por dejar de publicar mis poemas en las revistas y anuarios, después ya no me invitaban a participar en veladas ni lecturas, luego me expulsaron de la Unión de Escritores y, finalmente, ordenaron: No arrestar, pero tampoco imprimir.

Fue la primera vez que viví mi muerte oficial. Tenía treinta y cinco años.

Mis amigos volvieron a recordarme la necesidad de abandonar Rusia. A fin de cuentas, a todos los efectos ya era una exiliada interior. Yo les replicaba con las palabras que ya conoces, Marina. Y con este poema: *Siento la misma lástima por un exiliado que por un enfermo o un prisionero. El camino del que huye siempre es oscuro. El pan de otros lugares tiene un regusto amargo. Aquí, entre el humo cegador de los incendios, se consume el resto de nuestra juventud. Pero no hemos de esquivar ni uno solo de los golpes que arrecian sobre nosotros, pues sabemos que, en el recuento final, cada una de estas horas estará justificada. No hay en el mundo gente menos proclive al llanto que nosotros, ni más sencilla, ni más orgullosa.*

Quien más insistía era Arthur Lurie, que se marchaba con su esposa Olga. Esa partida no me entristeció tanto como la de Anrep, de modo que cuando me dijo que se iba, me tomé la noticia con aparente aplomo, mostrando una completa indiferencia. Eso le dolió, sin duda, aunque en realidad me porté de ese modo porque así todo resultaría más fácil. No ocultaré que hubo más razones que pesaron en mi decisión. Por un lado, mi hijo Lev. Por otro, la relación con Nikolái Punin.

Yo fui la única responsable del nuevo círculo infernal que viví en compañía de Nikolái Punin, un verdadero *descensus ad inferos*. Y cuando digo *yo*, me refiero a mis debilidades y carencias, tanto físicas como espirituales, que no mencionaré de nuevo porque bastante he hablado ya de

ellas en estas páginas, de toda esa cadena de infortunios que fueron lastrando mi vida robándome alegrías, y que nada cambiaron a lo largo de los años salvo en intensidad y frecuencia. No me explico por qué he tropezado tantas veces en la misma piedra. ¿Será porque los poetas somos de naturaleza lisonjera y siempre estamos sedientos de grandeza, como los reyes? ¿Es la lisonja el resultado del encanto de la persona a quien se dirige o es solo otra máscara de la hipocresía? Extraña, hermosa, pálida, inmortal, mística... Así me describía Punin en sus *Diarios*, cuando aún no nos tratábamos. El caso es que en los peores momentos de mi vida con Shileiko la aparición de Punin, sus adulaciones y su galantería, me hicieron sentirme seducida y aun querida. ¡Quién fuera una amazona como tú, Marina! ¡Quién pudiera resistir los cantos de sirena, hacer oídos sordos a palabras tiernas y dulces pero falsas, anclarse en tierra firme y no cruzar a la otra orilla!

¡Y cuánto sarcasmo puede esconder el destino, amiga querida! Punin no solo compartía con Gumiliov el nombre, sino que como él estuvo prisionero en la cárcel de Depzit aquel fatídico agosto, aunque a él lo liberaron al cabo de un mes. Al año siguiente, menudearon los encuentros entre nosotros, cada vez más estrechos pese a que yo me veía con Zimmerman y oficialmente todavía era la esposa de Shileiko. Punin estaba casado con Anna Ahrens y acababa de nacer su hija Irina, aunque había mantenido otras relaciones extramatrimoniales, entre ellas un *affaire* con la célebre Lilia Brik, incluso durante el *ménage à trois* que vivían ella, su marido y Maiakovski. No era un escenario tranquilo ni fácil el que teníamos, pero la pasión crecía, dominándonos. Una pasión cada vez más atormentada. Punin estaba obsesionado con triunfar y llegar a ser alguien en el panorama artístico, con prolongar el pasajero brillo de su juventud en las filas del futurismo ruso. Y aunque yo ya no daba recitales ni publicaba poemas, a menudo se sentía amargado y asfixiado junto a mí, como si fuese la misma muerte quien lo abrazaba y besaba. Aun así, él amaba mis ademanes gráciles, la línea de mi cuerpo, mi aire de reina. Y por encima de todo adoraba mi rostro, que consideraba dulce pese a las mejillas huesudas, la frente ancha y despejada o el sombrío pliegue de mis labios cuando sonreía.

¡Ah, las lisonjas! ¿Cómo no leer en ellas el preludio de los celos, que se desataron con una furia que ya creía olvidada? ¿Y cómo no ver que estos anunciaban el desprecio y las humillaciones? En febrero de 1924 terminé el poema «La mujer de Lot». En él imagino que una voz interior la tienta para que reflexione y medite en la ciudad que está dejando atrás: *Aún no es demasiado tarde, aún puedes mirar las torres rojas de tu Sodoma natal, la plaza en la que cantabas, el patio en el que hilabas, y las ventanas vacías de la casona alta en la que diste hijos a tu amado esposo*. Cuando se convierte en una estatua de sal y sus piernas quedan enraizadas en la tierra, me apiado de ella: *¿Quién llorará ahora a esta mujer? ¿Acaso su pérdida no significa nada? Tan solo mi corazón no olvidará jamás a la que dio su vida por una mirada*.

Fue un acto de expiación, una especie de catarsis que barrió la suciedad, y durante la primavera y el verano de 1925, Punin y yo vivimos una prolongada epifanía que me llevó a aceptar su ofrecimiento de irme a vivir con él al palacio Sheremetev, a la casa de la Fontanka donde también residían su mujer y su hija.

Desde el principio intenté ganarme el aprecio y la amistad de Anna Ahrens, pero ella fue muy reacia, comportándose de un modo esquivo: llegó incluso a cambiar su horario de trabajo en la clínica para no coincidir conmigo en casa por las noches. Hasta entonces había tolerado bien los amoríos de su marido, pero a mí no me soportaba. Supuestamente yo era una rival implacable y egoísta, dispuesta a adueñarme por completo de Punin y tenerlo solo para mí. Deducir semejante pretensión era absurdo, ya que se trataba de algo mucho más elemental y simple. Sin duda, cegada por los celos, no supo interpretar lo que en realidad estaba sucediendo.

Como ya me había ocurrido antes con Shileiko y su vasta erudición sobre la Antigüedad, ahora volvía a descubrir un mundo casi ignoto para mí, y además volvía a sentirme útil. De nuevo había encontrado un hombre brillante al que podía ayudar en sus trabajos: le traduje del francés los textos teóricos de Cézanne, fragmentos de un libro sobre Ingres que necesitaba para preparar una conferencia, y... Bueno, no se trata de aburrir. Te diré que Nikolái me dejaba incluso escribir en sus *Diarios*, añadiendo comentarios personales a sus anotaciones y también redactando alguna breve entrada como esta: «Acabamos de volver de las islas. Paz y silencio ¿en qué devendrán? Estuve nadando detrás del club náutico. Me sacó una foto. Todo el día juntos, azotados por el viento».

La complicidad era absoluta, pero fue breve. Punin se quejaba de que yo no le dejaba trabajar, olvidando que a su vez él también me lo impedía. El ambiente se iba enrareciendo día a día, especialmente después de negarme a comer y cenar todos juntos a la misma mesa: Anna Ahrens, Irina, él y yo, tocándome a mí representar el papel de madrastra. La sola idea de algo así me repugnaba, por no mentar toda la insania que encubría, pues era consciente de que Punin intentaba reproducir la situación que él mismo había vivido durante su infancia.

No rehusé ocuparme de las tareas domésticas e intenté ser una buena madre para Irina, cuidándola mientras la suya estaba fuera trabajando, ayudándola con las tareas escolares y también enseñándole francés. Aun así, Punin empezó a decir que yo era una vaga, que nunca hacía nada y que siempre fingía estar enferma. Y peor aún, lo decía delante de la gente, incluso en presencia del joven Pavel Lutnitsky, uno de esos soplones que se había acercado a mí con el pretexto de escribir una tesis sobre Gumilióv y que siempre estaba tomando nota de todo. Yo no estaba preparada para semejante ofensiva, ni mucho menos para soportar el carácter mandón y egoísta de Nikolái, tal vez necesitado como siempre de reforzarse ante mí. Fueron muchas las humillaciones, algunas verdaderamente pueriles, burdas rabietas o torpes pataletas que no vale la pena detallar. Me sentía defraudada y vencida, pero era incapaz de reaccionar. Aún tardaría unos cuantos años en hacerlo, pues por entonces mi salud empeoró: a la tuberculosis casi crónica se sumaron problemas cardíacos y la enfermedad de Ménière, una dolencia del oído interno que trastorna el sentido del equilibrio produciendo vértigo, náuseas y vómitos. Seguí viviendo en su casa, aunque vencida y con las alas recortadas.

La guerra entre Punin y yo duró quince años. Cuando por fin pude volver a escribir, hablé de cómo me fui alejando de él, con orgullo mas también con pesar: *Brindo por la casa destruida, por esta vida mía atroz, por la soledad entre ambos y también por ti: por la mentira de esos labios traidores, por el frío de esos ojos letales, por este mundo embrutecido y cruento, por lo que Dios no salvó.*

Son los versos de «El último brindis», el poema que le dediqué.

Punin y Pasternak entraron en mi vida cuando otros desaparecían camino del exilio, como tú. Abandonaron Rusia Makovski, el director de la revista *Apolo*, Viacheslav Ivánov, Jodásevich, Nina Berberova, Iván Bunin, Zinaída Guippius, Alekséi Tolstói... Otros partieron camino de la muerte.

¿Qué pudo llevar a Serguéi Esenin a suicidarse? No lo traté mucho, nunca fuimos amigos aunque sí mantuve un encuentro con él, poco después de tu viaje a San Petersburgo en 1916. Le había mandado el poema «A orillas del mar», que recorté directamente de un ejemplar de la revista *Apolo*, y al acusar recibo manifestó su interés en conocerme personalmente, lo cual me halagó

mucho, pues por entonces Esenin ya era toda una celebridad. No guardo un recuerdo claro de nuestra cita, pero sé que lo recibí con amabilidad y cortesía, aunque nunca me hicieron mucha gracia sus fanfarronadas, por no hablar de su carácter arisco y agrio, sus toscos modales campesinos, que, para más inri, casi siempre gustaba de exagerar por si nosotros, los señoritos, no advertíamos su *linaje* popular.

Sin embargo, algo de mí le decepcionó. Es cierto que yo aún no estaba totalmente recobrada de la tuberculosis que me obligó a ingresar en el sanatorio precisamente cuando tú viniste a San Petersburgo y anhelabas conocerme, así que quizás en algún momento del encuentro estuve apagada o apática. El caso es que en cuanto tuvo ocasión me comentó que yo era completamente distinta de mi poesía, pero sin explicarme qué era lo que en verdad le disgustaba de mí.

Cuando acabó colgándose de una tubería en su cuarto del Hotel Anglaterrre de Leningrado, el 27 de diciembre de 1925, pensé que en Serguei Esenin habían anidado los primeros microbios de una peste psicológica que acabaría infectando y pudriendo a tantos espíritus ingenuos o primitivos, inflamados de consignas y falsas profecías, y que demasiado pronto descubrieron la verdad: *Morir no es nada nuevo, pero vivir tampoco lo es*. Dos versos publicados al día siguiente de su muerte, dos versos cargados de veneno y que entrañaban peligro porque en su sencillez había una declaración capciosa. Hay que anularlos, se ordenó. ¿Cómo? Con otros versos.

Se dio la consigna oficial de escribir contra la muerte de Esenin, y se publicaron cientos de prosas y poemas. Hasta el mismo Bujarin se implicó en aquella campaña contra el *eseninismo*, que calificó de obscenidad repugnantemente sazónada y chabacanamente pintada, donde la vasta naturaleza rusa no era más que sentimentalismo y purpurina. Lo que necesitamos es literatura para la gente sana y fuerte que desfila por la vida real, valientes constructores que conocen la realidad y sienten repugnancia por la podredumbre, el moho, la morbidez, las lágrimas ebrias, la debilidad, el engreimiento y la estupidez santurrón... Así decían las «Notas airadas» que en aquella ocasión escribió Bujarin. A Maiakovski todo eso le pareció manido, falso e inútil: «Preferible es morir de vodka que de aburrimiento», fue su despectivo comentario, tan antipolítico. Y se puso a trabajar por su cuenta. El resultado fue un poema dedicado a Esenin que terminaba con otra declaración de principios, casi un desafío: *Morir es fácil, construir vida es difícil*. Una afirmación que habría de volverse contra él pero que, considerando el concentrado esfuerzo que supuso su cristalización, acreditaba, frente a un tema peligroso, la tónica de su postura moral.

Sí, Maiakovski, en su fondo más íntimo, era uno de los nuestros. Cuando en Moscú corrió el rumor de que yo me había suicidado, quizás a causa del triste final de mi hermano o por la ejecución de Gumiliov, tengo entendido que fue él quien se las ingenió como pudo, echando mano de conocidos y amigos, y usando todos sus contactos y recursos para averiguar la verdad y asegurarnos que tan funestos rumores carecían de fundamento. ¿Por eso lo llamaste arcángel y cantor de milagros en el poema que le dedicaste poco después?

En 1930 Vladímir iba a cumplir treinta y cinco años. Su prestigio era colosal. El público se sentía ligado a él por un doble vínculo de admiración y fraternidad. Sus recitales en los teatros o en las mismas fábricas, entre máquinas paradas que parecían descansar para escucharlo, creaban un ambiente de emoción y exaltación extremas, fruto de sus tres grandes dones: presencia, voz y versos. ¡Un supremo delirio! En 1930 seguía trabajando frenéticamente: componía poemas, estrenaba obras de teatro, organizaba veladas y exposiciones con sus famosos cartelones de

propaganda porque creía que, en tiempos revolucionarios, el artista era un obrero más cuya tarea consistía en producir producir producir..., trabajar trabajar trabajar.

De pronto, el 14 de abril, cuando despunta la primavera y el deshielo embarra las calles y sentimos cómo la naturaleza se remueve en lo profundo de sus raíces, suena un disparo que paraliza un corazón: Maiakovski se ha matado. Consternación general. ¿Qué pasaba? No hay palabras para describir tanta extrañeza y perplejidad. Porque su muerte no era un suicidio más: era un derrumbamiento. Vladímir vivía el socialismo en cuerpo y alma; otros, en consignas y fórmulas. Y no aceptaba que los poetas oficiales, condescendientes, o como haciéndole un favor, lo considerasen un simple compañero de viaje, pues era él quien abría el camino. Sois vosotros mis acompañantes y no al revés, vino a decirles. Al final sucumbió a la soledad que acecha al artista genuino, incapaz de soportar el mezquino ambiente que lo rodeaba, aquellos viveros de poetas oficiales completamente toscos y superfluos donde ya empezaban a gestarse calumnias y campañas contra él. «Se me han atribuido tantas fechorías y acusado de tantos pecados, verdaderos o falsos, que a veces me invade el deseo de partir no importa dónde con tal de no seguir oyendo esos gritos y esas injurias», había dicho apenas dos semanas antes de su fatídico disparo. Creo que su ideario social no flaqueó ni un solo momento, el ideal que conduciría a una vida nueva, hermosa y plena de esperanza. Pero si no su moral, su sistema nervioso sí estaba quebrantado porque sus preocupaciones apuntaban más hondo. «Olvidan que, aparte de la revolución, están los hombres que la hacen», lamentaba, refiriéndose al corazón, a los sentimientos, al fondo personal. Y Vladímir no era feliz. ¿A causa de Lily Brik? No lo creo. La última frase de su nota de despedida —*La barca del amor ha chocado contra la vida corriente*— debe interpretarse en un sentido absoluto, según la más genuina herencia romántica, entendida no como escuela, sino como linaje.

Puede que suene a despropósito calificar a Maiakovski de poeta romántico, pero no es así. Toda su conducta lo proclama. Su vida entera, desde el principio hasta el final. Y también su noción del papel que cumplía ejercer a los poetas, que no solo eran rapsodas de acontecimientos memorables, sino también abanderados de una causa eterna: la felicidad, la alegría. ¿No te sorprende que en esa breve nota proclamase «¡Sed dichosos!»? ¿Qué quería decir?

No lo sé, no lo sé... Quizás te escandalice la siguiente afirmación, que me cuesta mucho formular ante ti, Marina, a qué negarlo. Pero te confieso que siempre he creído que la verdadera motivación de un suicidio —suponiendo que la haya: que haya una sola motivación— no suele ser la que sospechamos. Ni tampoco la que le atribuimos al propio suicida. ¡Ojalá pudieras contestarme, amiga mía del alma! Como en tu caso, también en la obra de Maiakovski la idea del suicidio aparece con una llamativa frecuencia si leemos con atención. Una y otra vez, en muchos versos: *Y el corazón salta hacia la bala y la garganta añora la navaja... El yo se ha hecho pequeño para mí... En mi pecho alguien se empeña por abrirse camino...* Pasternak me contó que, al tener noticia de lo sucedido, se acercó a verlo por última vez en su lecho de muerte: yacía de costado, con el rostro vuelto hacia la pared, cubierto con una sábana hasta la barbilla, la boca entreabierta como si estuviera dormido. Dándonos la espalda orgullosamente a todos, parecía tender obstinado hacia algo lejano, como si tratara de irse, de marcharse a alguna parte. Su rostro, en ese momento, lo devolvía al tiempo de la juventud, cuando a sus veintidós años se sentía hermoso, sin que la muerte hubiera logrado apresarle entre sus garras ni deformarlo. Su rostro tenía la expresión con la que se comienza la vida, no con la que se acaba. A fin de cuentas, él también era un poeta de signo solar.

Mas el astro tiene su cénit y su nadir: el sol de medianoche, ese que llega cuando la tierra se

cubre de tinieblas.

Creo que a Maiakovski lo mató la certeza de haber vivido una profunda traición.

Con este revuelo de recuerdos, no puedo menos que pensar que aquellos años nos hicieron expertos en despedidas. Y aunque jamás logramos saber qué nos aguardaba tras la siguiente, al menos aprendimos a soportarlas. Tú más que nadie, Marina. Cuando me llegó tu libro *La separación*, pasé varias noches desvelada por el poder de su encanto, cautiva en la alada melodía de sus versos. Me sentí flotar sobre las aguas de ese río que describes con la imagen de un nadador que a brazadas separa las orillas y abre un cauce para sí y crea con su propio movimiento una corriente. No es un libro, pensé. Es una canción: la más pura de cuantas he oído. Es la voz misma de la añoranza por todo lo perdido, por tanta distancia.

Afirmaste que en tu vida lo habías amado todo más por el adiós que por el encuentro; por la separación y no por la unión. Pero sabes bien que casi nunca son voluntarias las partidas, Marina. Y que acarrearán dolor. Porque las despedidas y las separaciones traen desgarró y entrañan pérdidas. Y aunque es verdad que el alma crece con todo, yo hubiera querido algo más de sosiego para la mía. Ya sé que pensabas que no importa de quién nos alejemos ni a quién nos acerquemos —ni de qué o a qué—, pues siempre llevaremos auestas nuestras sombras, que jamás nos abandonan. Y también sé que tú, mucho más que yo, con el tiempo te acostumbraste a la separación, que ya fue para ti solo costumbre. Como si te hubieras instalado en ella sin temer el peligro del regreso porque nuestra generación no tenía a dónde volver.

Desde un principio, Mandelstam vio en mi obra el desarrollo del desprendimiento, y quizás no le faltaba razón. Hay un nomadismo impenitente en mis versos, fruto sin duda de la herencia rusa, que algunos achacan al escalofrío de la nostalgia o atribuyen al intenso amor por la naturaleza, una pasión que afinó la sensibilidad de nuestros escritores y forjó su prodigiosa habilidad para cantar los paisajes. Y sí, es cierto que en mis versos hay una fijación: la imagen del camino. A veces el deambular transcurre por el sendero de un campo donde las flores destilan sus aromas. Otras, los pasos se adentran en los bosques sombríos, y alguna vez me deslizo por escarpadas sendas pedregosas que se despeñan ladera abajo. Una tarde en la ciudad que amo con un amor amargo, apareció un joven que me mostró el camino radiante por donde mi musa triste me guiaba como a un ciego. Y soñé que así podría ser la vida: pasear, besarse, envejecer... sin sentir el tiempo, que flotaría ligero sobre nosotros, igual que suaves y delicados copos de nieve.

Fue solo un espejismo. O acaso un sueño: aquella hermosa caminata no tuvo regreso ni retorno. A menudo fueron caminos negros los que recorrí: saturados de angustia porque yo era una desconocida, una completa extraña para el que iba a mi lado, sin amarme. Ahora, cuando la nieve alfombra los campos y en los bosques braman los ciervos y los árboles se revisten de escarcha, en la niebla blanca del camino presiento la cercana visita de la muerte.

Una de las escasas alegrías de entonces fue conocer a Borís Pasternak, *mon frère, mon ami*. Él vino a restañar heridas y ausencias, y a fortalecerme, pues en el tupido ramaje de la amistad es donde la cultura construye sus nidos e incuba sus polluelos, que nacen en el silencio del trabajo cotidiano y se nutren de la fraternidad. Del amor entre hombre y mujer, nacen los hijos. Del calor que irradia la amistad, del coloquio y las confidencias compartidas a lo largo de una vida, nacen las obras: hijos espirituales. Del recuerdo de vosotros, de todas nuestras esperanzas y anhelos, brota una extraña mezcla de alegría y dolor.

Borís nunca dejó de acudir en socorro de cuantos lo necesitaron. El 17 de abril de 1926 recibí una carta suya donde me comunicaba que tenía a mi disposición una cantidad de dinero por haberme incluido en la antología *Poesía rusa del siglo xx*. ¿La conoces? No puedo imaginarme que no sea así, porque entonces Borís y tú vivíais una arrebatada pasión, aunque tan lejos el uno del otro. Me lo contó aquellos días aciagos de Chístopol. Me contó cómo en el verano de 1926 te le apareciste en un sueño feliz, transparente, infinito. En el sueño, y también en la realidad de la pared y del suelo y del techo de la alcoba, tú eras todo aquello a lo que se dirige el poeta durante su vida entera, sin esperanza de escuchar respuesta alguna: una grande y enamorada adoración.

Si pasaba por Leningrado, jamás dejaba de venir a verme, a pesar de que en esa época yo era una maldita, y la mayoría de mis falsos amigos o simples conocidos eran capaces de dar un rodeo con tal de evitar cruzarse conmigo en la calle. Pasternak me visitó incluso en 1935, cuando tan vigilado estaba, al regresar del Congreso Internacional de Escritores contra el fascismo que se celebró en París. Entonces me contó con gran pesar que no había podido verte. Antes de irse, me dejó mil rublos debajo del diván. Después consiguió que me hicieran algunos encargos para ir trampeando: un ensayo sobre Pushkin, algunas traducciones, cosas así. Acudí a él durante mis numerosos viajes a Moscú, cuando detuvieron a Mandelstam y a Punin y a mi hijo Lev. Y luego viajamos juntos a Chístopol, pero ya sabes que yo apenas permanecí allí. Enseguida me fui a Taskent, donde pasé toda la guerra. Después, aunque hube de reanudar mis viajes a Moscú, apenas tuve ya ocasión de verlo porque Borís pasaba cada vez más tiempo en la dacha de Peredélkino, hasta abandonar definitivamente la ciudad. Allí encontró cierta paz. Allí acabó la asfixia, como le llamaba a la larga época en que no podía escribir ni un triste verso. Y fue allí también donde escribió una extraordinaria novela, *El doctor Zhivago*, que publicó en el extranjero en 1957, y por la que al año siguiente le dieron el premio Nobel, aunque lo obligaron a renunciar a él. En Peredélkino, Borís se encontró con la naturaleza, su única y verdadera musa. Cuando supe que estaba muy enfermo, fui a visitarlo y pude despedirme de él. Todavía hace poco escribí estos versos a la muerte del poeta: *Ayer se extinguió la voz irrepertible, nos abandonó el interlocutor de los bosques. Se transformó en espiga que da vida o en la dulce lluvia que él había cantado. Y todas las flores que hay en el mundo florecieron para acoger su muerte. Mas se quedó silencioso el planeta que lleva nombre modesto... Tierra.*

Alguna vez llegué a pensar que la aparición de Pasternak fue providencial, pues Borís vino a cubrir la ausencia de Mandelstam. En el verano de 1924, tras una larga temporada en Crimea, Ossip se presentó en la Fontanka acompañado de su joven esposa Nadia, una verdadera *ladie, mais charmante*, como dicen los franceses. Desde entonces, mi amistad con Nadia fue inquebrantable y dura hasta hoy. Viví con ellos en un pasillo del sanatorio Záitsev de Tsárskoye Seló, cuando Nadiezhda y yo estuvimos muy enfermas. Cada día Ossip marchaba a Leningrado para acordar algún trabajo o conseguir algo de dinero, sin lograr ninguna de las dos cosas. Así que no tardaron en marcharse a Moscú: Nadia aborrecía todo lo relacionado con nuestra ciudad y en la capital vivía su querido hermano Evgueni. Gracias a Bujarin, consiguieron un pequeño apartamento en una cooperativa de escritores. Pero yo creo que no fue una idea acertada porque, mientras en Leningrado a Mandelstam se le consideraba un gran poeta y todo el mundo literario se rendía a sus pies, allí nadie le demostró gran interés y apenas se relacionaba más que con dos o tres jóvenes científicos. Aunque bien mirado, tal vez el aislamiento y la distancia le sirvieron para escribir, pues fue entonces cuando nació *El rumor del tiempo*: ese libro precioso e

incomparable donde el San Petersburgo de 1890 aparece visto con la ingenuidad y la frescura que destellan los fulgurantes ojos de un niño de cinco años.

Durante un tiempo dejé de verlos, hasta febrero de 1933, cuando Ossip vino a Leningrado invitado a participar en dos veladas poéticas. Para entonces, había cambiado mucho físicamente: estaba entumecido, canoso, le costaba respirar, daba la impresión de ser un viejecito, aunque solo tenía cuarenta y dos años. Únicamente sus ojos brillaban como antes. Sus versos, eso sí, eran cada vez mejores. También su prosa. Acababa de aprender italiano y estaba enloquecido con Dante, recitando de memoria páginas y páginas de la *Divina Comedia*.

Aquella visita avivó mi añoranza, y siempre que conseguía reunir dinero para el billete, me escapaba a verlos a Moscú. Me instalaban en un hueco de la cocina donde colocaban un jergón y al que bautizamos con el nombre de El Santuario, pues allí recobrábamos la alegría y las risas de nuestra juventud. Una vez en que el tren llegó con retraso, Ossip se permitió observar que yo viajaba a la velocidad de Anna Karenina. Otro día en que al salir de Leningrado diluviaba y yo me enfundé un impermeable con capucha y me calcé unas botas de agua, al llegar a Moscú, donde lucía un sol radiante, me preguntó por qué me había disfrazado de buzo. Sí, siempre tenía a punto alguna ocurrencia graciosa y todavía era capaz de gastar bromas. «¿De qué nos quejamos? —decía sin disimular la ironía vibrando en su voz aflautada—, en ningún lugar del mundo la poesía goza del reconocimiento que tiene en Rusia. Aquí se fusila por ella», remataba.

La noche del 13 al 14 de mayo de 1934 lo arrestaron por primera vez. Tras una lluvia de telegramas y llamadas telefónicas, me puse en marcha hacia Moscú. En esa ocasión, para comprar el billete tuve que vender mi Orden de la Gran y Libre Cámara de los Monos... ¡Otro sarcasmo de la historia! No sé si oíste hablar de esa sociedad secreta y burlesca que fundó Alekséi Rémisov, de la que también formaban parte Alekséi Tolstói, Gumiliov y Alexandr Blok, y donde jugábamos como chiquillos. Ya ves qué paradoja: ¡tener que vender aquel recuerdo de los días felices en una de las horas más tristes de mi vida! También vendí una estatuilla que Dankó me talló en 1924, una especie de busto que después me regaló. Ambas piezas las compró Sofía Tolstáia para el Museo de la Unión de Escritores, de la que yo sería expulsada más de una vez, todo sea dicho.

La orden de arresto la había firmado el mismísimo Yagoda. El registro se prolongó durante la noche entera. Buscaban poemas, y pasaban por alto otros manuscritos que iban sacando de un baúl. Buscaban el célebre epigrama contra Stalin, conocido como «Lobo»: *Por la gloria resonante de los siglos venideros, por la tribu más alta de los hombres, he perdido mi copa en el festín paterno, he perdido mi honor y mi alegría. El siglo —perro lobo— se me echa sobre el hombro...* Pero el caso es que allí no apareció. Ossip se había cuidado muy bien de no transcribirlo al papel. Aun sabiéndolo, conteníamos el aliento. Estábamos todos juntos en la misma habitación y observábamos lo escrupulosos y metódicos que eran los chekistas.

Al terminar el registro, a las siete de la mañana, ellos y nosotros estábamos igual de cansados. Cuando se llevaron a Ossip, al despedirse me dio un beso. Ya era de día, y Nadia se fue a casa de su hermano mientras que yo me dirigí al piso de los Chulkóvy. Quedamos en vernos no recuerdo dónde. Regresamos juntas y nos sentamos a desayunar. Solas las dos en la casa devastada por el registro valorábamos todas las posibilidades y hacíamos conjeturas sobre el futuro. Pero, al mismo tiempo, casi no hablábamos. «Tienes que hacer acopio de fuerzas», le dije a Nadia. Por entonces, Lev vivía en Moscú y a menudo visitaba a los Mandelstam. Sabía que Ossip se levantaba muy temprano y, nada más despuntar el alba, se presentaba en casa del poeta para tomar el té en su compañía, antes de acudir a clase. Nadia lo adoraba: le parecía un joven

pletórico de vida y lleno de ideas que, dondequiera que estuviese, lo ponía todo en movimiento.

Aquel día, en cuanto cruzó el umbral, supo lo que había ocurrido. Al verlo, Nadiezhda se puso muy nerviosa y le ordenó que se marchara a toda prisa. Una idea obsesiva empezó a apoderarse de ella por entonces: la casa de los Mandelstam se había contaminado y era funesta para todos los propensos a la infección. La llegada de mi hijo sirvió al menos para sacarla del entumecimiento. Liova se quedó acompañando a Nadia y yo corrí a casa de Pilniak y de Pasternak.

Acto seguido, Borís marchó a interceder por nuestro amigo ante Bujarin, que al oír la noticia mudó el color del rostro. Pasternak no imaginó que fuera a emocionarse tanto. Le hizo un sinfín de preguntas, y luego Bujarin le escribió a Stalin, manifestándole la inquietud y la preocupación que sentía Borís. Stalin informó que había dado orden de que Mandelstam estuviera bien. Luego le preguntó a Pasternak por qué no había terciado: «Si un poeta amigo mío cayera en desgracia, yo saltaría muros para salvarlo. ¿Por qué no se ha dirigido a mí o a las organizaciones de escritores?», lo increpó. A lo que Borís respondió que desde 1927 estas no se ocupaban de tales asuntos. «¿Pero es amigo de usted, un buen amigo?», insistió Iósif Vissariónovich. Y, tras una larga pausa, continuó su peculiar interrogatorio: «Y dígame, ¿de verdad es un genio, un verdadero genio?». Borís vaciló unos instantes. No sabía qué decir, pero al final contestó: «Eso no tiene importancia».

El titubeo de Pasternak tenía una explicación: pensaba que Stalin, con sus rodeos y provocaciones, intentaba averiguar si él conocía los famosos versos, porque entonces la amenaza se extendería al propio Borís. Cuentan que hasta el mismísimo Yagoda, el jefe de la policía secreta, se sabía el poema de memoria y se lo recitaba muy divertido a sus subordinados. A saber si eso no fue un agravante cuando en 1938 lo condenaron a muerte. De modo que, contra los rumores que circularon, la verdadera explicación para las respuestas evasivas de nuestro querido Pasternak cuando Stalin lo sonsacaba era la precaución y el sondeo, no la cobardía.

Al regresar a casa, aconsejé a Nadiezhda que no recogiera nada ni arreglara la habitación para no levantar sospechas si volvían los chekistas, como así sucedió, aunque para entonces ya nos habíamos desprendido de algunos manuscritos y cuadernos. Por lo demás, nos dedicamos a la ocupación habitual de aquellos que tenían a sus familiares detenidos: hacíamos gestiones. Después de recorrer de punta a punta la ciudad, regresábamos rendidas a casa, abríamos una lata de maíz en grano, que costaba un rublo, y hasta la mañana siguiente. Así durante tres días.

Algún fruto dieron todas aquellas frenéticas correrías, porque al principio las cosas no siguieron el cauce habitual, y Nadia pudo visitar a su marido. Al verla, Mandelstam se quedó muy sorprendido: le habían dicho que su esposa también estaba detenida, la típica argucia que servía para deprimir y minar la moral de los presos. Ossip tenía los ojos desorbitados, como los de un demente, y había perdido mucho peso; sin el cinturón ni los tirantes, los pantalones le resbalaban hasta las caderas. Las manos no dejaban de temblarle y Nadia se preguntaba si estaría incubando alguna enfermedad, pues creía que el temblor era solo una manifestación fisiológica. Cuando me lo dijo, le respondí enfurecida: «¡Es miedo!».

¿Qué otra cosa podía ser? Un miedo vulgar y corriente, instintivo pero atroz, incesante: el miedo que me martirizó todos esos años. Hasta la muerte de Stalin.

Pensando que la separación iba a ser larga, en la entrevista con su mujer Ossip se las ingenió para darle un mensaje: el juez instructor se hallaba en poder de la primera versión del maldito

poema, el epigrama contra Stalin, que incluía el jocoso retrato: *Sus dedos gruesos como gusanos, grasientos, y sus palabras como pesados martillos, certeras. Sus bigotes de cucaracha parecen reír y relumbran las cañas de sus botas...* Más los famosos e inolvidables versos donde Mandelstam acusaba al montañés del Kremlin —y a su adúladora chusma de caciques— de ser un asesino y un exterminador: *Toda ejecución es para él un festejo que alegra su amplio pecho de oseta*. Concisión y exactitud. ¿Qué más querían? ¿No acababa de afirmar Isaak Bábel, en el Congreso de Escritores de 1934, que nosotros éramos ingenieros de almas y nuestras herramientas, las palabras, debían ser bien elegidas porque las artificiosas, manidas y forzadas le hacían el juego a nuestros enemigos? «¿Y a quién deberíamos tener por modelo», se preguntaba. ¡A Stalin! «Basta ver el modo en que forja su discurso, en lo cinceladas y potentes que son sus austeras palabras», remachaba Bábel.

Pues eso mismo los versos de Ossip, que, sin embargo, sirvieron para calificar su poema de documento contrarrevolucionario sin precedentes. ¿Quién pudo haberlo transcrito? Corrieron mil rumores: una amante despechada, el hermano de Nadia, que siempre andaba a dos velas, o cualquiera de los muchos que lo habíamos oído recitar. A Nadiezdha la acusaron de cómplice del crimen, pues el deber de todo ciudadano soviético era el de informar inmediatamente a la policía, o, en caso contrario, sería reo de delito común. Luego se le comunicó que no la procesaban porque habían tomado la decisión de no incoar la causa. En cuanto a Mandelstam, la orden que llegaba de arriba también era concisa y contundente: aislar, pero conservar.

Ossip fue deportado a la ciudad de Cherdyn y, segunda merced, la esposa podría acompañarlo. Todos los amigos nos precipitamos a reunir el dinero necesario para la partida. Luego, Nadia y yo pasamos por la Lubianka a recoger los documentos. Era un día luminoso y claro. Desde cada ventana nos miraban los bigotes de cucaracha del protagonista de la fiesta. Tardaron mucho en traer a Ossip y yo tuve que marcharme porque mi tren estaba a punto de salir. No pude despedirlo.

Tardé en volver a verlos porque poco después detuvieron a Lev y a Punin, en el otoño de 1935, y hube de desvivirme para interceder por ellos. En aquella ocasión, los soltaron enseguida, y en cuanto las aguas volvieron a su cauce de nuevo, me ocupé de Ossip. Vivíamos en el interior de los días y nuestra vida se reducía a una inacabable espera. En cuanto soltaron a mi hijo, por fin pude viajar a Vorónezh, en febrero de 1936.

Con el dinero que habíamos reunido, que era una buena cantidad, los Mandelstam pudieron pasar seis semanas en una casa de campo de Zadonsk. Ossip ya estaba gravemente enfermo, aunque los médicos no podían o no querían diagnosticar su mal. Los ataques que sufría se parecían bastante a una angina de pecho. Respiraba con dificultad, pero continuaba trabajando. En realidad, quemaba su vida, y quizás hacía bien. Aun así, el sentimiento de la desgracia era incapaz de nublar su salvaje y sempiterna alegría de vivir, la alegría absurdamente inexplicable de un poeta enjaulado. Tampoco dejaba de trabajar. Allí compuso poemas de una belleza y de una fuerza impresionantes. *La estepa sin invierno está desnuda*, escribió, poniendo de manifiesto la peculiaridad de aquella época, cuando todo permanecía inmóvil en espera de un invierno que se retrasaba. *Estoy en el corazón del siglo. El camino es oscuro*. Cuando me recitaba alguno de aquellos poemas del destierro, yo no podía olvidar unos versos de su libro *Tristia*, que si bien escritos mucho antes, parecían sin embargo ser el retrato del propio Ossip de aquellos días: *Fatigado de los trabajos del mar, regresaba Odiseo pleno de espacio y de tiempo*. Cuando volví

a casa, en recuerdo de aquellos días escribí el poema «Vorónezh», del que te copiaré el último verso: *Y avanza una noche que no sabe de amaneceres.*

En mayo de 1937 los Mandelstam pudieron regresar a su piso de Moscú y fui a verlos porque entonces yo me encontraba allí, alojada en casa de los Arlov, como de costumbre. Ossip pasaba mucho tiempo tumbado. Me leyó todos sus nuevos poemas, pero no permitía que nadie hiciera copias. Pronto hubieron de marcharse de allí porque una de las dos habitaciones la ocupaba un delator que no dejaba de escribir informes adversos.

En otoño volvimos a vernos en Leningrado, esa ciudad que él conocía hasta las entrañas. Pasaron un par de días en nuestra casa de la Fontanka. Eran tiempos apocalípticos. A todos nos pisaba los talones la desgracia. Los Mandelstam ya no tenían ningún sitio donde vivir. Ossip respiraba muy mal, atrapaba el aire con los labios, a bocanadas, casi ahogándose. Todo parecía un sueño horrible. Al marchar, los acompañé a la estación. Debían tomar el último tren y por eso salimos de casa pasadas las doce de la noche, cuando la ciudad ya no era la capital europea premiada por su belleza, sino el terrible paso hacia Eniseisk, el transbordo para Chitá o Ishim, una parada en dirección a Svodovni..., los destinos que les esperaban a los condenados. Solo que las deportaciones a esos lugares medianamente habitables ya habían cesado casi por completo y ahora los mandaban a infiernos remotos.

Fue la última vez que nos vimos.

A Ossip volvieron a arrestarlo el 2 de mayo de 1938, en una casa de reposo cerca de la estación de Cherusti, en pleno apogeo del terror. Mi hijo Lev llevaba dos meses detenido en Shpalérnaia, desde el 10 de marzo, y a mí apenas me quedaban fuerzas: era una mujer completamente aplastada por el peso trágico que el *Fatum* descargó sobre nosotros.

Un día Nadia vino a Leningrado. Su mirada era de espanto: «Me quedaré por fin tranquila cuando sepa que ha muerto», dijo. A principios de 1939 recibí una breve carta de una amiga de Moscú: Lena ha tenido una niña, Nadiusha ha enviudado.

Aún resuena en mis oídos una de las últimas confidencias que me susurró Ossip: *Canto con la garganta mojada y el alma seca.*

Durante décadas la vida siguió girando enloquecida en sus círculos dantescos y casi todo parecía irremediable: la enfermedad, el hambre y la angustia royéndolo todo, las injurias y mentiras aulladas por labios traidores, el odio hirviendo en el pecho, las noches supurando desaliento y soledad, el terror cada vez más cruel, la inacabable sinfonía de locuras, las pesadillas incesantes, el agarrotamiento que lo petrificaba todo. Vivíamos en un permanente temblor, que no era algo fisiológico, como le dije a Nadezhda, sino puro miedo: un miedo vulgar, torturante, salvaje, que me ha martirizado hasta la muerte del Oso. Años y años y años presa del Gran Miedo: un indescriptible espanto que afloraba desde lo más profundo de la conciencia y me sacudía hasta la náusea. Por todas partes un aire enrarecido, el hedor... Cuando en 1933 se suicidó la mujer de Stalin, tal vez horrorizada por los crímenes que se estaban cometiendo, al ver la sincera tristeza de su marido durante el funeral y las lágrimas que sus hijos derramaron sobre su tumba, hubo quienes pensaron que tal vez la tragedia serviría para templar el furor del Hombre de Acero. ¡Ingenuos!

Siglo mío, bestia mía. Quién pudiera contemplar tus pupilas..., se preguntaba Ossip en un

poema que versaba sobre nuestro tiempo, bello y doloroso, con su espina dorsal descoyuntada... Es posible que él y yo fuésemos de los primeros en sentir en carne propia lo que significaba el estalinismo, como cree Nadiezhda. Pero enseguida todos serían sepultados bajo aquel torrente de hierro. Tú también.

Rusia, Leteo, Lorelei. ¿Quién entendería hoy este verso de Mandelstam, Marina?

A Lev lo arrestaron por primera vez en octubre de 1933. No fue una completa sorpresa. Con anterioridad ya hubo señales de que mi hijo estaba en el punto de mira, pues fue citado a declarar en la OGPU, como pasó a llamarse la Comisión Extraordinaria para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje. Es decir, la antigua Cheka, que años más tarde volvería a cambiar de nombre, pasando a ser el NKVD —Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos—, y después aún tendría otro más: KGB —Comité de Seguridad del Estado—. ¡Los mismos perros con distintos collares! Así que, *stricto sensu*, no nos venía de nuevo, porque además habían mandado otras señales, como rechazar su solicitud para cursar determinados estudios. Sin embargo, creímos que ese primer arresto era algo fortuito: Lev se había acercado a casa de un compañero para consultarle las dudas que tenía sobre una traducción cuando de pronto llamaron a la puerta, entró la policía secreta y se los llevó a los dos. Aquella vez, mi hijo solo estuvo detenido nueve días, y no lo maltrataron. Su amigo, en cambio, jamás volvió a aparecer.

Al cabo de dos años, se lo llevaron de nuevo, junto con otros estudiantes de la Facultad de Historia, y todos fueron declarados culpables de pertenecer a una organización antisoviética. Fue el mismo día en que también se presentaron de madrugada en nuestra casa de la Fontanka para arrestar a Punin. Esta vez el asunto de Lev y sus amigos parecía mucho más grave, y yo me derrumbé en presencia de los que vinieron en su busca, estallando en sollozos. Así que encima infringí el código soviético de buenos modales: esa regla no escrita que impide escandalizar cuando nos hallamos en una institución pública o en presencia de uno de sus representantes. Al día siguiente de la detención de nuestros seres queridos y del consabido registro, somos capaces de presentarnos en esas instancias con serenidad e incluso sonrientes y amables, guiados por el instinto de supervivencia. De mí llegó a decirse: «¡Qué asombrosamente bien se ha mantenido Ajmátova durante todos estos años!». ¿Y quién iba a portarse mal teniendo a su hijo detenido? No podía quitarme de la cabeza el trágico final de Gumiliov.

Pero enseguida me rehice. Tras lo sucedido con Ossip, yo ya sabía qué me convenía hacer. Viajé a Moscú en busca de consejos y ayuda y, como antes con Mandelstam, de nuevo Pasternak y los Bulgákov se desvivieron conmigo.

Milagrosamente, Mijaíl vivía un tiempo dulce, pese a los golpes y el oprobio y la persecución desatados contra él desde hacía unos años, que lo había dejado completamente aplastado. «Tengo un ala rota —me confesó una vez—; vivo en insidiosa compañía: la bronquitis, los reumatismos y una señorita toda vestida de negro: la neurosis». Sin excepción, cada una de las piezas teatrales que subía a los escenarios moscovitas era duramente denostada por la crítica, pese a la aceptación y el éxito de que gozaban entre el público. En 1928, a Stalin no le gustó nada *Vuelo*, porque según él aquella mezcla de tragedia y farsa estimulaba la piedad, si no la simpatía, hacia ciertos sectores de los emigrados blancos. En cambio, y por chocante que parezca, apreciaba *Días de los Turbin*, al punto de ordenar la inmediata y permanente reposición de la obra, de la que se dice que el secretario general del Partido, junto con su cohorte de lacayos, llegó a presenciar hasta quince representaciones, con el consiguiente revuelo que tan extraordinario suceso causó. Era la guinda que culminaba una relación espinosa y tortuosa, iniciada tiempo atrás, cuando Mijaíl le escribió tres cartas solicitando su permiso para viajar al extranjero y pidiéndole amparo ante el ostracismo en que lo tenían. Stalin en persona lo telefoneó e incluso le propuso mantener un encuentro, pero todo quedó en nada.

Fueron los Bulgákov quienes me hablaron de la escritora Lidia Seifúlina, muy bien relacionada con dirigentes del Partido y con miembros del NKVD, y esta me recomendó escribir

directamente a Stalin y asegurarme bien de que su secretario le hiciera llegar la carta. Al día siguiente, acompañada de Borís Pilniak, me presenté en el Kremlin para entregar la misiva en mano.

Mi muy respetado Iósif Vissariónovich:

Sabedora de sus atenciones para con las fuerzas de la cultura en nuestra sociedad, y en especial para con los autores, me atrevo a dirigirme a usted por medio de esta carta. El 23 de octubre, en Leningrado, Nikolái Nikoláievich Punin (profesor de Bellas Artes) y mi hijo Lev fueron arrestados por el NKVD. Ignoro qué tipo de acusaciones se han vertido contra ellos, pero le doy mi palabra de honor, Iósif Vissariónovich, de que no son ni fascistas, ni espías, ni miembros de ninguna sociedad contrarrevolucionaria. Llevo viviendo en la URSS desde que estalló la Revolución. Jamás he deseado dejar un país al que me unen mi corazón y mi alma, a pesar de que mis poemas ya no son publicados, y de que he vivido momentos muy amargos a causa de las críticas literarias vertidas contra ellos. Pero nunca he dejado que nada de eso me deprima. Al contrario: sigo trabajando en condiciones morales y materiales muy arduas, e incluso he publicado un trabajo de investigación sobre Pushkin. El segundo ya está en la imprenta. Vivo sola en Leningrado, y a menudo paso largos periodos enferma. El arresto de las dos únicas personas cercanas a mí ha sido un golpe muy duro, del que no sé si podré recuperarme. Le pido, pues, Iósif Vissariónovich, que me devuelva a mi marido y a mi hijo, asegurándole que jamás lamentará haberlo hecho.

¡Todo un género literario, las cartas a Stalin!, ¿no te parece, Marina? Tuvimos que contagiarnos de la tiña y la sarna burocráticas, y volvernos apóstatas de nuestra lengua, adoptando las maneras de aquellos grandes estilistas: *sabedora de...*, y *en especial para con...*, *me atrevo a...*, *por medio de...* ¡Qué ridículo! Algo sabes tú también de todo esto y puedo imaginar el tono altivo y rotundo de las cartas que enviaste a Beriov para interceder por tu marido Efron y por tu hija Ariadna. ¡Tú, incapaz de callarte! ¡Tú, que jamás firmarías ni siquiera un saludo al Gran Stalin porque nunca lo llamaste así y porque concibes la grandeza de otro modo! De un modo que nada tiene que ver con el triunfo de una maquinaria burocrática perfectamente engrasada. ¡Tú y tu *Furchtlosigkeit*!

Pasternak también se implicó en la batalla, redactando una breve y contundente nota:

Una vez me reprochó usted mi indiferencia hacia mi camarada Mandelstam. Aparte del valor que la propia vida de Ajmátova tiene para nosotros y para nuestra cultura, yo mismo soy testigo de su honrada, difícil y resignada existencia. Le pido, Iósif Vissariónovich, que la ayude y libere a su marido y a su hijo. La actitud de Ajmátova hacia ellos es, para mí, garantía inequívoca de su honestidad.

Nuestras apelaciones lograron el objetivo que perseguían: él mismo escribió y firmó de puño y letra esta resolución: «Al camarada Yagoda. Libere de su arresto a Punin y a Gumiliov, y responda informando de que esta acción ha sido llevada a cabo. Stalin».

Tuvimos un par de años de tranquilidad. Es cierto que mi hijo hubo de abandonar Leningrado y continuar sus estudios en Moscú, si bien poco después, en 1937, fue readmitido en la Facultad de Historia, lo que supuso un gran alivio, pues entonces Lev se trasladó a vivir conmigo en la casa de la Fontanka. Hasta el 10 de marzo de 1938, en que fue arrestado por tercera vez. Aún recuerdo el frío de sus labios, la luz azul de sus ojos helada de espanto y el sudor mortal que le empapaba las sienes cuando se lo llevaron. Ingresó en la Casa Grande, como le llamaba la gente a la cárcel central de Leningrado, las Cruces, porque no se atrevían a pronunciar el verdadero nombre. Ahora, junto a otros dos estudiantes, lo acusaban de participar en un complot terrorista contra el régimen y de planear diversos atentados. Entre ellos, nada menos que el de Andréi Zhdanov, presidente del Sóviet Supremo. Para que no me he reventara la cabeza, me dio por

empezar a traducir *Macbeth*, y a los pocos que se atrevían a visitarme para interesarse por Liova les recitaba uno de los parlamentos de Ross: *Ah, pobre, pobre patria, casi temerosa de conocerse a sí misma; ya no puede llamarse nuestra madre sino nuestra tumba*.

En esta ocasión, los interrogatorios fueron mucho más duros porque mi hijo se resistía a declararse culpable y firmar el consabido documento donde confesaba lo que no había hecho. Lo torturaron a conciencia durante más de ocho noches seguidas. Cuando por fin me permitieron visitarlo en la prisión de Kresty, me extrañó que en plena primavera llevara una bufanda enrollada al cuello. Algo azorada por no haberlo previsto, le pregunté si pasaba frío, prometiendo que en el próximo paquete, además de algo de comida, metería unas prendas de abrigo. Pero Lev apenas respondió, limitándose a hacer un vago gesto que indicaba que solo se trataba de un ligero dolor de garganta. Luego supe que en realidad se había puesto aquella bufanda que le había prestado un compañero para tapar los hematomas y otras señales de los golpes recibidos.

Los juzgó un tribunal militar de tres miembros, las famosas *troikas*, en sesiones que no duraron más de quince minutos, y los declararon culpables. Lev fue condenado a un campo de concentración —*Allá, detrás de las alambradas, en el corazón de la taiga profunda*— y lo destinaron a la tala de árboles para las obras de construcción del famoso canal que va del mar Blanco al Báltico, una carísima obra de ingeniería destinada a ser el orgullo de la nueva era soviética, pero que a duras penas avanzaba ni lograba abrirse paso entre las morrenas que dejaban los glaciares. Te reirás si te digo que hasta bautizaron con su nombre una marca de tabaco, Belomorkanal. Nadia Mandelstam fumaba esos apestosos cigarrillos sin filtro, pero a mí me era imposible. Una simple calada me abrasaba al pensar en mi hijo allá en la taiga: un moribundo famélico y enfermo, sin la mínima higiene ni aseo, alimentado solo con una mísera ración de pan y la maldita *balanda*, que no llegaba ni a ser una simple sopa sino puro aguachirle. Liova apenas si podía arrastrarse desde los barracones hasta los bosques helados, donde la nieve le cubría hasta la cintura y donde trabajaba calzando unas botas completamente destrozadas, sin ropa de abrigo, sin nada.

En cuanto se lo llevaron al gulag, de nuevo volví a viajar a menudo a Moscú. Más en busca de compañía que de ayuda. Apenas tenía esperanzas. ¡Si hasta el mismo Bujarin fue juzgado en aquel fatídico marzo de 1938, al igual que Yagoda, el antes todopoderoso jefe de la NKVD y uno de los impulsores de la era del terror! Aun así, nada más reunir algo de dinero, partía para allí.

A Lev lo condenaron a diez años de trabajos forzados, a los que se sumaban otros cuatro durante los cuales no podría gozar de ninguno de los derechos civiles propios de cualquier ciudadano. Pese a carecer de esperanza alguna, los abogados que representaban a mi hijo y sus amigos apelaron al Colegio Militar del Tribunal Supremo de la Unión Soviética para que este revisara sus casos. ¡En mala hora! El resultado fue todavía peor: los acusaron de complots y operaciones de desestabilización para socavar la indestructible unión de los pueblos soviéticos. Se le consideró un terrorista y fue sentenciado a muerte. Pero, paradójicamente, eso lo salvó: un día, mientras talaba un abeto, Lev se resbaló, sin duda a causa de la extrema debilidad en que se hallaba, y descargó el hacha sobre su propio pie. El corte casi alcanzó el hueso. La herida se infectó y posiblemente no hubiera sobrevivido de no ser por el traslado a Leningrado, donde requerían su presencia para la nueva investigación abierta a raíz de haber solicitado la revisión de su caso y donde recibió la atención médica adecuada.

Así que, además, volvía a tenerlo cerca, aunque en realidad jamás recuperé a mi hijo. Durante los casi veinte años que sufrió cárcel y destierro, Lev llegó a creer que no me interesaba lo bastante por su suerte ni me ocupaba de conseguir su libertad. No perdía ocasión de reprocharme

crudamente el estilo y la frecuencia de mis cartas: su laconismo y su escasez, los largos intervalos de tiempo que mediaban entre una y otra, e incluso la banalidad del contenido. Y, sin embargo, no era desinterés, ni indiferencia, ni desgana, ¡bien lo sabe Dios!, lo que me llevaba a proceder así. Era el terror, el terror... lo que me agarrotaba. ¿Cómo adivinar qué palabras o comentarios podían perjudicarlo, aun por anodinas que fueran aquellas y prosaicos estos? ¿Cómo saber si alguna de mis frases podía ser utilizada en contra de mi hijo? De ahí que durante su cautiverio por lo general solo le escribiera tarjetas postales, a las que los censores apenas echaban un vistazo. Si alguna vez tenía que decirle algo importante, entonces recurría a un telegrama.

Incluso me acusó de haber aprovechado su desgracia para *hacer* poesía: escribir *Réquiem*.

Desde que salió en libertad, apenas nos vimos. Ni siquiera cuando, años después, enfermó gravemente. Tampoco ahora me visita. Podría entender que me reprochase no haberlo cuidado de niño, como ya te dije, pero no de haberme desentendido de él todos esos años, cuando me desviví lo indecible, sin abandonarlo nunca y rebajándome hasta la náusea. Con el tiempo comprendí que en realidad no era mi hijo quien regresaba y me hablaba de ese modo, sino un hombre destrozado que supuraba odio contra la humanidad entera. Me habría gustado poder recordarle lo que escribió Dostoievski en sus *Recuerdos de la casa de los muertos*: si alguien pretendía regresar de allí moralmente vivo, no debería albergar ni un átomo de resentimiento.

No, Lev no tenía razón al acusarme.

Tampoco Ariadna o Mur. Fueron tus hijos quienes no te merecieron, Marina. Y mejor no haber sabido qué fue de ellos.

Pasé diecisiete meses haciendo cola a las puertas de la cárcel en los años del terror desatado por Yezhov: un tiempo en que solo sonreían los muertos, contentos de haber hallado al fin reposo.

Me levantaba antes del alba, cuando aún no circulaban los tranvías. Cruzaba las calles de una ciudad ennegrecida, con la niebla pesando sobre el Neva, de cuyas aguas oscuras emanaba un frío glacial. Algunas mujeres vagaban en silencio por el malecón, junto a la barandilla blanca de hielo. De los portales sucios, tambaleándose y fumando cigarrillos, salían unas pocas que habían dormitado allí dentro, en los rellanos de las primeras plantas, sobre losas de piedra. Las había de todas las edades: viejas con rostros de ceniza y cabellos cubiertos de escarcha y manos llenas de ampollas y de llagas, y jóvenes madres que mecían en brazos a sus hijos recién nacidos arropados en una mantilla de lana blanca, o calmaban a otros pequeños que tosían y estornudaban y lloraban de frío.

Cuando se acercaba la hora de entrar, nos pegábamos al muro, aguardando en silencio a que abrieran los pesados portones. Todas estábamos más muertas que vivas en aquella cola, cargadas de paquetes, palpando cada poco el papelito arrugado que guardábamos en los bolsillos o en las manoplas o en una bolsita prendida al cuello, una especie de *ticket* con un número que debíamos mostrar a los guardias. Yo tenía el trescientos. No había tumultos, ni ruido, ni discusiones en aquella cola, como a menudo los había en las que se formaban en las tiendas para comprar comida, en las estaciones de tren e incluso en oficinas e instancias públicas adonde se acudía a realizar las gestiones. No había ni siquiera carraspeos ni suspiros. Solo miradas: miradas vacías, obstinadamente fijas las de las viejas, con toda la tristeza de quien sabe y ya se ha resignado a eso; miradas nerviosas y despavoridas en las jóvenes, rebosantes de lágrimas.

Un día, no sé cómo, alguien me reconoció. Una mujer de labios azules que estaba detrás mío,

y que me cuesta imaginar que alguna vez hubiera oído mi nombre, despertó del letargo que nos atenazaba a todas y me susurró al oído: «¿Y usted puede dar cuenta de esto?». Yo le dije: «Puedo». Entonces, algo parecido a una sonrisa asomó a lo que antes había sido su rostro.

Así nació *Réquiem*. Empecé a componerlo en 1939 aunque no lo transcribí completo al papel hasta hace unos meses, en 1962. Durante todos esos años, el poema solo existió en la cabeza de once personas, en cuya memoria se conservó. Debo reconocer que hubo momentos en que creí que no podría, obsesionada como estaba con la condena a muerte de Lev: *Hoy tengo mucho, mucho que hacer. He de matar la memoria, volver de piedra el corazón, he de aprender a vivir de nuevo*, me decía. Mas a la vez, ¡tantas imágenes, tantas voces! *Requiem aeternam dona eis Domine...* Del introito de la Misa de Difuntos tomé el título para este libro inspirado en todas las mujeres que fuimos compañeras en la desdicha, cuando yo estaba entre mi pueblo y con él compartía su destino. Allí aprendí *cómo se hunden los rostros, cómo bajo los párpados late el miedo, cómo surca el sufrimiento las mejillas con trazo rígido, cómo los negros rizos y los rizos de oro de repente se vuelven pálida plata, cómo huye del dulce labio la sonrisa y halla eco el terror*. Y escribí para todas las mujeres que han callado mil años, y todavía siguen callando. *¿Dónde están hoy aquellas con quienes sin querer compartí mis dos años de infierno?* Aún las veo y las oigo y las siento: *a la que apenas pudo llegar a la ventana, a la que no volvió a pisar la tierra en que nació, a la que moviendo su hermosa cabeza musitaba: Ya vengo aquí como si fuera mi casa*. Para ellas tejí ese vasto sudario que es *Réquiem*, con las tristes palabras de todas aquellas mujeres a las que no olvidaré.

Como en los viejos poemas primitivos, donde dispersas voces y dispersos relatos se juntan al cabo de los siglos en un texto único, cifra de todos, en *Réquiem* quise recoger la voz y el sufrimiento y la emoción de todo lo que vi y oí y sentí allí. Jamás escribí con tan lacónica sobriedad ni alcancé tan intenso timbre dramático. Jamás desnudé así mis versos, hasta reducirlos a lo esencial: médula y corazón.

La noche del 27 de diciembre de 1940, en mi casa de la Fontanka, me visitó un extraño cortejo. Era una noche fría y oscura, la de mi último invierno en Leningrado. Era la hora en que resucitan todos los delirios y aún no suenan los relojes. Tras la ventana, se perfilan los robles centenarios y los arces nevados. Más al fondo, humea el Neva. En la penumbra, sola en medio de una inmensa sala blanca, me aferro a mi collar de ágatas negras mientras veo desfilar ante mí un alocado cortejo de sombras. Van disfrazadas del año 13, y ejecutan el drama más amargo, dejando tras de sí el desorden propio de cualquier cortejo, festivo o fúnebre: humo de antorchas, flores tiradas por el suelo, amadas reliquias para siempre perdidas... Así despertó de su silencio la larga época muda. Todavía oigo el sonido de aquellos pasos, los pasos de los que ya no están. Y me pregunto cómo pudo suceder que ya entonces, de todos ellos solo yo estuviese viva.

Ignoraba que también pronto partirías tú, poco después de encontrarnos aquellas dos tardes en Moscú.

Esa misma mañana empecé a escribir «Cuento de Petersburgo», la primera parte del *Poema sin héroe*, dedicada a los lejanos días de nuestra juventud, y que aún tardaría algunos años más en concluir, porque los versos no siempre se encadenan de golpe, como una frase musical, aunque llegaban presurosos y atropellados y jadeantes, pisándose los talones unos a otros. A principios de enero, completé aquella memoria lírica. El viento, que murmuraba y se ahogaba entre la nieve junto al Neva sin que apenas alcanzara a oírse, penetraba por la chimenea, y en sus susurros se percibían sutilmente enlazadas las notas de *Réquiem* que, como te dije, también había empezado a componer entonces.

En nuestro encuentro de Moscú, podría haber elegido recitarte alguna de las partes de *Réquiem* que ya tenía perfiladas, pero preferí mostrarte a la joven alegre de Tsárskoye Seló, la predilecta de todos sus amigos, la que tú buscabas entonces. Por eso me entristece recordar el rictus burlón que se dibujó en la fina línea de tus labios y el mordaz comentario que siguió tras oír los versos iniciales, que juzgaste alambicados y *demodé*: «Hay que tener una gran osadía para, ¡en el año 41!, escribir sobre Arlequines, Colombinas y Pierrots», sentenciaste. Es probable que ese fragmento te pareciera una imitación imperdonablemente anticuada, una estilización a la manera del primer Kuzmín o algo así.

Pero no se trataba de eso, Marina, no era algo pasado de moda, como se ha demostrado al cabo del tiempo, tras completarlo en 1962. Así lo afirman todos cuantos conocen *Poema sin héroe*. Seguramente algunos versos son malos: ásperos, desnudos, pobres, sin lamentos ni quejas ni llantos, sin nada que ofrecer al lector, ¡sin el consabido tema del amor desgraciado! Versos negros como el carbón. Y otros muchos aún resultan enigmáticos e incomprensibles. Pero todos avanzan hasta hacer del libro una sinfonía lúgubre sobre el destino de una generación y de sus mejores representantes. O mejor dicho, sobre todo lo que nos sucedió. Y nos sucedió de todo; Stravinski, Shaliapin, Pávlova: la fama; Nijinsky: la demencia; Maiakovski, Esenin, Tsvietáieva: el suicidio; Mandelstam...

En *Poema sin héroe* nada se dice de forma directa: cosas complicadísimas y muy profundas no están expuestas en decenas de páginas, como es habitual, sino en versos escritos con una agilidad que se diría demoníaca, porque las rimas más raras y extrañas llegaban en alocados giros que se desprendían de la punta del lápiz y avanzaban solas por el papel, como en una escritura automática y polifónica. De ahí su misterio: *Poema sin héroe* es un espejo mágico y poliédrico en el que cada uno encuentra reflejado lo que busca ver. A Víktor Sklovsky le pareció una tragedia de la conciencia, una expiación. Y a Pasternak, un paso de *rússkaia*: la lírica primero

abriendo los brazos y marchando adelante, y después tapándose la cara y retrocediendo. De lo que no hay duda es de que en mi poema resuena continuamente nuestro tiempo: *Y se me reveló ese camino por el que tantas veces se marcharon, por el que se llevaron al hijo...*

Sí, Marina, como en *Réquiem*, también en *Poema sin héroe* están los horrores de nuestra época. ¿Pero tenía sentido recordarlos aquella tarde? ¿Acaso hubiera servido de algo? Durante las horas que pasé a solas contigo, quise apartar la locura que cubría mi alma e ignorar el revoloteo de la muerte cuando se deslizaba en mi alcoba como un furtivo. A solas contigo, aquellas dos claras tardes de verano quise recordar nuestra juventud, aunque en un primer momento te espantase mi rostro demacrado, de ojos hundidos y secos, como si de repente ante ti cayera un pájaro abatido.

Nada más sentir la firmeza de tus manos al estrechar las mías, la franqueza que desprendía tu mirada de pupila tan viva, la manera peculiar de fruncir las cejas dibujando una arruga que a la vez era una exclamación y un interrogante, la confianza pura y sin reservas..., creí revivir. Y allí juntas, tan lejos de todo, Marina, tú y yo a solas con la Poesía: ¡Alma! ¡Elevación! La noche anterior habías copiado a mano *Poema del aire*, y me lo regalaste con una dedicatoria donde resonaba un amor de veinticinco años. ¡Cuánta energía tenías aún, querida! Entonces, y ya para siempre, me pareciste una verdadera reina. ¡Cuánta energía y cuánta vida! Recuerdo lo que me contaste al mostrarme el ámbar del Oriente con la forma de un serbal que habías comprado dos años antes en un rastrillo, en París; estaba completamente muerto, céreo, cubierto de moho, y día tras día, al contacto contigo, fue reanimándose, reviviendo: «Juega con la luz y brilla desde dentro», me dijiste, y es mi única alegría. Como si quisieras disculparte por no regalármelo.

¡Me diste mucho más aquellas dos tardes, Marina! Me entregaste algunas dádivas que nadie podrá destruir. No pude conservar tu precioso manuscrito porque, como ya te he contado, quemé todo mi archivo para que no sirviera de prueba acusatoria en un proceso. Decía Mijaíl Bulgákov, con su hilarante sarcasmo, que la estufa se había convertido desde hacía tiempo en nuestra sala de redacción favorita. «Lo que más me gusta de ella —añadía— es que no le hace ascos a nada: engulle con igual fruición las facturas de la lavandería, las cartas, los recortes de periódico y... ¡oh, vergüenza, vergüenza, los versos...!». Así eran aquellos años, Marina. Pero al menos pude conservar el maravilloso chal blanco que con suma ternura extendiste sobre mis hombros antes de abandonar la casa, al estrecharme en un largo abrazo, ¡el último! Ya no tenías anillos que introducir en mis dedos, ni collares de coral que colgarme al cuello, ni el brazalete que en otro tiempo siempre lucías en tu brazo izquierdo: un ave misteriosa de alas desplegadas y enorme cola que clava sus furiosas garras sobre un árbol no menos fantástico. Tenías un sencillito chal de seda blanca del que te desprendiste con gesto alegre y espontáneo, en un puro arrebató, y que me ha acompañado toda la vida.

Abandonamos el departamento de los Ardiv en el número 17 de la calle Bolshaia Ordinka. Tú saliste primero. Desde la ventana vi cómo te alejabas lentamente por la callejuela oscura. Al doblar la esquina, bajo la escasa luz de una farola, los pliegues de tu viejo vestido negro, mecidos por el viento, parecían transportarte no sé a dónde.

Después vi cómo te seguía una sombra. Decidí esperar todavía un buen rato antes de salir, pues tenía la certeza de que, al menos a mí, me espiaban *ayudantes* del NKVD. Pocas semanas atrás les había preparado una trampa. Un día, antes de salir a dar un paseo, coloqué una hebra del cabello entre las páginas del cuaderno donde entonces escribía la primera de las *Elegías del*

Norte y la serie sobre el cerco de Leningrado, las odas patrióticas y los *poemas positivos*, que jamás habrían nacido ni menos aún visto la luz de no ser porque tenían a Lev de rehén. Al regresar a mi cuarto descubrí que la hebra-cebo ya no estaba.

Así que, tras tu marcha, aún seguí un buen rato en casa de los Ardov. Al salir, ya muy avanzada la noche, el calor acumulado en el asfalto durante el día era sofocante. Busqué alivio junto a las aguas del río Moscova, que olía a petróleo. Y allí, sentada en los peldaños de granito de la escalinata, al pie de la muralla del Kremlin, recordé el poema de Pushkin: *Del río Moscova en la apacible orilla hay iglesias, de cruces coronadas...* Y allí seguí soñándote, Marina, y recordando cada minuto de nuestro encuentro. Y no me consolaba que pensaras que hay encuentros en los que se da todo de golpe, sin necesidad de una continuación. Porque continuar es comprobar y en nosotras no es preciso, afirmaste con rotundidad. ¿Y entonces, de dónde esta nostalgia?

Te sigo viendo en sueños, Marina. Siempre es el mismo: yo llego, tú acabas de irte, voy tras de ti, te llamo, te giras y me miras con una sonrisa..., pero prosigues tu camino. Intento alcanzarte y no puedo. ¡Así una y otra vez! Te veía escondida entre unos matorrales, acurrucada en el fondo de un nido o paseando sobre cruces rotas. *Aquí estoy, he vuelto a mi país, mirad, campos de mi infancia, lo que por ello me ha ocurrido.* Después caminamos juntas por Moscú en medio de la noche, y nos sigue un millón de mujeres como nosotras, en un cortejo silencioso. A nuestro alrededor, tañidos fúnebres y la tormenta de nieve que borra las huellas de nuestros pasos.

Fue mi «Respuesta tardía»: el poema que iba a recitarte cuando volviéramos a vernos.

¿Por qué volviste, Marina? ¿Por qué regresaste cuando Rusia entera ardía en una hoguera de locura y terror? ¿Para salvar a Efron, caído en desgracia por la enésima imprudencia e insensatez que cometió a lo largo de su vida: colaborar desde París con los chekistas delatando y ayudando a eliminar a desertores o disidentes? ¿Qué se creía, que la policía francesa lo iba a dejar campar a sus anchas? Cuando tuvo que salir por piernas y regresó a la URSS, lo seguíste como un perro. ¿Porque seguía siendo para ti el chiquillo huérfano y desvalido del que te enamoraste? ¿O volviste para rescatar a Ariadna, que ya había regresado antes que vosotros y, como Lev, estaba detenida y purgaba los *delitos* de su padre y de su madre?

¿Por eso regresaste? Sé que en París llevabais una vida miserable y muchos te consideraban una apastada. Pero aquí todo era infinitamente peor. Vivíamos en un bucle, siempre en el ojo de un huracán que no cesaba de arrollarnos, ni siquiera tras la desaparición de Stalin. No había nada más letal que el eterno retorno de lo mismo, aquella redundancia del tiempo, siempre devolviéndonos a la casilla de salida: una nueva detención de mi hijo Lev en 1949, después de ser liberado e incluso haber combatido en la Segunda Guerra Mundial: otra condena a Punin y el consecuente destierro en Siberia, donde murió en un campo en 1953; una nueva era de injurias y acusaciones desatadas contra mí con cualquier pretexto, que me devolvieron al ostracismo y a la absoluta desaparición pública, no solo de mi persona, sino también de mis obras.

La última persecución sobrevino tras mantener un largo encuentro con un joven profesor de Oxford destinado en la embajada británica a finales de 1945, al que acabarían acusando de espía. Se llamaba Isaiah Berlin y él me inspiró un breve ciclo de poemas, *Cinque*, que escribí en los días siguientes: no quería dejarle como recuerdo solo mi sombra adormecida por tantos años mudos, y en esos versos le conté cómo con su llegada sentí que se abría una puerta que no quería cerrar de golpe. Tampoco hubiera tenido fuerzas para hacerlo.

Aún no sé de dónde las saqué para escribir lo que escribí poco después, en 1950, cuando habían vuelto a llevarse a Lev. ¡Loas al Estado soviético! Bueno, más que poemas de alabanza eran vergonzosos ripios destinados a complacer a nuestros gerifaltes. Uno se titulaba «La canción de la paz», y fue traducido a múltiples lenguas, difundido entre los partidos comunistas de todo el mundo: *En las ondas del éter meciéndose va, dejando de lado mares y serranías... vuela, vuela, paloma de la paz... canta, canta, palomita blanca*. ¿Es para reventar a carcajadas o para llorar? Ciertamente que también seguían fluyendo entonces los versos de *Réquiem* y a ratos volvía como un eco el *Poema sin héroe*, que iría completando durante todos esos años. Pero mi salud se quebrantaba y un día se rompió mi corazón. Ya he tenido dos infartos, Marina. Y a saber qué me espera, hasta cuándo resistiré. Me gustaría al menos poder reunir mi poesía en un tomito que se llamaría *El vuelo del tiempo*.

¿O acaso sería más exacto titularlo *El paso de la muerte*?

Desde 1921, la muerte no ha dejado de mirarnos. Yo siempre la temí y hui de ella, como hice aquel día en Chístopol, cuando supe que ya tu alma vagaba sobre el sueño, por las regiones flotantes. Mi miedo a la muerte es el miedo de ser en la nada, el terror de una vida ya sin sombra y sin eco, el asco de yacer en una sepultura donde el cuerpo se pudre entre larvas y gusanos que lo van devorando, aunque no pueda sentir que ya no estoy, aunque mi propia muerte no exista para mí porque en verdad solo cuenta la de los otros: ese vacío que se abre en el lugar ya deshabitado.

En cambio tú, Marina... Anhelabas estar junto a los seres queridos en la hora de la última y suprema soledad, allí *al borde*, ante el féretro. Te atrevías a explorar el reino de las sombras y a todos cuantos partían les preguntabas algo, aunque nunca te llegasen las respuestas. Lo hiciste con tu pequeña Irina: quisiste saber qué imágenes retuvo en su memoria. ¿Un rincón de vuestra casa de Borís y Glebski? ¿El rostro de Alia? ¿El tuyo? ¿Llegó a enterarse de algo? ¿Qué fue lo último que dijo? ¿Habría cantado «Ai-dudu-dudu-dudu»?... Y cuando supiste de la muerte de tu amado Rilke, no cesaste de interrogarlo: ¿Cómo fue su viaje? ¿Ha sido dulce la compañía de Caronte? ¿Se ha desprendido, sin romperse, el corazón? ¿Qué hay ahí alrededor? ¿Qué se ve desde esa altura infinita? ¿Es montañoso el paraíso? ¿Y los ríos, son cristalinos? ¿Cómo va la escritura en ese nuevo lugar? ¿Es la muerte una larga hilera de rimas...?

Tú lloraste la muerte de nuestros amigos y poetas más amados. Y también te atreviste a imaginar la tuya, su sin color final, aunque aún estabas en la plenitud de tus fuerzas y podías amar, pese a tantos reveses e injusticias, pese al desaliento y el hastío que nos embargaba, pese a vivir arrollados por un incesante desfile de tragedias absurdas y grotescas que empujaron a muchos a sucumbir a la más fatal e irresistible de las tentaciones. Pese a todo y a todos, tú aún podías amar y escribir versos, Marina. Yo misma lo había comprobado poco antes, durante las dos inolvidables tardes que pasamos en Moscú. Y aunque ya todo era lastre para ti, aunque dijeras sentir el corazón ya solo como un peso lento, pude comprobar que aún había una gran energía en ti, que tus palabras y poemas eran clara voz de vida. Siempre fuiste muy valiente, aunque te confesaras temerosa de todo: de los coches, de los estetas, de las casas de los literatos, de los socialistas revolucionarios, de los ojos, de la oscuridad, de las huellas y hasta de ti misma.

Sobre todo de ti misma, Marina, de tu cabeza.

Nadie supo ver que llevabas tiempo buscando inútilmente un gancho porque en todas partes ya había luz eléctrica y apenas se veían las arañas de los candelabros que antes siempre pendían de los techos. Tampoco tenías a tu alcance un mirto como el de Fedra, ese al pie del cual la heroína griega solía sentarse a pensar en su amado Hipólito, que se había colgado de aquel arbusto... *¡los labios sobre los labios!*... No, no podíamos ni siquiera imaginar que desde hacía un tiempo sopesabas las formas de la muerte. Descartaste las pastillas porque te daban náuseas. Saltar desde una ventana para arrojarse al vacío tampoco, porque eso te producía tanto horror como la visión de un ahogado. Y no querías provocar en los demás semejante repulsión: creías que la muerte es terrible solo para el cuerpo, el único héroe del suicidio, un acto que te parecía una *lâcheté*, la cobardía y la bajeza del alma, cuyo heroísmo radica en vivir. Al cuerpo le toca entonces afrontar el heroísmo de la muerte. ¿Por eso elegiste esa forma tan brutal? ¿Por eso te ahorcaste en un lugar tan horrible, enrollando tu cuello con unos sucios harapos que servían de soga?

Baudelaire, profundamente trastornado al conocer el brutal modo en que su amigo Gérard de Nerval se había quitado la vida, no cesaba de preguntarse por qué un final tan atroz, pues hay venenos sutiles y refinados como caricias, decía el poeta, y mediante ellos, la muerte llega con suavidad, igual que el sueño.

Y yo me hago la misma pregunta, Marina.

Has partido mucho antes de lo esperado, y ahora nos toca a los demás llorar tu muerte y buscar culpables. Me toca a mí revivirla y acompañarte en ese último mediodía. Porque fue a esa hora, ¿verdad?, cuando el sol está en su cénit, cuando la sombra es vencida por el cuerpo y nos fundimos con el mundo. De todas las horas del día, el mediodía es la más carnal, con cuerpos sin sombras y cuerpos que duermen en el puro sueño de la tierra. La hora de tu esencia, Marina. Tú fuiste toda incendio y te abrasaste en múltiples hogueras, sabedora de que solo en el fuego se funde la tristeza. No hubo en la tierra carbones más candentes que tus versos, querida amiga, que vagaste siempre en pos de la llama secreta, de la antorcha de Prometeo. El fuego y la carne viva bajo la piel. Soy Psiqué proclamaste. Y titulaste así uno de tus libros porque Psiqué era una de tus almas: la más romántica, la más arrebatada. ¿Tuviste tiempo de pensar en tu alma en el momento de morir? ¿Cuál fue tu último pensamiento? Sé que dejaste palabras para Ariadna y Efron, y que sobre todo te ocupaste del futuro de tu querido Mur, ese niño heroico y maravilloso que soñaste pero que no te mereció. ¿Pensaste al menos un instante en ti misma, en tus cuadernos? ¿Hubo un último verso? ¿Qué sabe una mujer sola sobre la hora de la muerte?

Nada más emprender este viaje mental en el que me propuse evocar y dar vida a nuestros encuentros —a *todos* los encuentros: logrados o frustrados, adivinados o soñados, reales o irreales—, sentí morir yo también, Marina. Y para traerte hasta aquí, hube de remontarme muy lejos, sobrepasando el río que separa a los vivos de los muertos. Hube de caminar infatigablemente por el tiempo y el espacio, aunque ¿qué significa nada de eso para alguien cuya alma se quemó?

Somos huéspedes de la vida. Y a menudo rehenes de los sueños. Ahora que yo también voy hacia donde nada es necesario y a mis pies se abre el sepulcro, he encontrado cobijo en Komarovo, un lugar donde la tierra es más dura que la cal, y el mar está helado y dulce. Vivo en una humilde dacha, sin apenas muebles, pero con un pequeño huerto, situada en medio de un bosque de pinos junto al golfo de Finlandia. He renunciado a casi todo y he abandonado muchas costumbres porque estoy cansada de vivir y de morir y de resucitar. Aunque todavía me apetece recorrer cada tarde el camino blanco que destella entre los bosques esmeralda y me recuerda la avenida con árboles que discurría junto al estanque de Tsárskoye Seló, un sendero que en primavera está flanqueado de cerezos en flor. En las copas de los árboles sobreviven las viejas casitas de los tordos, y los abetos se yerguen besando el cielo. En la hora rosada del crepúsculo, su tronco se desnuda bajo el brillo leve de la luna, y entonces regreso a Komarovo. Regreso lentamente, embriagada de perfumes y aromas. El aire primaveral esparce suaves notas marinas, y también me trae nuestras voces, que conversan: *Contra la pared del este, junto a espesos arbustos de frambuesas, hay una rama oscura, fresca, de saúco... Es un mensaje de Marina.*

¿Cómo responderte?

Soy muy poco dada a escribir cartas, ya lo sabes. Aquella vez que contesté a la tuya, en marzo de 1921, hacía mucho tiempo que no me sentía tan desgraciada y necesitaba hablar de ello. Tu amabilidad significó mucho para mí y deseaba darte las gracias por haberme dedicado unos poemas. Poco después dejé de cartearme con todos mis amigos. Y, a diferencia de ti, ni siquiera en los momentos más dramáticos les mandé unas breves líneas. Desde el fusilamiento de Gumiliov, procuré que no hallaran entre los papeles de nadie cartas de la que fue su esposa, Anna Ajmátova, para que no los relacionasen con nosotros, tan tempranamente señalados. Y ni siquiera cedí a las presiones y las quejas de mi propio hijo, como ya te he contado.

Esa fue la verdadera razón por la que dejé de escribir cartas.

Ahora las circunstancias han cambiado, pero aun así me pregunto cómo corresponder, Marina.

Ya quedan cada vez menos testigos con quienes compartir memoria y llanto, pero desde hace unos meses han empezado a visitarme aquí, en Komarovo, un grupo de jóvenes poetas que nos adoran. Y aunque se hacen llamar los Huérfanos de Ajmátova, también son parte de vuestro linaje, pues se reconocen en ti, en Mandelstam, en Pasternak... La primera vez que vinieron solo pude ofrecerles zanahorias hervidas y un poco de col agria que guardaba en un tarro. Como siguieron visitándome, ahora ya tengo siempre a punto una botella de *samogón*, el vodka casero que destilan clandestinamente los campesinos, y aquí en la dacha recitamos versos y hablamos de poesía o de cualquier otra cosa hasta bien entrada la noche. Yo ya no soy ni de lejos la que fui. Ahora, si bien conservo la elegancia y el aplomo en mis andares, me he convertido en una vieja asmática de pelo gris y gorda como Catalina la Grande debido a mi enfermedad de tiroides. Aun así, y aunque el ardor de la sangre se ha apagado, cuando converso con ellos me siento

renacer. Y te diría más: entre los vapores del alcohol chispea un enamoramiento mutuo.

El más inteligente y brillante de todos es un pelirrojo llamado Joseph Brodsky. Una vez que vino él solo a verme, aproveché la feliz oportunidad que el azar me deparaba para confiarle mis dudas y abrirle mi corazón. Se sorprendió al oírme, pues él creía, como tantos otros, que tú y yo no nos llevábamos bien. Ignoro quién se ocupó de esparcir esos bulos, pero parece ser que esa es la idea que tienen por ahí. Cuando oí semejante estupidez, primero me eché a reír, pero después ese rumor me apenó profundamente. Una cosa es que solo hayamos podido encontrarnos una única vez en la vida, durante las dos tardes en Moscú, y otra muy distinta es que no lo hubiéramos intentado ya desde mucho tiempo antes, desde que tuvimos noticias la una de la otra. En realidad, casi desde siempre, pues las dos empezamos a escribir y a publicar desde muy jóvenes.

Le consulté a Joseph Brodsky lo que me obsesionaba desde hacía tiempo, y le leí uno de los «Bocetos de Komarovo», el que va dedicado a ti. Y también otro poema más antiguo, escrito después de nuestro encuentro. Además, le recité los que tú me habías enviado. La respuesta del joven me dejó algo aturdida, y un tanto preocupada, pues dijo que debería haber compuesto mi elegía a Marina mucho antes, porque es importante decirlo todo cuando el otro aún no ha acabado de marchar, antes de que llegue el olvido. Es lo que tú misma habías hecho con Rainer Maria Rilke.

Sí, Joseph insistió en que debía escribirte una elegía. Y yo también llegué a creerlo así, pero me embargaba un sentimiento de culpa por ser yo la que seguía entre los vivos mientras que tú, siendo tan fuerte y capaz y... Además, temía que en esas páginas solo resonara un monólogo. Es la maldición de las elegías, que a menudo derivan en pretextos para elucubraciones más generales sobre la muerte. O peor aún, también para llorar por nosotros mismos, aunque sea de manera indirecta e inconsciente, pues el timbre trágico siempre es autobiográfico y cualquier poema escrito *a la muerte* de puede fácilmente derivar en autorretrato. Le expuse a Brodsky mis recelos y temores. No es posible una conversación a través de un cable roto, aduje. A lo que replicó de inmediato: «Tampoco es obligado que sea así. Ni es un delito que en su elegía a Marina la oigamos a usted, Anna. Será inevitable. Toda la poesía rusa así lo atestigua, desde Lérmontov a Pasternak. Escriba usted ese poema, querida Ajmátova —me animó Joseph—, escriba un poema tan desbordado como los de Marina, pues ella nunca tenía espacio suficiente, ni en un poema ni en sus prosas. Tsvietáieva es una poeta de extremos, y con frecuencia empieza sus textos con un *do* agudo, usted misma lo observó aquel día, Anna, cuando nos recitó los que le había dedicado su amiga, más algunos otros que también se sabía de memoria».

Estas palabras de Joseph Brodsky, y el dulce recuerdo que evocaban, fueron un poderoso estímulo. Es cierto que quizás no eran los mejores —como me hizo notar el perspicaz joven—, pero eran los poemas que yo prefería, pues mostraban tu alegría, Marina, tu amor por lo más elevado y no tanto por lo más hondo, como algunos creen. La poesía es la negación de las leyes de la gravedad porque es la lucha del lenguaje hacia lo alto, hacia ese comienzo que es el Verbo, celebraba Joseph al oírme, con un ardor y un entusiasmo que yo ya creía olvidados.

De golpe, fue como si me transportasen a nuestros años de candorosa esperanza, cuando soñábamos el porvenir. En las palabras del joven Brodsky resonaban las de Ossip y las de Borís. Y también las tuyas, querida, que fluían a borbotones, incontenidas... ¿Irrecuperables?, me pregunté, asustada. No, negué de inmediato, pues siento que mi memoria es ahora más afilada y penetrante que nunca. Siento que se aproxima el pasado para pedirme algo, que las sombras queridas me hablan y susurran.

Sería una gran dicha lograr al menos apuntar el eco de sus voces sobrevolando el tiempo.
Recibe así, amiga del alma, la despedida de mi corazón.

Barcelona y Asturias, 2018-2022

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Acta del Jurado del Premio Café Gijón 2023](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)